

LE
MONDE
diplomatique
Aún Creemos en los Sueños



Nuevo libro
**ABECEDARIO PARA
CAMBIAR EL MUNDO**
Daniel Ramírez y Federica Matta

PDF en venta a \$2.950 en
www.editorialauncreemos.cl

Apruebo que el pueblo mande



Irene Domínguez, Hasta pronto..., 2006

A 50 años del asesinato del general René Schneider

por Raúl Schneider, Valentina
Schneider y Federico Schneider

Dossier proceso constitucional

por Álvaro Ramis, Manuela Royo, Libio Pérez,
Clara González, Bernardo Navarrete, Ximena Vanessa
Goecke, Dante Castillo, Alejandro Vega y Mario Torres

-El legado y "orilatura" de Elicura Chihuailaf
por Fernando Pairican

-La anorexia mental: Una enfermedad de clase
por Claire Scodellaro

¿Quién controlará internet? Geopolítica de la red 5G

Textos sobre Estados Unidos, El Líbano, China-India, Bielorrusia...



Equipo

Difusión

EDICIÓN CHILENA

Director:
Victor Hugo de la Fuente

Editor General:
Libio Pérez Zúñiga

Iconografía:
Dominique Monteau

Diseño y diagramación:
Cristián Escobar

Administración:
Ruth Flores
Iván Silva
Freddy Araneda
Consultora en administración y finanzas: Allende y Montes Asociados Ltda

Colaboradores:
Clara González
Margarita Iglesias
Federica Matta
Ricardo Parvex
Álvaro Ramis
Gonzalo Rovira
María Emilia Tijoux

Le Monde Diplomatique Edición chilena es una publicación mensual de la Editorial "Aún Creemos en los Sueños"

Dirección: San Antonio 434 local 14 - Santiago Chile

Teléfono: 22 608 35 24

E-mail:
edicion.chile@lemondediplomatique.cl

Página web:
www.lemondediplomatique.cl

Venta de ejemplares:
www.editorialauncreemos.cl

Impresión: Copesa

De este número se imprimieron 8.000 ejemplares

Distribución:
Quioscos: Meta
Librerías: LOM Ediciones

EDICIÓN CONO SUR

Director:
José Natanson

Redacción:
Carlos Alfieri
Creusa Muñoz
Luciana Garvarino
Nuria Sol Vega
Pablo Stancanelli

Le Monde Diplomatique (Francia)

Fundador:
Hubert Beuve-Méry
Presidente del Directorio y Director de la redacción:
Serge Halimi
Jefe de redacción: Benoît Bréville
Jefes de redacción adjuntos:
Martine Bulard y Renaud Lambert
Encargada de desarrollo y ediciones internacionales:
Anne-Cécile Robert

1-3 rue Stephen-Pichon,
75013 París Francia
Tél.: (331) 53 94 96 21
Fax: (331) 53 94 96 26

E-mail:
secretariat@monde-diplomatique.fr
Internet: www.monde-diplomatique.fr

Ediciones internacionales de Le Monde Diplomatique

ALBANIA Y KOSOVO. Mensual, editado por Bota Diplomatike, Eduard Lir, Nr 50, Ap.10, 10000 Prishtina, Kosovo. 500 ejemplares (Friedrich)

ALEMANIA. Die Tageszeitung. (Friedrichstraße 21, 10969 Berlín); 80.000 ejemplares, supl. mensual. www.monde-diplomatique.de

BRASIL. Palavra Livre (Rua Araújo 124, São Paulo); 30.000 ejemplares, mensual.

BULGARIA. Les Amis du Monde diplomatique. (Rakovski 78, 1.000 Sofía); 6.000 ejemplares, suplemento de Duma.

CHILE. Editorial "Aún Creemos en los Sueños" (San Antonio 434, Local 14, Santiago); mensual, 8.000 ejemplares. www.lemondediplomatique.cl

COLOMBIA. Tebeo Comunicaciones S.A. (Avenida 19, N° 4-20, Bogotá); 6.000 ejemplares, mensual.

COREA DEL SUR. Sociedad Le Monde Corea. (Seúl); 5.000 ejemplares, mensual.

ESLOVENIA. Novinarski Klub. (Tavcarjeva 15, Lubljana, Eslovenia); 1.000 ej., mensual.

ESPAÑA. Ediciones Cybermonde SL. (Aparisi i Guijarro N° 5, 2°, 46003, Valencia); 30.000 ejemplares, mensual.

GRECIA. Avgi. (Agiou Konstantinou 12, 10431 Atenas); 10.000 ejemplares, suplemento semanal, www.monde-diplomatique.gr

HUNGRIA. Edición electrónica difundida por Közép-Európai Fejlesztési Egyesület, Múzeum u. 7. Kossuth Klub, Budapest). www.magyardiplo.hu

INDIA. Hard News. (Gautam Nagar 110049, Nueva Delhi); 40.000 ejemplares, suplemento mensual en inglés.

IRÁN. Sedaye Adalat. (60/6 rue Sarve, Ave Vali Asr, Teherán); 5.000 ejemplares, suplemento mensual.

IRLANDA. Village. (44 Westland Row, Dublin 2); suplemento semanal en inglés.

ITALIA. Il Manifesto. (via Angelo Bagnoni 8, 00153 Roma); 49.000 ejemplares, suplemento mensual.

LUXEMBURGO. Tageblatt. (44, rue du Canal, 4050 Esch-sur-Alzette); 30.000 ejemplares, suplemento mensual en alemán.

GRAN BRETAÑA Y MUNDO ANGLÓFONO. Edición mensual, 5.000 ejemplares

https://mondediplo.com.

MUNDO ÁRABE. La versión árabe es editada por la Sociedad Nouvelles Presses disponible por suscripción (www.editionarabediplo.com); publicada en varios diarios de Medio Oriente, el Golfo y el Magreb.

NORUEGA. Diplo AS. Distribuido en Noruega, Suecia, Finlandia y Dinamarca por la Sociedad (Le Monde diplomatique Norge AS, Postboks 33 Grefsen, 0409 Oslo); Mensual 25.000 ejemplares www.lmd.no

POLONIA. Livres et presse. (Rue Iwarda, 60, Varsovia); 10.000 ejemplares, mensual.

PORTUGAL. Cooperativa Outro Modo, Rua Febo Moniz, nº 13, R/C, 1150-152 Lisboa; 4.000 ejemplares, mensual.

RUSIA. Asociación Le Monde diplomatique rusa. Kakhovka 9-1-176, 113303, Moscú; ru.mondediplo.com.

SERBIA. Mensual, l'hebdomadaire Nedeljnik. 20.000 ejemplares. www.nedeljnik.rs

SUIZA. El semanario Wochenzeitung. (Hardturmstrasse 66, Postfach 8031, Zurich); 20.000 ej., suplemento mensual.

TURQUÍA. Suplemento mensual del diario Cumhuriyet. Empresa Yeni Gün Haber Ajansı Basın ve Yayınclık Anonim Şirketi, oficina principal Prof Nurettin Öktem Sok. No: 2 Şişli, Estambul. 50.000 ejemplares.

VENEZUELA. (Cuarta av. Res Unión. Torre B. Local E y F, Caracas), 5.000 ejemplares.

EN INTERNET
Chino: http://cn.mondediplo.com
Esperanto: http://eo.MondeDiplo.com
Inglés: http://Mondediplo.com
Japonés: www.diplo.jp

Le Monde diplomatique se difunde en 22 idiomas en sus 31 ediciones internacionales

https://www.monde-diplomatique.fr/diplo/int/

Veinte años de *Le Monde Diplomatique* en Chile

por Víctor Hugo de la Fuente*

En septiembre del año 2.000 publicamos el primer ejemplar de la edición chilena de *Le Monde Diplomatique* sin hacer estudios de mercado ni de factibilidad del proyecto. Publicamos este periódico pues creíamos (y desde luego seguimos creyendo) que es un aporte a la diversidad del estrecho paisaje mediático de nuestro país. *Le Monde Diplomatique*, en estas dos décadas, se ha transformado en una referencia para los líderes de opinión y los movimientos sociales.

El periódico es publicado por una editorial chilena: "Aún Creemos en los Sueños", que adquiere los derechos de los artículos al periódico *Le Monde Diplomatique* de Francia.

El 80% de los ingresos del periódico proviene directamente de la venta, y las suscripciones, lo que fortalece nuestra independencia, y el 20% restante lo obtenemos de la publicidad, y los trabajados en colaboración con universidades, Ongs y fundaciones.

Debemos agradecer especialmente a nuestro lectores, que a pesar de la pandemia y de que no pudimos imprimir tres números (abril, mayo y junio, que solo salieron en versión digital) siguieron apoyándonos y renovando las suscripciones.

Le Monde Diplomatique entrega información verificada, y análisis con espíritu crítico. Los temas a tratar, en el complejo mundo actual, merecen ser abordados por especialistas entregando los antecedentes históricos, enmarcándolos en el contexto y analizando los problemas desde los diversos ángulos, políticos, económicos, sociales, ecológicos y culturales.

Consideramos que la prensa escrita es el mejor instrumento de información y análisis, que posibilita en mayor medida la necesaria y urgente reflexión.

La total independencia es otra de las características de nuestra publicación. *Le Monde Diplomatique* practica un periodismo de calidad, basado en la rigurosidad de los datos utilizados y al mismo tiempo contribuye al debate de ideas, a la reflexión y al análisis, así como a la búsqueda de alternativas por un mundo mejor, de allí nuestro apoyo, desde el inicio, al altermundialismo y los Foros Sociales o nuestro compromiso en las movilizaciones contra la guerra de Irak al igual que por la defensa del medio ambiente y los derechos humanos, los combates del pueblo mapuche, las luchas feministas y desde luego el haber acompañado los movimientos estudiantiles del 2011 y la revuelta del último año, señalando que "La rebelión se justifica" y dando la palabra a más de cien dirigentes sociales.

Nos sentimos orgullosos de pertenecer a la "Internacional de *Le Monde Diplomatique*", que incluye más de treinta ediciones en el mundo.

Hemos publicado más de 200 libros, decenas de afiches y realizado cientos de debates y proyecciones en nuestra librería en el centro de Santiago.

Debemos destacar y agradecer la contribución que han hecho más de mil artistas visuales que han cedido sus derechos de reproducción para enriquecer el contenido y embellecer nuestro periódico.

No podemos olvidar que otras publicaciones independientes no han logrado sobrevivir y hoy enfrentamos la paradoja que existan menos medios de comunicación independientes que en los últimos años de la dictadura.



Afiche: Loro Coirón

Son muchas y muchos los que contribuyen a nuestro desarrollo, desde los autores, colaboradores, diagramadores, secretarías, hasta quienes trabajan en la imprenta y en la cadena de distribución que llega hasta el último quiosco del país.

Claro que nada sería posible sin el factor principal, base de nuestra fuerza e independencia, ustedes, nuestros lectores y lectoras que nos siguen inspirando en nuestros sueños de una sociedad distinta, más justa, democrática y solidaria, convencidos de la necesidad de comprender el mundo de hoy para poder también participar en la tarea de cambiarlo. Otro mundo, otros mundos son posibles y otro Chile también.

*Director de la edición chilena de *Le Monde Diplomatique* y de la editorial Aún Creemos en los Sueños.

Librería abierta

La librería de *Le Monde Monde Diplomatique* abre con nuevo horario
De lunes a viernes de 11 a 17 horas. San Antonio 434 - Teléfono 22 608 35 24

Editorial "Aún Creemos en los Sueños"

La Editorial "Aún Creemos en los Sueños" publica la Edición chilena de *Le Monde Diplomatique*
Director: Víctor Hugo de la Fuente

San Antonio 434 - local 14 - Santiago-Chile
Tél.: (56) 22 608 35 24
E-mail: edicion.chile@lemondediplomatique.cl
www.lemondediplomatique.cl
www.editorialauncreemos.cl

Calendario de fiestas nacionales 1 al 31 de octubre

1	China	Fiesta nacional	4	Lesoto	Independencia	27	San Vicente y Granadinas	Independencia
	Chipre	Independencia	9	Uganda	Independencia		Turkmenistán	Independencia
	Nigeria	Independencia	10	Fidji	Fiesta nacional	28	Grecia	Fiesta nacional
	Palaos	Independencia		Taiwan	Fiesta nacional		Rep. Checa	Fiesta nacional
	Tuvalu	Independencia	12	España	Fiesta nacional	29	Turquía	Fiesta nacional
2	Guinea	Independencia		Guinea Ecuat.	Independencia			
3	Alemania	Fiesta nacional	24	Zambia	Fiesta nacional			
	Corea del Sur	Fiesta nacional	26	Austria	Fiesta nacional			

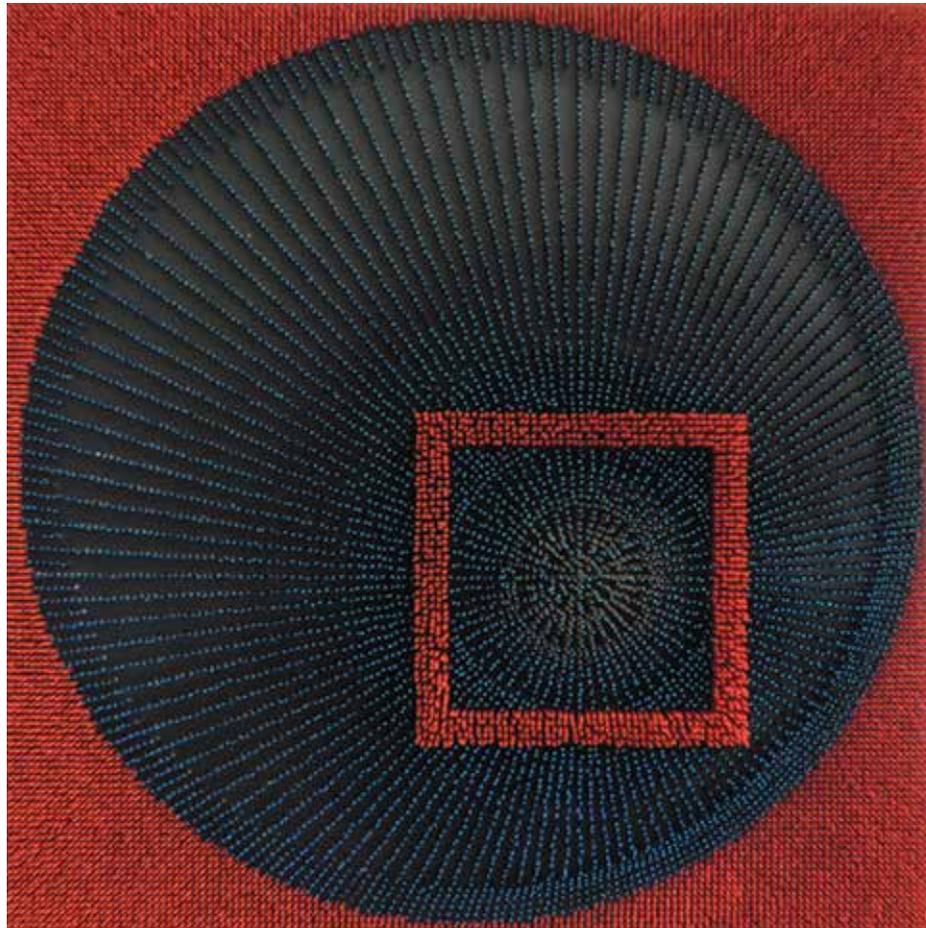
Falsas independencias

por Serge Halimi*

La Casa Blanca, viernes 4 de septiembre de 2020. La escena dura menos de un minuto (1). La presidente Donald Trump, detrás de un enorme escritorio cargado de doraduras y teléfonos, junto a dos pequeñas mesas desnudas que dan la impresión de ser pupitres de escuela. Detrás de uno de ellos, el presidente serbio Aleksandar Vučić; detrás del otro, el primer ministro kosovar, Avdullah Hoti. Trump juega sin sutilezas el papel del pacificador. Está evidentemente encantado de haber forzado a dos rivales que se hicieron la guerra a alcanzar un acuerdo, en una región donde, hasta ahora, gravitaba la Unión Europea (UE). El deleite que su jugada le produce es aun mayor –al punto de considerarse merecedor del premio Nobel de la Paz–, porque fue un gobierno demócrata, el de William (“Bill”) Clinton, el que hace poco más de veinte años bombardeó a la ex Yugoslavia.

Entonces, súbitamente, Trump declara: “Serbia se compromete a abrir una oficina comercial en Jerusalén y a trasladar allí su embajada en julio próximo”. Detrás de su mesita, el presidente Vučić parece sorprendido por un anuncio que no tiene relación alguna con el motivo de la ceremonia (un simple acuerdo económico entre Belgrado y Pristina). Echa una ojeada al documento que está por firmar y a continuación, se vuelve hacia sus asesores, con inquietud. Ya es demasiado tarde: Benjamin Netanyahu, aparentemente bien informado, acaba de felicitarlo...

Por ese gesto de anuencia hacia Trump y su electorado evangélico, abocado a la colonización de Palestina, Vučić cosecha enseguida las reprimendas de la UE, ya que Belgrado contradice su política ofi-



Francisca Garriga, Cuadratura circular I (Mondadientes sobre madera), 2019 (Gentileza Galería Artespacio)

cial en Medio Oriente precisamente cuando Serbia mendiga hace años su adhesión a la Unión. Un oficial europeo, Carl Bildt, se

burlará incluso públicamente de la perplejidad del presidente serbio en el momento del anuncio “israelí” de Trump. El emba-

jador de Palestina en Belgrado comparte su indignación; el portavoz del ministerio de Relaciones Exteriores ruso divulga otra foto de la reunión en Washington, sin piedad para Vučić: sentado en esta ocasión frente a su imperial homólogo estadounidense, el presidente serbio parece un mal alumno convocado por el director del colegio. Tres días después, debe “aclarar” su posición sobre Medio Oriente: “Hacemos nuestro mejor esfuerzo por ajustarnos a las declaraciones de la UE. Dicho esto, privilegiamos nuestros intereses”.

Es más fácil decir que hacer. Vučić, nacionalista serbio proveniente de la extrema derecha, no siente ninguna nostalgia por Yugoslavia (2). Sin embargo, en esa época, Josip Broz, llamado Tito, tenía un lugar destacado en la escena internacional. Por su parte, Kosovo, si bien es cierto que rompió sus lazos de subordinación con Serbia, lo hizo para convertirse en una colonia de Estados Unidos. En el fondo, es el dilema habitual de los nacionalistas: cuando rompen con pueblos geográfica y culturalmente cercanos, conquistan una “independencia” cuyo precio suele ser la subordinación a poderes lejanos y despectivos. Deben halagar primero a uno, luego al otro. Autócratas dentro de su pequeño Estado, vasallos apenas salen de él. ■

1. <https://www.youtube.com/watch?v=SLFmzL4ZGE>

2. Véase Jean-Arnault Derens y Laurent Geslin, “En Serbia, el inamovible poder de Aleksandar Vučić”, *Le Monde diplomatique*, edición chilena, marzo de 2020.

*Director de *Le Monde diplomatique*.

Traducción: Patricia Minarrieta

Un nuevo Chile posible al alcance de la mano

por Libio Pérez*

Las encuestas dan por ganadora, por amplio margen, la opción de aprobar la confección de una nueva Constitución que pondrá término a la heredada por la dictadura cívico-militar del general Augusto Pinochet. También los sondeos apuntan a que el mecanismo que escogerá la ciudadanía para elaborar el nuevo pacto será la Convención Constitucional, la que será integrada paritariamente por delegados y delegadas elegidas en su totalidad por el voto popular, con escaños reservados para pueblos originarios, personas en condiciones de discapacidad y mejores condiciones de elegibilidad para independientes.

El proceso constituyente emanado de la movilización y rebelión popular de hace un año ha logrado sortear la pandemia que ha asolado al mundo e impactó con fuerza en Chile, así como los indisimulados intentos de sectores derechistas, de dentro y fuera del gobierno, por postergarlo o simplemente anularlo. En ese sentido, el proceso que arrancó con un, muchas veces, cuestionado acuerdo político ha ido consiguiendo paso a paso una legitimidad que debería probarse en las urnas el próximo 25 de octubre, cuando la abstención registrada en elecciones pasadas quede superada por una amplia participación. Si no es así, el camino hacia la

construcción de una democracia de mejor calidad podría enfrentar dificultades difíciles de prever.

La opción transformadora será más fuerte si hay una contundente participación popular, para llegar al 11 de abril, cuando haya que escoger a quienes trabajarán en la elaboración del nuevo pacto constitucional, que es la siguiente elección más importante de un calendario plagado de comicios. Esa batalla electoral será seguida por una menos visible pero trascendental: la capacidad de los delegados constituyentes de dotarse de un reglamento de funcionamiento y procedimientos que debería sellar la legitimidad social y política para seguir avanzando.

En tal reglamentación hay una clave que ya le quita el sueño al gobierno, que ha destinado un equipo y esfuerzos para limitar el poder de decisiones del órgano constituyente. De hecho, ha sido el propio presidente Sebastián Piñera quien puso al descubierto la estrategia oficialista al difundir el pasado 12 de septiembre una suerte de “decálogo” de los principios constitucionales que deberían estar en la nueva carta (1). Aunque no hay ninguna idea innovadora en la propuesta y más bien reafirma algunos de los preceptos que ya están en la Constitución que está por terminar, el gobernante ha intentado –y seguramente seguirá haciéndolo– intervenir

en un proceso que debe ser soberano para que su legitimidad tenga continuidad.

Serán quienes estarán investidos por mandato popular para elaborar la nueva Constitución, los que deberán fijar las reglas del espacio constituyente, su forma de relacionarse con sus mandantes, cómo recogerán las propuestas emanadas desde la sociedad, su procesamiento y permanente retroalimentación. Será un proceso que no podrá encerrarse entre cuatro paredes, que deberá estar en la calle, en las regiones, en las asambleas y cabildos, nutrirse de propuestas sectoriales y técnicas de quienes trabajan por los derechos humanos en su más amplia acepción, que buscan alternativas para mitigar el cambio climático, el fin de la violencia de género, por la justicia social y por un modelo de desarrollo sustentable, entre otras muchas materias (2).

Será necesario ahora en octubre y luego en abril ganar de manera contundente para elaborar una carta de derechos como quiere la ciudadanía, que incluya garantías de una mejor salud, educación, acceso a viviendas dignas, al trabajo decente, a pensiones justas y a otras tantas necesidades y demandas puestas sobre la mesa por la democrática movilización que ya no cabe en los marcos constitucionales actuales.

También habrá que acumular suficiente fuerza para garantizar estos derechos en la

parte constitucional que hace la distribución y organización del poder, eso que el jurista argentino Roberto Gargarella llama la “Sala de máquinas”. Es letra muerta un catálogo de derechos políticos y sociales en la Constitución sin que se establezcan los mecanismos, la organización de las instituciones, el régimen político que hagan posible las garantías y mecanismos para su cumplimiento.

La nueva Constitución será resultado de las fuerzas que se pongan en movimiento en el proceso. Como pocas veces, la construcción de un nuevo Chile posible está al alcance de la mano. ■

1. El “decálogo” de la Nueva Constitución propuesto por Piñera. Ver *La Tercera* 12 de septiembre de 2020

<https://www.latercera.com/la-tercera-domingo/noticia/nueva-constitucion-pinera-entra-a-los-contenidos-y-plantea-10-puntos-esenciales/YXLZ2SBKOVCOXKW4Y6NYVKQ6GE/>

2. Ver en Cíper *Hacia una Convención Abierta: participación ciudadana en el proceso constituyente*, por Gonzalo Delamaza y Claudio Fuentes. 27 de agosto 2020 <https://www.ciperchile.cl/2020/09/27/hacia-una-convencion-abierta-participacion-ciudadana-en-el-proceso-constituyente/>

*Director de *Le Monde diplomatique*.

Traducción: Patricia Minarrieta

El nuevo escenario que abre el proceso constituyente

La conflictiva e inacabada tarea de superar el pinochetismo sociológico

por Álvaro Ramis*

En el decisivo momento que vive Chile, a días del plebiscito que puede abrir la puerta a una transformación constitucional profunda del Estado, es necesario preguntarse por las condiciones que permitan una subjetividad política que acompañe culturalmente este proceso institucional de cambios.

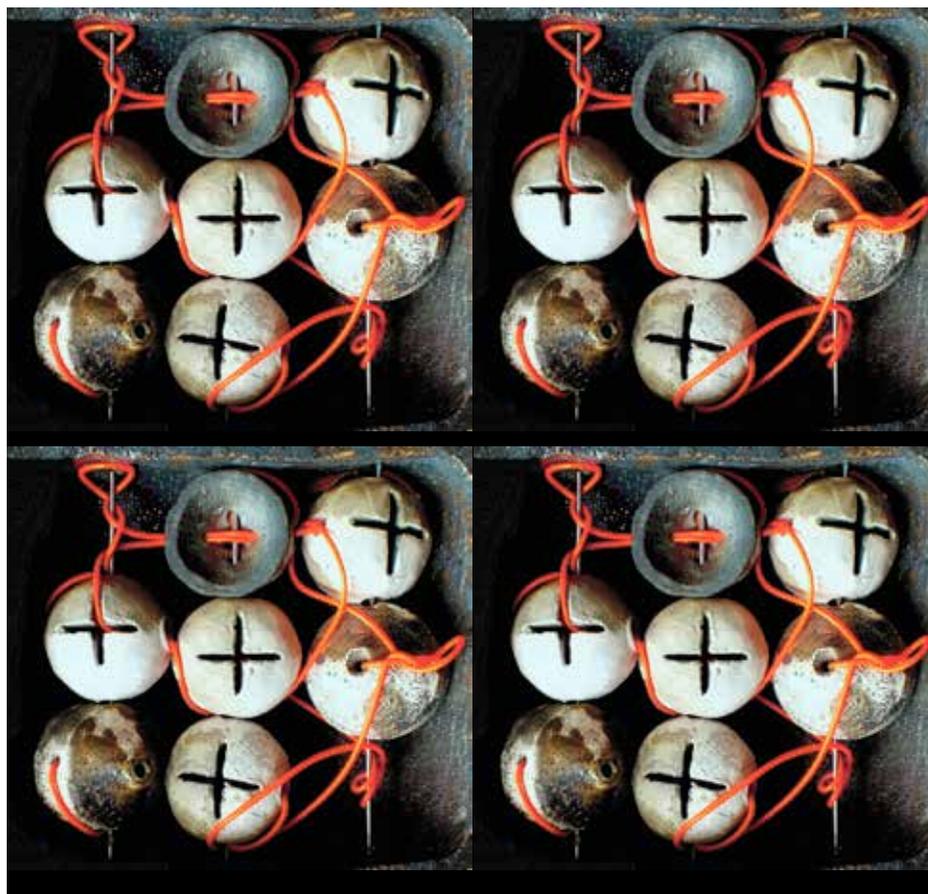
La construcción de una subjetividad política que sintonice con las transformaciones es un desafío que se enfrenta a la persistencia de una forma arraigada de pinochetismo sociológico heredado, como en otras experiencias autoritarias, de la naturalización de muchos hábitos colectivos durante un larguísimo período de tiempo.

Cabe pensar en lo que el historiador británico Paul Preston señala respecto al “franquismo sociológico”, en el caso español: “Cuarenta años de dictadura controlando los medios de comunicación y la educación en un régimen de terror habían creado una masa sustancial de gente que pensaba que Franco había salvado a España. Los éxitos posteriores del Partido Popular se deben a esto. Así se pueden explicar, que no justificar, las reticencias de los socialistas, por miedo y por una cierta complacencia” (1). Por eso Enrique Tierno Galván, alcalde de Madrid entre 1979 y 1986, llegó a decir que “el problema de España es que los hijos de los fascistas son más fascistas que sus padres”. Seguramente, porque era un fascismo que ya no se entendía a sí mismo como lo que era.

En el caso chileno, los últimos 47 años han creado un imaginario que ha impregnado a una parte extensa de la conciencia colectiva del país, que permite la reproducción de muchas disposiciones o esquemas de obrar, pensar y sentir que son transversales al conjunto de la sociedad. Vale la pena advertir que estos hábitos eran, en parte, anteriores al golpe de 1973. Augusto Pinochet no fue la causa de lo ocurrido, sino una consecuencia. Ni Pinochet ni el pinochetismo fueron una especie de banda de militares que se apoderaron del poder por sí mismos. Eran el resultado de una manera de entender Chile, ya existente.

Pinochetismo transversal

Y gran parte de esa forma de comprender Chile se ha transmitido, por generaciones, a una audiencia mucho más amplia, que ha bebido de esas ideas sin tener otro paradigma al cual referirse: “A falta de otros nexos



Geraldina Ahumada Theoduloz, Juego arreglado (detalle - escultura en raku), 2017
Foto: Antonella Torti

de comunicación, el individuo aislado se encuentra predispuesto a aceptar la interpretación oficial de lo que está pasando” (2). Ese es el poder del pinochetismo sociológico, un modo de ver el mundo, una forma de naturalización de lo social, que abarca e impregna hasta a algunos de los más convencidos antipinochetistas.

Una parte importante de esta disposición se arraiga en una corriente de ciudadanos que vivieron con “naturalidad y normalidad” bajo el pinochetismo, y estando de acuerdo con sus ideas, estaban abiertos a un cierto nivel de apertura para controlar que la transición no se saliera de los cauces tolerables. Esta es la base de apoyo fundamental del actual gobierno. Este fenómeno nos remite a un complejo de estructuras socioeconómicas y de intereses económicos concretos, creados, mantenidos o potenciados por el sistema pinochetista.

Pero el pinochetismo sociológico es más amplio y transversal que ese sector. Toca de alguna forma a todas las clases medias, que hoy son la mayor parte de la sociedad chilena, y que teniendo una situación financiera manejable, pero insegura, no van a jugarse el todo por el todo para enfrentar cambios que pongan en riesgo su posición actual. E incluye también a sectores populares, que han adherido al conjunto de actitudes socio-políticas, regularidades de comportamiento personal y colectivo e inercias de pasividad o indecisión, fomentadas por más de cuatro décadas de acción intencionada de los agentes de socialización más relevantes del país: la televisión y la prensa escrita, el sistema de consumo, los centros laborales, buena par-

te de las políticas públicas, la mayoría de las instituciones de educación, muchas de las instituciones religiosas, el municipalismo clientelista, etc.

Como observaba Norbert Lechner: “La fuerza normativa de lo fáctico radica en eso: un ordenamiento de la realidad sin interpelación de la conciencia. No se puede vivir a contrapelo de la sociedad, al margen del orden. Se invierte en el orden establecido, aunque sea pidiendo limosnas (...) La sobrevivencia física impulsa al desamparado a participar en el orden, a consentir. El hambre ayuda a disciplinar” (3).

Hacia un orden deseado

En 1990 el pinochetismo pasó de ser un sistema político para convertirse en una forma de vida casi imperceptible. En ese proceso se dio una erosión de los anteriores mapas mentales, lo que dejó obsoletas muchas representaciones simbólicas de la realidad. Por ello existe tanta dificultad en nuestros marcos interpretativos para captar los cambios que han transformando a los procesos económicos, la estructura social y comunicativa, el ámbito cultural y político.

Por eso el Proceso Constituyente debe bregar radicalmente contra un sistema naturalizado a niveles mucho más hondos de lo que se cree: “El poder ya no es percibido como un atributo de determinado grupo, sino que aparece de manera independizada como ‘la naturaleza de las cosas’, como una fuerza natural” (4).

En ese sentido es acertado el diagnóstico del rector Carlos Peña cuando sostiene: “La

sociedad de hoy es una sociedad que -para bien o para mal-, en vez de estar inflamada por las grandes utopías, está integrada por individuos que esperan que su trayectoria vital dependa, ante todo, del esfuerzo que sean capaces de hacer. La utopía de la nueva sociedad ha sido sustituida por los anhelos personales” (5).

Voluntad colectiva

Compartiendo la constatación de Peña, es importante no caer por eso en una falacia naturalista, que identifique lo existente con lo deseable. Si la sociedad chilena tiene rasgos hiperindividualistas, no es por un desarrollo espontáneo o carante de intencionalidad. Es necesario evitar la tentación del cinismo, que prescribe que la realidad es lo que es, y eso sería todo lo que importa. No es justificable descalificar la pregunta por una realidad diferente, y rechazarla como un sin sentido, ya que ello delata una forma de clausura que cierra el futuro a lo que ya existe. En palabras de Lechner, el principio legitimatorio de toda decisión política es que sea posible decidir. El diagnóstico de Carlos Peña, que a mi juicio expresa el profundo arraigo del pinochetismo sociológico, no puede significar que la sociedad chilena pueda transigir en su derecho a elegir entre el infinito número de posibilidades de ordenar el presente (6).

Esta coyuntura es un momento adecuado para retomar lo que Norbert Lechner llamó “La Conflictiva y nunca acabada Construcción del Orden Deseado” (7). Es el tiempo de la liberación común que permita generar una nueva voluntad colectiva, por medio de una dura confrontación con el pasado, conflictiva, pero no por ello violenta ni ingobernable. O como decía Lechner, contribuir a traducir las carencias en tareas.

Por el carácter inacabado de toda forma construcción política, la facticidad del pinochetismo sociológico no es un destino trágico, del cual sea imposible escapar. Es necesario “el lento paso de un orden recibido a un orden producido” (8). La vida política es creación humana, que se constituye y desconstituye institucionalmente. Por ello es necesario pensar y actuar en el espacio de lo posible: esa brecha en la cual no se puede hacer cualquier cosa, pero al mismo tiempo se descubre que, con todas las dificultades del caso, hay cambios que se pueden hacer, y desfallecer ante ese esfuerzo es simplemente una forma de autoderrota. ■

1. Entrevista a eldiario.es, 14 de septiembre 2020.

2. Lechner, Norbert (2006) *Obras escogidas*, LOM, Santiago, p. 234

3. Lechner, Norbert (2006) *Obras escogidas*, LOM, Santiago, p. 190.

4. Lechner, Norbert (2006) *Obras escogidas*, LOM, Santiago, p. 188.

5. El Mercurio, 13 de septiembre de 2020.

6. Lechner, Norbert (2006) *Obras escogidas*, LOM, Santiago, p. 180.

7. Lechner, Norbert (1984) *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*, FLACSO, Santiago.

8. Lechner, Norbert (2006) *Obras escogidas*, LOM, Santiago, p. 451.

*Rector de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano

El plebiscito constitucional

por Bernardo Navarrete Yáñez*

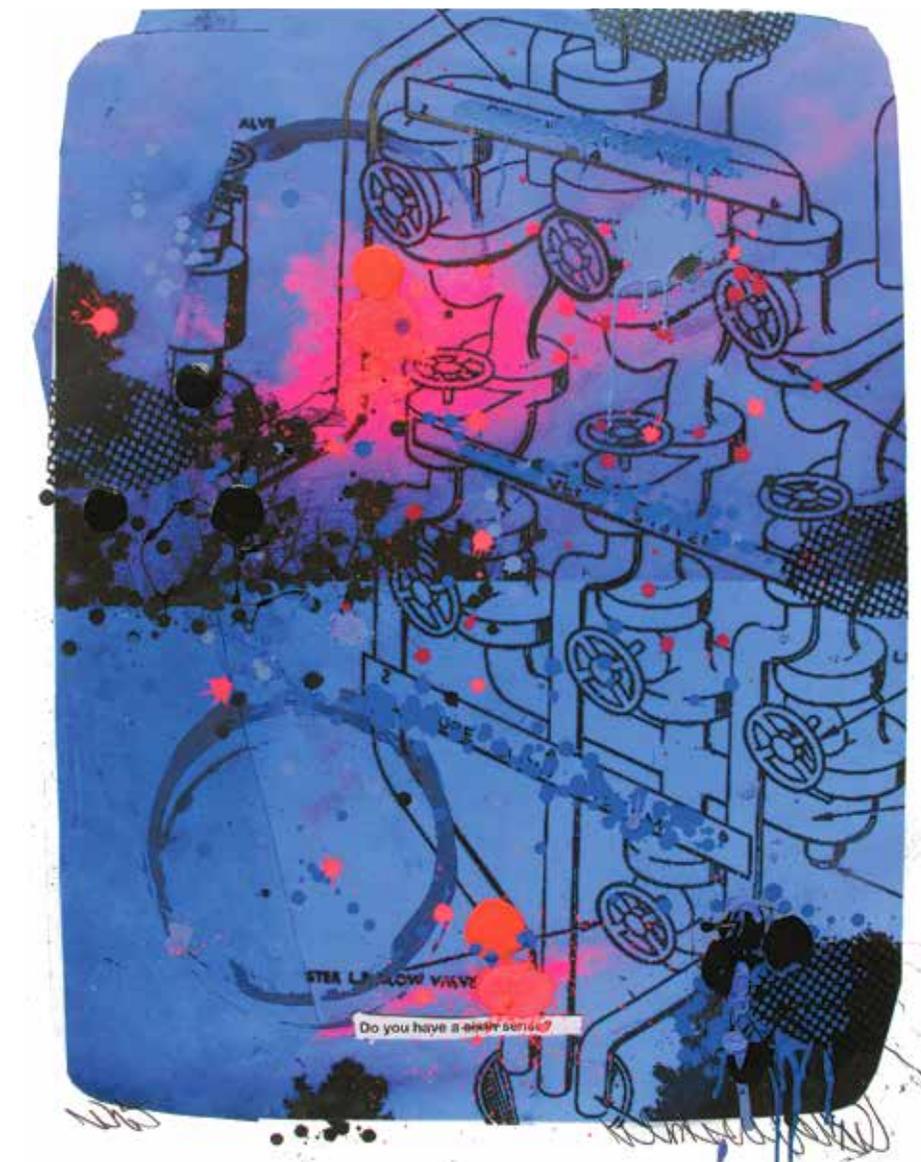
El plebiscito constitucional que se desarrollará en algunos días más tiene tres características únicas. La primera es que sólo fue posible por el “Acuerdo Por la Paz Social y la Nueva Constitución” firmado el 15 de noviembre de 2019 y se explica porque la democracia necesita conflicto de ideas así como de opiniones, demostrando una vez más la tesis de Ralf Dahrendorf: los conflictos siguen siendo el “motor” del cambio social. Por tanto, sin las protestas iniciadas el 18 de octubre de 2019 no tendríamos la oportunidad de concurrir a una elección que, por sí misma, constituye la segunda condición de excepcionalidad: nunca en nuestra historia -siguiendo a los historiadores Sofía Correa y Gabriel Salazar-, tuvimos más libertad para decidir, ya que las Constituciones de 1833, 1925 y de 1980 estuvieron condicionadas por las Fuerzas Armadas.

Lo notable es que el “motor” del cambio social que nos llevará a las urnas vino de manos de los menores de treinta años. En palabras del historiador británico Tony Judt, a la “juventud de hoy le preocupa el mundo que le hemos legado y los medios tan inadecuados que les hemos proporcionado para mejorarlo”. Si asumimos que cada sociedad tiene sus propias maneras de producir el cambio, en Chile se nos abrió una ventana de oportunidades para que los jóvenes y todos los electores habilitados participen. En ese entendido, los autores Micklewait y Wooldridge sostienen en su libro “Una Nación Conservadora. El poder de la derecha en Estados Unidos” que: “Si los conservadores han tenido éxito, es porque en un país donde sólo la mitad del electorado se molesta en ir a votar, están mejor organizados que otro tipo de estadounidenses”. Participar es enfrentar la retórica del miedo que nos quieren traspasar algunos políticos, empresarios y economistas, con una retórica de la esperanza que exprese nuestra opinión sobre una política exitosamente fracasada.

Lo anterior da pie a la tercera característica única de este plebiscito: todos entienden como ganadora la opción Apruebo, lo que no será atribuible al esfuerzo del sistema político, sino porque es difícil argumentar contra algo tan sencillo como el derecho a decidir sobre la necesidad de nuevas reglas del juego.

Pero, ¿para qué concurrir a votar en un mar de preocupaciones sanitarias, incluso con un discurso de esperanza? Básicamente, porque hay un elefante en medio de la habitación y sacarlo es una actividad con sentido y a la vez justa, por su utilidad para la discusión que deberán tener aquellos que adscriben a las preocupaciones de Michael Oakeshott de enfrentarnos a un vocabulario político ambiguo, la “política de la fe” donde están aquellos que buscan transformar su mundo, y la “política del escepticismo”, que no cree en perfecciones y que defiende el “imperio de la ley”. Los primeros necesitan dialogar con los segundos y habrá un espacio institucional para ese proceso, la Asamblea Constituyente.

Los 155 “convencionales” que eventualmente se elegirán en abril de 2021 y que



Tan Vargas, Do you have a sense? (@tanvargas)

redactarán la Nueva Constitución durante once meses de trabajo, representarán el necesario encuentro entre la “política de la fe” y la “política del escepticismo”. Y a pesar del diagnóstico pesimista del tiempo presente, de ellos esperamos el optimismo del debate centrado en los compromisos que asumieron en sus candidaturas. Adoptar una nueva constitución es una estrategia de compromiso donde caben las meta-preferencias o preferencias de segundo orden, como son las normas de protección medio ambientales tan relevantes en la actualidad, que para el abogado Cass Sunstein es mejor obtener mediante el derecho. En otras palabras, para hacer posible la construcción de una Constitución y que funcione, los constituyentes deberán tratar de resolver los problemas a través de acuerdos carentes de una teoría completa que incorpora abstracciones aceptadas como tales, en medio de desacuerdos severos sobre casos particulares. Y un buen ejemplo de lo anterior es el “caso de la plena particularidad”, donde los ciudadanos se ponen de acuerdo sobre una decisión sin ponerse de acuerdo en algún tipo de expli-

cación que la sustente y ello porque cualquier razón es por definición más abstracta que el resultado que sostiene: no ofrece razones porque no conoce qué son esas razones, “no se puede poner de acuerdo sobre razones, o... teme que las razones que tiene pueden resultar inadecuadas si se reflexiona al respecto, lo que puede conducir a su mal uso en el futuro”.

Entonces, el proceso constituyente se vuelve sustantivo porque en él se abordará -más allá de la extensa literatura disponible-, lo que sostenía Tilly como uno de los ocho postulados malignos de la ciencia social del siglo XX: que la “diferenciación conduce al progreso”. Siguiendo al politólogo británico Bernard Crick, quienes viven en condiciones desiguales requieren un orden legal que regule, defina, proteja y limite los “iguales derechos” de sus conciudadanos, considerando la “incompetencia colectiva de los estados democráticos para actuar conjuntamente, por medio de acuerdos políticos, de cara a problemas vitales comunes”. En palabras de Sunstein, es preferible una “solución justa, rechazada por muchos, que una decisión injusta en la que están de

acuerdo todos o la mayoría. Una Constitución justa es más importante que un acuerdo sobre la Constitución”.

Un desafío en el proceso constituyente es huir de la actitud conservadora que tan bien describiera Oakeshott: “La política es un espectáculo desagradable en todo momento. La oscuridad, la turbiedad, el exceso, las componendas, la apariencia indeleble de deshonestidad, la falsa piedad, el moralismo y la inmoralidad, la corrupción, la intriga, la negligencia, la intromisión, la vanidad, el autoengaño y por último la esterilidad”. Como electores en el plebiscito y en la elección de abril para “convencionales” deberemos estar atentos al debate, el cual presume tener toda la información para conocer todas las alternativas, para tener claras todas las consecuencias.

Nos jugamos una nueva Constitución y la tendremos a partir de pares abstractos: Apruebo o Rechazo. El relato que se construirá a partir del primero está en los deseos de corregir el futuro y en respondernos una pregunta formulada por el filósofo Karl Popper: “¿De qué forma podemos organizar las instituciones políticas a fin de que los gobernantes malos o incapaces no puedan ocasionar demasiado daño?”. Las Constituciones no se diseñan para reprimir o erradicar el conflicto, sino que deben institucionalizar la solución a los conflictos. Tampoco para que los controles y frenos constitucionales restrinjan al límite el poder de las mayorías frente al poder de las minorías o veto de las minorías. La Constitución Política sólo tiene valor en el sentido de la ética que le puede ser transferida o como ética que gobierna nuestras acciones dentro de ella, como sostenía el maestro alemán Dolf Sternberger.

En definitiva, el debate de ideas importa. Esto queda claro cuando se cuenta que en el siglo XIX Thomas Carlyle, en una cena recibió un reproche de un hombre de negocios: “¿Ideas, Sr. Carlyle, nada sino ideas!”, a lo cual Carlyle le replicó: “Hubo una vez un hombre llamado Rousseau que escribió un libro que no contenía nada sino ideas. La segunda edición fue encuadernada con la piel de los que se rieron de la primera”. En el debate constituyente tendremos probablemente dos bloques de opiniones: por una parte aquellos que entienden las “constituciones en que se plasman aspiraciones” o “constituciones con objetivos” y por la otra, aquellos que levantarán una muralla “programática” de preceptos, órdenes y prohibiciones centrada en darle gobernabilidad al “futuro” país, con la tentación de seguir el “sabio pragmatismo” representado por los acuerdos constitucionales ingleses.

Es claro que las Constituciones no pueden hacer milagros. Como nos recuerda el politólogo Robert Dahl, una convención constitucional tiene que elaborar una Constitución, no puede elaborar una sociedad. Pero parafraseando a Sartori, el sistema chileno funciona -o ha funcionado-, a pesar de su Constitución, y difícilmente gracias a su Constitución. ■

*Universidad de Santiago de Chile.

Las movilizaciones sociales y los derechos humanos en Chile

Las huellas de la represión

por Ibán de Rementería*

Las grandes movilizaciones sociales se inician el 18 de octubre y congregan a más de dos millones de personas el 25 de octubre del 2019 en la Plaza de la Dignidad, marcando así la más grande manifestación social de toda la historia de Chile. Esas movilizaciones son la expresión de la distancia definitiva entre el movimiento social y el poder político, que está representado por las instituciones políticas del Estado: el Poder Ejecutivo y el Congreso, además de los partidos políticos que son las organizaciones intermedias de ese poder. Un momento en que además puso sobre la mesa las nuevas violaciones de derechos humanos por parte del Estado.

Siete generales de Carabineros, todos integrantes del alto mando de la institución, están siendo investigados por la Contraloría General de la República, por su eventual responsabilidad en la represión a las movilizaciones ocurridas entre el 18 de octubre y diciembre del año recién pasado. Los altos oficiales –uno de ellos ahora en retiro– han ocupado cargos operativos en distintas destinaciones de la policía, principalmente en Santiago y Valparaíso, y se les indaga por el uso de los recursos de fuerza contra los manifestantes, los procedimientos empleados y su apego a las normas internas de la institución. Según la propia Contraloría, la investigación de carácter administrativa obedece a más de 400 presentaciones de personas civiles y organizaciones de defensa de los derechos humanos, y los resultados del proceso de indagación podría culminar con amonestaciones a los policías hasta la expulsión de los mismos de la institución.

La defensa del mando policial ha sido cerrada y, con el respaldo del gobierno, intentó descartar la actuación del organismo contralor alegando que éste no contaba con facultades para hacerlo. La investigación sigue su curso y podría derivar después en acciones penales.

La investigación da cuenta de las masivas y continuas violaciones a los derechos de quienes se manifestaban, las cuales también quedaron consignadas en cuatro informes emitidos por organismos internacionales y el Instituto Nacional de Derechos Humanos (INDH).

La relación del poder público con el movimiento social, aquel expresado en el Estado y representado por el gobierno, tiene su más clara expresión en las violaciones a los derechos humanos que padece la gente en las calles cuando expresan públicamente sus demandas y quejas sobre la situación social, económica y cultural –en el sentido moral– que están padeciendo después de treinta años de democracia en transición. Los derechos humanos están constituidos por el conjunto de

normas que obligan al Estado a proteger integralmente los atributos esenciales del ser humano que son: la vida, la integridad y la libertad de toda persona sometida a su jurisdicción. No esta demás recordar siempre que durante la dictadura militar en derechos humanos se hizo del horror una práctica rutinaria.

Las cifras de la represión

La evaluación de los impactos de las actuaciones de las fuerzas del orden en las violaciones de los derechos humanos, según el INDH desde octubre de 2019 a marzo de 2020 se registran 30 muertos, 3.838 heridos, de esos por usos dolosos y lesivos de armas no letales y 1.687 con perdigones, 460 con heridas oculares, asimismo 298 por lacrimógenas, de los cuales dos quedaron completamente ciegos. Además, había 1.001 heridos por golpes, 617 casos de tortura y 257 de violencia sexual.

A casi un año del inicio de las movilizaciones sociales y del uso doloso y disuasivo de la violencia contra manifestantes inermes por las fuerzas del orden para intentar controlarlas, y a seis meses de que la peste viral controlara el estallido social, el INDH ha puesto 2.499 querrelas por violaciones a los derechos humanos, pero solamente hay 28 formalizados en los juzgados de garantía.

Cierto es que los daños causados por el vandalismo y los saqueos han sido inconmensurables, estimados entre 1.500 a 3.500 millones de dólares, incluidas la destrucción simultánea de siete estaciones del Metro, más otros ataques que en total dejaron 77 estaciones inutilizadas. No obstante, en este caso permanece la interrogante de quién pudo organizar y hacer una operación tan contundente y concertada de destrucción masiva.

La evaluación política de los organismos nacionales e internacionales que se ocupan de los derechos humanos están plasmados en los informes y recomendaciones resultantes de las visitas al país de las instituciones inter-

nacionales de vigilancia y protección de esos derechos, tales como Amnistía Internacional, Human Rights Watch, la Comisión Interamericana de Derechos Humanos y el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos. Sus informes han sido claros en denunciar el carácter grave y reiterado de las violaciones a esos derechos fundamentales. Ningún país sin un conflicto interno o internacional declarado había recibido una visita colectiva como esta. Además, están disponibles los informes de la Defensoría Nacional de la Niñez, del Ministerio Público y otras organizaciones locales, las que también denuncian la gravedad y reiteración de las violaciones de esos derechos por las fuerzas policiales y militares. Los informes sobre la situación de los derechos humanos, mal que mal, son la única materialidad de la protección a esos derechos universalmente reconocidos.

¿Vulneraciones sistemáticas?

La denuncia más dura en contra del Estado de Chile fue de Amnistía Internacional que, tras sus investigaciones en terreno, concluyó: “Las violaciones de derechos humanos y crímenes de derecho internacional cometidos por agentes de las fuerzas de seguridad no son hechos aislados o esporádicos, sino que responden a un patrón consistente en el tipo de violaciones y en el modus operandi llevado a cabo a lo largo de todo el país principalmente por parte de Carabineros”, por lo tanto considera a esas violaciones como “sistemáticas”.

A su vez, el INDH por medio de su director Sergio Micco, sostuvo: “Si estamos frente a la sistematicidad o no de estas violaciones a los derechos humanos (...) lo que hemos señalado como Instituto (es que) no estamos en condiciones hoy día de afirmar que existe tal sistematicidad, pero tampoco es oportuno descartarla”, y agregó: “Consideramos que las violaciones a los derechos humanos son graves y reiteradas y hay algún tipo de violaciones que se repiten muchísimas veces”. El debate suscitado por esas evaluaciones sobre la situación de los derechos humanos en Chile ha consistido en discernir si estos son violados reiteradamente o sistemáticamente.

El mensaje a la población en general que deja la práctica recurrente del uso doloso y disuasivo de la violencia por las fuerzas del orden en contra de manifestantes inermes es que participar de esas movilizaciones supone la reacción policial y, por consecuencia, sufrir la represión del Estado.

La decisión del Contralor General de la República, Jorge Bermúdez, de investigar la conducta y responsabilidad del alto mando de los Carabineros de Chile en las graves violaciones

de los derechos humanos que han cometido las Fuerzas Especiales de ese cuerpo policial en contra de manifestantes inermes, indica que el asunto de los derechos humanos en el control de las movilizaciones no es un asunto meramente “protocolar”, de incumplimiento de normas, sino que podría ser una específica política de su uso doloso, con la finalidad objetiva de disuadir a la población de participar en las manifestaciones públicas. Para Bermúdez, ya no se trata de la responsabilidad personal e individual de algún carabinero que “perdió el control de sí mismo”, y acometió la violación de los derechos humanos sino también de la responsabilidad del mando y de la institución en su conjunto.

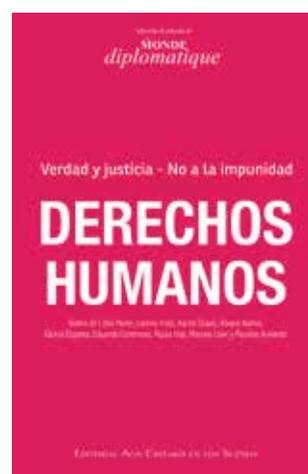
El quiebre

La Plaza de la Dignidad –ex Plaza Italia, ex Plaza Baquedano– es un lugar de alto valor simbólico urbano y ciudadano, punto de encuentro entre el centro de Santiago, que expresa a “todo Santiago” y el barrio alto donde viven las clases medias altas y altas. Socialmente el mundo santiaguino se divide entre quienes viven de la plaza hacia arriba y quienes viven de la plaza para abajo.

La anunciación de ese quiebre nacional entre lo social y lo político que impera en el país quedó plasmado en una frase del abogado Clemente Pérez (demócrata cristiano), ex presidente del directorio de Metro, con un comentario en relación a las evasiones en el pago de la tarifa del Metro por los estudiantes: “Cabros esto no prendió”, “La gente está en otra”, sentenció el 16 de octubre, en el matinal de TVN.

Este quiebre definitivo entre lo social y lo político que se expresa en las calles, avenidas, plazas y parques se le ha denominado coloquialmente el “estallido social”, lo que ha sido una manera astuta en lo conceptual para evitar el análisis de la situación y dejar el asunto solamente en las representaciones mediáticas sobre el uso del vandalismo, los saqueos, los bloqueos y las barricadas en las calles que realizan algunos sectores minoritarios de las movilizaciones sociales, a las cuales las autoridades, el periodismo y los políticos llaman “la violencia”. Mientras que el empleo doloso y disuasivo de la violencia usado por las fuerzas policiales contra los manifestantes pacíficos, y los revoltosos también, es denominado por las autoridades y los partidos políticos el “uso legítimo de la fuerza” para mantener el orden público, que para los manifestantes, en los hechos, se convierte en un atentado en contra de su seguridad ciudadana. ■

*Observatorio Gobierno del Miedo
Universidad Academia de Humanismo Cristiano.



Una oportunidad para los proyectos transformadores

Constituyente: una salida al laberinto neoliberal

por Manuela Royo*

El despertar del estallido social chileno, trajo consigo una fuerte sacudida de todas las formas de dominación. De la mano de la toma de las calles y del cuestionamiento de las estructuras tradicionales de poder, la fuerza de la movilización popular fue desmonopolizando los espacios de participación, resignificando el ejercicio de los derechos civiles y políticos, ampliando los caminos de la acción y la deliberación política colectiva.

Para todos y todas quienes desde hace mucho tiempo hemos estado en las calles, en las organizaciones populares, construyendo desde los territorios y sus luchas, la constituyente es un desafío en el que podemos volver a quedar de lado.

Las preguntas son muchas, y quienes hemos vivido en poblaciones, hemos caminado por comunidades mapuche, hemos luchado día a día por sacar adelante nuestros proyectos de vida, intentando sortear los obstáculos del modelo neoliberal y sus precariedades, desconfiados de la institucionalidad de los poderosos, y sabemos el peligro que significa atraparse en la jaula legal de las instituciones políticas formales, que durante 30 años permitieron la concentración de las riquezas en manos de unos pocos.

La “política de los acuerdos”, los consensos entre élites civiles y los grupos empresariales, y la mantención del poder político de las fuerzas militares, caracterizaron una transición profundamente elitista, que dejó en manos del mercado hasta los espacios de cuidado de la vida más fundamentales, llegando a privatizar elementos tan vitales como el agua (mediante el Código de Aguas y la privatización de los servicios sanitarios) hasta el sistema de pensiones, como las AFP.

Doble filo

Desde hace 30 años, los denominados “gobiernos democráticos” se encargaron de producir un modelo socioeconómico consolidado, que impuso su programa por sobre una sociedad desarticulada, incapaz de enfrentar las políticas privatizadoras de los gobiernos de turno.

La desarticulación política post dictadura, sumada al desencanto de los sectores populares de aquella alegría que nunca llegó, permitió que el proyecto neoliberal se fuera colando por todas las esferas de la vida social, corroyendo aquellos lazos comunitarios



Alme Yutronic, Puño y grulla (óleo sobre papel), 2020 (Gentileza www.kunst.cl)

característicos del mundo popular y sus expresiones políticas.

En este escenario, la Constitución de 1980 fue el dispositivo que institucionalizó el entramado jurídico administrativo, consagrando la concentración del poder en manos de una élite política que monopolizó la toma de decisiones, incluso por el propio Estado. Por ejemplo, el “Plan laboral” elaborado por José Piñera en 1979, es un entramado normativo que limita la actuación de los sindicatos en defensa de los intereses colectivos, cautelando al máximo el derecho de propiedad y los mecanismos de acumulación del capital, para restringir y debilitar a los sindicatos, a la negociación colectiva y el ejercicio del derecho a huelga. A partir de la imposición del plan laboral, los sindicatos como espacios tradicionales de organización de los y las trabajadores/as, perdieron toda fuerza, y así muchos otros espacios de participación política no estatal.

Pero como alguna vez dijimos, de la derrota se sale luchando. Y ante la incapacidad de la institucionalidad de contener la indignación de la injusticia social, las millones de personas que salimos a las calles desbordamos el marco de la ley y de la institucionalidad vigente.

No es necesario ser abogado/a para darse cuenta que el derecho no es un fin en sí mismo, sino más bien, una herramienta que puede servir tanto para subvertir el orden existente, en términos de redistribución de las riquezas y del poder; como también puede ser, y lo ha sido durante muchos años, un mecanismo que permite levantar muros y cerrojos para no cambiar el modelo.

Por lo tanto, una Constitución puede ser un mecanismo de protección de la propiedad privada, como es la de 1980, como así también

puede llegar a ser una forma importante de limitar el poder y la concentración de la riqueza: “Esta doble condición en el derecho, la de ser al mismo tiempo conservador y transformador, dominador y liberador, lo convierte en un arma de doble filo que hay que saber conocer y utilizar. Solo así se podría evitar que los derechos sean usados en contra de la esencia del derecho, que es la emancipación (1). Por ello, es que en este largo camino por el reconocimiento de los derechos, se abre una posibilidad que la lucha emancipadora chilena se transforme en una voz constituyente desde los pueblos, sin perder de vista el legítimo temor de que la vía electoral se transforme en una trampa para todas aquellas fuerzas políticas que se piensan y se levantan desde abajo, tal como aprendimos de la experiencia del plebiscito y la transición pactada con la dictadura cívico militar de Augusto Pinochet.

Proyecto emancipador

El estallido social desbordó los límites de la democracia neoliberal, demostrando la capacidad colectiva de intervenir en asuntos públicos y de cuestionar la democracia y la participación en los términos que tradicionalmente habíamos conocido, levantado formas organizativas y propuestas para lograr una transformación radical de lo existente, con miras hacia un horizonte comunitario y popular (2), que confronte los límites legales de participación política y reproducción de la vida, mediante un proceso de reapropiación colectiva de los poderes públicos y de la distribución de las riquezas de los territorios en que habitamos.

Hoy la constituyente nos desafía a pensar en cómo superar la representación política delegada, y derrotar con ello las lógicas de dominación y opresión enquistadas en la orgá-

nica del orden jurídico chileno. Por ello, una nueva constitución además de reconocer derechos colectivos, sociales y reproductivos, también debe definir formas políticas no Estado céntricas, que permitan controlar al Ejecutivo y al poder Legislativo, junto con poder tener un órgano y mecanismos procedimentales de defensa de los derechos sexuales y reproductivos, como así también derechos sociales, colectivos, como podría ser un “Ombudsman” o Defensor del Pueblo.

Estas formas de política deben pensarse desde abajo, el proyecto de emancipación social, y de transformación en una sociedad más justa, requiere una estrategia que tiene que ser construida colectivamente desde los territorios, apuntando hacia la transformación de las estructuras dominantes, eliminando los cerrojos y muros impuestos por la Constitución de 1980, como una estrategia de superación del modelo de violencia históricamente ejercida contra las mujeres, los pueblos indígenas, y los sectores populares.

La salida del laberinto neoliberal requiere la toma de decisiones sobre los asuntos y problemas que a todos y todas nos afectan, el ejercicio de prácticas colectivas y comunitarias de organización, con la suficiente autonomía para asegurar la no cooptación, apuntando hacia la configuración de un sistema menos personalista del poder, que desde una pluralidad orgánica permita reorganizar las relaciones entre la sociedad y el Estado, cuestionando el monopolio estatal del poder.

Como bien lo plantean los compañeros de Modatima, Rodrigo Mundaca y Rodrigo Faúndez, esta capacidad comunitaria nos alerta que es desde el espacio situado, el espacio habitado y experimentado, “es posible construir condiciones para crear comunidades organizadas que le otorguen un sentido común al espacio local y enfrenten la idea mercantilista del espacio público que nos han impuesto durante décadas” (3), se trata de recuperar lo que le pertenece al pueblo y construir otro modelo de desarrollo, profundizando lo que hoy conocemos como democracia.

Mediante la organización territorial, es posible construir una política no Estado céntrica que dé paso a formas de autodeterminación, de organización territorial y autogobierno, en los términos que el propio pueblo decida. Este puede ser un camino interesante para cuestionar la acumulación de poder y del capital en manos de unos pocos, y frenar el predominio mercantil sobre la vida, la naturaleza y los territorios, apuntando hacia la reapropiación social comunitaria de las aguas, de las tierras y territorios.

Hoy existe la capacidad de levantar organicidad político-social hacia horizontes comunitarios y populares, que puedan hacer caer los andamios de la desigualdad, derribando uno de sus más fuertes pilares, sin dejar de lado las calles ni volver a dejar el poder en manos de quienes ya nos traicionaron. ■

1. Martínez, Esperanza, & Acosta, Alberto. (2017). Los Derechos de la Naturaleza como puerta de entrada a otro mundo posible. *Revista Direito e Práxis*, 8(4), 2927-2961. <https://doi.org/10.1590/2179-8966/2017/31220>

2. Gutiérrez, Raquel (2017), *Horizontes comunitario-populares*, Traficantes de sueños, Madrid.

3. <https://www.eldesconcierto.cl/2020/08/19/el-momento-es-hoy-a-la-disputa-de-los-territorios/>

*Doctora © en Derecho, abogada de Modatima y Alianza Territorial Mapuche.

Su aporte de radicalidad, creatividad, dinamismo y sentido

Los feminismos de la revuelta

por Ximena Vanessa Goecke S.*

El levantamiento popular iniciado el 18 de octubre de 2019, contó con una activa participación de mujeres de todas las edades, pero particularmente jóvenes, en los distintos espacios, acciones y marchas, en alianzas, producción de campañas, en las comunicaciones y en las expresiones artístico-culturales que expresaron y acompañaron este proceso. Dentro de esta activación generalizada de las mujeres, observamos claramente la activa participación de las organizaciones feministas y la inspiración significativa del feminismo en sus consignas y prácticas sociopolíticas. Una de las explicaciones de esto deriva de la fuerza que los feminismos han ido adquiriendo en el último tiempo en la juventud; pero también el fuerte entramado del malestar con la cotidianeidad, es decir, con la precarización generalizada de la vida que ha sido especialmente sentida y resistida por las mujeres y una demanda transversalizada por el movimiento feminista, con singular éxito, en el último quinquenio.

Un breve recuento

Es importante tomar en cuenta que el feminismo chileno ha tenido un desarrollo muy importante en las dos últimas décadas (Lamadrid, 2016), potenciado fundamentalmente por el movimiento estudiantil y por ende, por el impulso de liderazgos y organizaciones juveniles. Esta fuerte vinculación que implicó un desarrollo progresivo y politización del feminismo a lo largo de dos décadas hasta llegar a hacer de él “algo necesario” en la política estudiantil (Follegati, 2018), se manifestó, por ejemplo, en el llamado Mayo Feminista del 2018, y en la consecuent feminización de los liderazgos universitarios, y también estimuló la diversificación de su composición social y de las estructuras organizativas que a todo nivel se definieron como, y se aliaron con, el feminismo. Este desarrollo contribuyó también significativamente a la politización y masificación de las demandas, en contra de la violencia hacia las mujeres, en distintas dimensiones. Como señala Alejandra Castillo:

“...el movimiento feminista volvió visible la violencia patriarcal en la silenciosa inercia de las instituciones, en la cotidianeidad de la vida privada y en el daño que produce el modelo económico neoliberal al cuerpo de la sociedad [...] la política en Chile recobró, de tal modo, un olvido radicalismo de la mano de un feminismo lejano de las moderadas políticas liberales de mujeres...” (Castillo, 2019: 36)

La Coordinadora Feminista 8M

Si bien existen multiplicidad de organizaciones y corrientes en el movimiento feminista, es posible reconocer una organización que conduce las principales intervenciones y posiciones políticas dentro del espacio feminista en la revuelta: la Coordinadora Feminista 8M. Esta organización, nacida en 2018, y orientada principalmente a articular la Huelga Feminista, tiene como principal virtud la articulación y transversalización de las demandas feministas, organizadas en un proyecto político claro -el Programa para la Huelga Feminista, levantado en colectivo a través de los Encuentros Plurinacionales de Mujeres que Luchan, de diciembre 2018 y enero 2020-, un trabajo en red, descentralizado, y una radicalidad que se expresa en su voluntad de cambio profundo y de acción directa, lo que le permite al feminismo entroncar profundamente con las



Bruna Truffa, Intervención 8M / 2020

demandas generales, todo lo cual potenció y se potenció en el levantamiento. La Coordinadora ha sido efectiva en politizar y cruzar problemas diversos con las demandas y miradas del feminismo, haciendo inteligible la comunidad de vulneraciones que el neoliberalismo impone como una pesada carga sobre nuestras sociedades y con particular violencia sobre los cuerpos y subjetividades de las mujeres. Esta realidad compartida, aúna y permite la colaboración en distintos espacios.

Una nueva subjetividad política

La existencia de organizaciones como la Coordinadora Feminista 8M y el éxito que ésta ha tenido, se relacionan estrechamente con un cambio de subjetividad política que se ha comenzado a manifestar con fuerza en las nuevas generaciones (sub40), que tiende a una radicalidad democrática, donde se buscan formas de representación y participación más horizontales; conectadas a territorios o problemas concretos; organizaciones no jerárquicas con liderazgos rotativos, identitarios o especializados; transparencia en la toma de decisiones, en las decisiones de alianzas, actos de representación pública y el uso de los recursos; ayuda, contención y protección mutua (*apañe*), y por supuesto a la valoración y aceptación de la diversidad de formas de ser mujer y un reconocimiento a la llamada “interseccionalidad”, es decir, a los cruces de variables que atenúan o exacerbaban las condiciones de asimetrías, explotación o precarización de la vida. Esta subjetividad política es altamente sensible a aquello que restringe la libertad y la justicia, rescata la memoria feminista y en lo intelectual y artístico, apunta a una experiencia crítica, antineoliberal, de radicalidad creativa y performativa.

En el levantamiento

Si bien las organizaciones feministas no convocan a la movilización iniciada el 18 de octubre, sí existe una temprana incorporación al movimiento, por cuanto existe un acompañamiento y apoyo a la actividad de protesta de los secundarios. En segundo lugar, al iniciarse la revuelta, las organizaciones feministas agrupadas en la Coordinadora 8M pronto comienzan a gestar acciones de *apañe* a las secundarias y convocatorias en torno a los principales temas y momentos del levantamiento; así como a generar nuevas alianzas -donde actúa sin embargo con autonomía- por ejemplo, Unidad Social. Al mismo tiempo, distintas organizaciones feministas se movilizan, a) produciendo sus propios hitos dentro de la revuelta: el pañuelazo, la movilización por la paridad en la convención constitucional, el flashmob de Muertín, las performances de Las Tesis, el Encuentro Plurinacional de Mujeres que Luchan -con 3.000 participantes de todo Chile- para culminar en la movilización del 8 de marzo de 2020 con una marcha de mujeres que superó todas las expectativas, entre otras; el Cabildo Feminista y de las Disidencias Sexuales; b) campañas propias, como por ejemplo la de Memorias de Rebelías Feministas contra la Violencia Política Sexual, o la de agrupaciones Lesbofeministas que se abocó a recopilar datos y denunciar la violencia hacia las disidencias sexuales durante la revuelta, tradicionalmente invisibilizadas; c) la interpelación de las autoridades por sus declaraciones o acciones “patriarcales” o su falta de reacción y protección frente a la violencia política sexual solo por nombrar algunos aspectos claves.

Además, tal como ha señalado Juan Pablo Luna, el movimiento fue clave en potenciar al levantamiento en momentos críticos:

“En el momento en el que la movilización estaba decayendo, las mujeres la reactivaron. Han logrado, al menos parcialmente, amalgamar demandas a las que nadie había podido ponerle nombre. E incluso en sus repertorios de protesta, han innovado de forma que tal vez se traspase eventualmente a otros sectores del movimiento social. (...)” (Juan Pablo Luna, 2020, CIPER)

Por consiguiente, no es irrelevante que el levantamiento de octubre 2019-marzo 2020 haya quedado enmarcado claramente entre las dos más grandes movilizaciones feministas de la historia de este movimiento en Chile: 8 marzo 2019 y 8 de marzo 2020, como tampoco lo fue el éxito de la campaña de Las Tesis que en noviembre vino a dar sentido feminista, convergencia, dinamismo y proyección mundial a la revuelta. Así, el movimiento feminista actual, impulsado sobre todo por mujeres jóvenes, tiene clara consciencia de su papel. No fue “su” batalla, pero sabe que la revuelta tiene un profundo vínculo con el empeño de transformar la sociedad. Cree que el feminismo es clave en la generación de una nueva organización social, economía y política. Reconoce su significativa actoría en el proceso y pugna por un espacio activo, impugnador, destituyente y constituyente, emancipador, y promotor del buen vivir.

“El movimiento feminista en este estallido social es parte del tejido popular que se gesta en cada rincón. Son miles las feministas que se articulan en esta revuelta, nos encontramos en territorios y protestas, nos reconocemos en un movimiento diverso, plural, transgeneracional y de construcción de memoria, capaz de poner en cuestión diversas formas de violencia patriarcal, racista y colonial, luchas que tienen todo que ver con las luchas populares por la dignidad en contra de un modelo capitalista y neoliberal. Lo hemos dicho muchas veces, capitalismo y patriarcado son alianza criminal.” (Constanza Cifuentes, vocera CF8M)

Finalmente, conscientes de ser parte de un proceso de cambio sin precedentes, se constituyeron y se constituyen así en una potencia generadora de politicidad y de articulación social dentro de la revuelta, aportando radicalidad, creatividad, dinamismo y sentido a una revuelta que promete conducir a un nuevo ciclo de cambio político de gran trascendencia, incluso más allá del proceso constituyente en curso. ■

Referencias:

- Castillo, Alejandra *Asamblea de los Cuerpos*. Sangría Editoras, 2020.
- Follegati Montenegro, L. (2018). “El feminismo se ha vuelto una necesidad: movimiento estudiantil y organización feminista (2000-2017)”. *Anales de la Universidad de Chile*, (14), pp. 261-291. doi:10.5354/0717-8883.2018.51156
- Lamadrid, Silvia y Benitt (2019) Alexandra “Cronología del movimiento feminista en Chile 2006-2016” *Rev. Estud. Fem.* [online]. vol.27, n.3, e54709 https://doi.org/10.1590/1806-9584-2019v27n354709
- Luna, Juan Pablo (2020) Juan Pablo Luna: “Se desmanteló la idea de que Chile tenía una gran capacidad estatal de establecer orden” 12/03/2020 https://www.ciperchile.cl/2020/03/12/juan-pablo-luna-se-desmantelo-la-idea-de-que-chile-tenia-una-gran-capacidad-estatal-de-establecer-orden/

*Historiadora. Magister em Género y Cultura. xgoecke@gmail.com

A un año de la revuelta popular que abrió el proceso constituyente

Una Constitución feminista para un Chile más justo

por Clara González*

“Tengo ganas de salir a la calle con carteles y encontrarme en multitudes para cambiar la vida”, tejía en sus escritos rebeldes Julieta Kirkwood en los años 80. Como si de una suerte de epifanía se tratara, cuatro décadas después, un nuevo pueblo salió a las calles impulsado por los mismos anhelos de cambio que cobijaba una de las feministas más lúcidas de este país. Ahora que se cumple un año desde que Chile despertó, sus palabras parecen resonar con más fuerza que nunca: si el pasado 18 de octubre salimos, cacerola en mano, a tomarnos las plazas y las calles, fue precisamente porque queremos cambiar la vida, porque queremos construir un nuevo paradigma donde nuestras vidas sean dignas de ser vividas.

A estas alturas del partido resulta indiscutible el rol fundamental de los movimientos de mujeres en defensa de la vida y de la dignidad frente a la ofensiva neoliberal, una tendencia que se ha venido agudizando durante este siglo: ahí donde el sistema aprieta más fuerte, las mujeres se levantan y se organizan, desarrollando nuevas prácticas y formas de lucha. Así ha ocurrido en lugares tan distantes como Turquía, Chiapas, Bangladesh, Brasil, Kurdistán o Ecuador, y por supuesto que en Chile. Tratar de analizar el levantamiento popular del 18 de octubre desde una mirada que prescindiera del feminismo sería, sencillamente, un acto de hipocresía.

Sin embargo, a pesar de la importancia del feminismo en el nuevo escenario, el lugar que las mujeres vamos a ocupar en el nuevo Chile está aún en disputa, al igual que lo está el escenario mismo. Si, tal y como está previsto, el 27 de octubre se celebra el plebiscito que permite derogar la Constitución de la dictadura, estaremos ante una oportunidad histórica: en el caso de que se apruebe, podremos finalmente cambiar las reglas de un juego que beneficia solo a unos pocos. Y las feministas estaremos, nuevamente, en primera línea dando la batalla para que todas y todos quepamos, en condiciones de igualdad, en el Chile que está por nacer.

Si dentro de la jerarquía de todo ordenamiento jurídico moderno, la Constitución se sitúa en la cúspide de la pirámide normativa, subordinando así a todas las demás normas, resulta clave lograr que la nueva Carta Fundamental tenga un enfoque feminista. La aprobación de la Convención Constitucional Paritaria puede ser un buen primer paso en esa dirección. En un país que -salvo conta-

das excepciones- ha sometido históricamente no solo a mujeres y disidencias sexuales, sino también a las clases populares y pueblos originarios, es urgente construir, desde la nueva Constitución, un nuevo paradigma feminista, antineoliberal y antipatriarcal.

Más feminismo para mayor justicia

En un país que, en lo que va de año registra 36 femicidios consumados (1), siguiendo una tendencia que en los últimos seis años no baja de los 34 femicidios anuales -por lo que es muy probable que la cifra siga en aumento hasta final de año- resulta tarea urgente e ineludible erradicar todo tipo de violencia contra las mujeres. Y para ello es necesario que toda la institucionalidad, considerando la violencia contra las mujeres como parte de un proceso estructural e institucionalizado, incorpore una perspectiva de género a la hora de llevar a cabo sus respectivas labores. No es casual que aquella performance en que Las Tesis apuntaban “el Estado opresor es un macho violador” naciera en Chile para luego dar la vuelta al mundo. El Estado, y los poderes que lo integran, ejecutivo, legislativo y judicial, no pueden no incorporar una perspectiva de género en el nuevo Chile.

Si el actual Gobierno no ha dejado de dar un triste espectáculo en materia de mujeres, violencia y violación de los derechos humanos, tampoco hemos visto muchos avances por revertir la situación por parte de legisladores y poder judicial. Este último, en particular, se mostró en los últimos meses como un conglomerado compuesto mayoritaria-

mente por hombres poderosos, privilegiados y patriarcales que imparten, casi sin excepción, justicia en sus mismos términos: para los hombres, para los poderosos y para los privilegiados; una justicia, en fin, funcional al patriarcado. Casos recientes que conmocionaron a todo el país, como el de Antonia Barra o el de Ámbar Cornejo, dan buena cuenta de estas afirmaciones.

Pero además de la justicia, tenemos otras muchas materias que abordar en términos feministas en la nueva Constitución. Transformar el modelo económico y productivo -un imperativo en la actual coyuntura- incorporando una perspectiva feminista, implica poner en el centro de las prioridades de la sociedad el cuidado de la vida, de forma que se proteja de manera efectiva el trabajo reproductivo, y no solamente el trabajo productivo. Considerar la centralidad de lo reproductivo supone, entonces, un cambio radical de paradigma que permitiría superar el actual modelo neoliberal que descansa sobre la invisibilidad y precariedad de las tareas reproductivas y de cuidados, al punto de ser incapaz de funcionar sin ellos. La actual pandemia no ha hecho más que agudizar y evidenciar que sin cuidados, el sistema social y económico colapsa.

El Buen Vivir

Sistemas de economía colaborativa que abogan por un modelo antiextractivista son propuestas que desde la economía feminista llevan años planteándose y que, sin duda, redundarían en un sistema más justo y equitativo



Catalina Prado, Escalera I, 2019 (Instagram: @catapradobrowne)

para todas y todos, así como para un planeta que, a todas luces, no da más de sí (2). En este sentido, las formas de vida alternativas que desde las epistemologías del buen vivir se han venido desarrollando y consagrando constitucionalmente en países como Ecuador y Bolivia -que parten por el respeto y cuidado de la Tierra o Pacha, en contraposición al modelo de acumulación capitalista- pueden ser un buen modelo a seguir para la nueva Constitución de Chile. Reconocer el *Kume Mongen* (3), el buen vivir acorde a la cosmovisión del pueblo mapuche, e integrarlo como un principio orientador del nuevo texto constitucional, se entrelazaría así con una alternativa de economía feminista, pues ambos reconocen que, en el centro del desarrollo, debe ponerse la vida.

De igual manera, es posible y necesario repensar todos los demás aspectos del contrato social que deban normarse para reformularlos en clave feminista en la nueva Constitución: desde los derechos y deberes fundamentales de los ciudadanos y ciudadanas hasta las relaciones internacionales, pasando por el modelo fiscal, el modelo sanitario, el modelo territorial y por supuesto el educacional. Es más que alentador pararse a pensar e imaginar cómo sería el Chile que soñamos si es que incorpora una mirada feminista y antipatriarcal. Por ejemplo, en educación, además de redignificarse -teórica y formalmente- la profesión docente, se deberían entonces destinar muchos más recursos que posibiliten una educación inclusiva para todas y todos sin excepción; esto es, pública, gratuita y de calidad capaz de formar a nuevas generaciones que se relacionen en términos de igualdad y justicia, superando el actual sistema diseñado para segregar y favorecer, por sobre todo, a futuros patriarcas de buena familia cuya idea del éxito es siempre a costa de los desfavorecidos. Podríamos, bajo sus respectivas especificidades, repetir la analogía en otras muchas materias, y así lo hacen montones de feministas desde diversas disciplinas (arquitectura y urbanismo, sociología, arte, ciencia feminista, etc). Las conclusiones parecen confluir: en una sociedad feminista mejora la vida de todas y todos.

Ahora que nos encontramos ad portas de escribir una nueva Constitución, estamos ante una oportunidad histórica de repensar todas las áreas de la vida poniendo en práctica el feminismo. Instalar este paradigma que permite correr los márgenes de lo posible para construir sociedades más justas e inclusivas es también nuestra responsabilidad histórica. No debemos olvidar tampoco que, cuando hace un año salíamos en multitudes, fue para defender la centralidad de la vida y que por eso, en los carteles con los que soñaba Julieta Kirkwood, se le leía una y otra vez “hasta que valga la pena vivir”. Y que así sea. ■

1. Datos de la Red Chilena Contra la Violencia Hacia las Mujeres, actualizados a fecha 15.09.2020

2. El 22 de agosto, se agotó la capacidad de recursos de todo el planeta para este año, según datos de la organización Global Footprint Network (GFN).

3. Otra vez hoy la tierra se levanta. Hacia un mundo del Kume Mongen (Buen Vivir), Diego Ancalao Gavilán, 2020.

*Periodista.

A un año de la rebelión de octubre

Educación y actores educativos en el cambio social

por Dante Castillo*, Alejandro Vega** y Mario Torres***

Las bases del actual sistema educativo fueron sentadas durante el régimen militar. Entre las principales reformas, la dictadura de Augusto Pinochet reformó el sistema universitario, ajustándolo a las emergentes directrices del modelo neoliberal.

Desde los cambios impuestos por la dictadura cívico militar al sistema educativo, los y las estudiantes que quieren acceder a la universidad, sin tener los fondos para costearlo, debieron autofinanciar su educación, ya sea a través del presupuesto familiar o mediante créditos privados o estatales.

Este escenario se consolidó durante los gobiernos que asumieron la transición a la democracia. Solo hace cuatro años y bajo la presión del estudiantado movilizad, las autoridades políticas y administrativas se abrieron a las reformas que consideraran la equidad educativa y el acceso garantizado a la educación superior. Las y los estudiantes han lavado la cara de las culpas, vergüenzas y complicidades de los otros actores sociales chilenos. Sin sus persistentes gritos y berrinches para hacer públicas sus exigencias nunca se habrían podido cuestionar los pilares del modelo de mercado educativo heredado desde la dictadura de Pinochet.

Tal como sosteníamos hace un tiempo atrás, el estudiantado chileno no solo ha sido la chispa que ha encendido la indignación nacional, es también el principal actor social que, movilizad, le define la agenda a las autoridades políticas, administrativas y culturales de todos los sectores del país. En muchos aspectos ha sido el factor determinante que ha terminado con esta larga transición neoliberal a la democracia.

Ingeniosos mecanismos

Sólo a partir de las manifestaciones estudiantiles ocurridas durante el primer gobierno de Sebastián Piñera fueron interpretadas y calificadas por los dirigentes y partidos políticos como parte de un movimiento social mayor, conducido por un actor social organizado. Un movimiento que apelaba por reformas sustanciales al modelo económico y político universitario establecido durante la dictadura militar y que a la fecha se legitimaba explícita o implícitamente por las autoridades administrativas y políticas. Sin este actor, habría sido imposible contar con una "ley de gratuidad" que beneficia a los estudiantes y familias que pretenden acceder a las instituciones de educación superior.

Lamentablemente, la implementación práctica de políticas que originalmente se levantan para mejorar las desigualdades educativas y sociales, son transformadas en normas y procedimientos mediados por los filtros y criterios con los que el neoliberalismo regula el mercado educativo. Es así como, prácticamente todas las reformas que han surgido por las manifestaciones del estudiantado chileno, se han traducido en ingeniosos mecanismos para trasladar recursos



Samy Benmayor, Pentagrama (técnica mixta), 2002-2003

financieros públicos a los agentes privados. El modelo de Estado subsidiario no ha cambiado hasta el día de hoy.

Los llamados del estudiantado a evadir los torniquetes del Metro, como una forma de protestar por el alza en el pasaje, ha sido la evidencia más clara que seguimos operando al interior de una sociedad cuyas reglas del juego le siguen tributando al mercado. La conclusión de los estudiantes ha sido, una vez más, completamente lógica, coherente y consecuente. Hacer los cambios educativos que requiere nuestra ciudadanía, pasa por cambiar el soporte ideológico de nuestra sociedad. El estallido social de octubre de 2019, es una manifestación que nos exige transformaciones que terminen con cualquier tipo de desigualdad (en la educación, en la salud, en el sistema previsional y en cualquier ámbito del quehacer nacional). La caja de Pandora abierta en el 2019 por el movimiento estudiantil no es solo un clamor por la igualdad en educación. Es un llamado por el término de los privilegios de quienes administran las reglas de este país. Con el estallido social se ha consolidado un discurso transversal que tiene conciencia que cualquier cambio parcial requiere de un nuevo pacto social. En síntesis, gracias a las y los estudiantes chilenos, no sólo estamos sentando las bases de una nueva Constitución Política para Chile, también estamos clausurando cualquier financiamiento público a actores privados que lucren para sus intereses con los fondos de todos y todas las chilenas.

El malestar de la sociedad

Las demandas estructurales que están en el origen de las grandes movilizaciones ciudadanas, iniciadas en octubre de 2019, muestran de manera descarnada el profundo malestar transversal de la sociedad chilena. Es

un hecho de la causa que el origen se explica por la gestión de un modelo social, cultural y económico que hemos construido o avalado desde hace décadas. No fuimos capaces de enfrentar la desigualdad, promover la cohesión social y asegurar de manera equitativa el progreso, la comodidad y las oportunidades para vivir con tranquilidad nuestra niñez, juventud adultez y vejez. Por el contrario, la mayoría de los chilenos y chilenas se enfrentan al futuro con ansiedad y temor. La discusión por el nuevo Pacto Social, congelada en parte por la crisis sanitaria, requiere necesariamente de acciones concretas e inmediatas que aseguren la justicia social, base de la cohesión.

Luego de décadas de hegemonía neoliberal en educación, la persistencia de las inequidades y los cuestionados avances de la educación "bancaria", dan cuenta de un discurso con síntomas claros de fatiga. La cantidad y profundidad de las anomalías y los escasos éxitos que muestra el modelo educativo nacional, se combinaron con la respuesta movilizad de diversos actores sociales, para sentar las bases de una relectura de la relación entre educación y política.

Las movilizaciones estudiantiles y el estallido social han brindado el escenario perfecto para conciliar públicamente que la educación no es una esfera separada de la política. La ciudadanía nuevamente ha visto y asumido que cualquier transformación educativa se vincula con los cambios en la dimensión política de la sociedad. Es por ello que, a modo de manifestación empírica, ha reemergido la obra de Paulo Freire, quien actúa como un buen catalizador para resignificar las posibilidades y consecuencias de la educación en una dimensión más amplia, integral y sistémica.

La educación es una práctica de la libertad en sí misma. Del mismo modo, en tanto práctica, es también un hecho político. Por consiguiente, pese a la angustia o temor que lo anterior pueda acarrear en nuestras sensibilidades adiestradas por un modelo tecnológico, el estallido social nos ha brindado la posibilidad de contemplar que la institución escolar y la política educativa no es neutra, no es sólo técnica. Por el contrario, es un espacio político que siempre se debate entre dos tipos ideales, ya sea como un agente funcional al modelo social y político dominante (y reproductor del *status quo*) o como un agente para la transformación y la emancipación de todas las esferas sociales.

Hoy estamos más cerca de transformar nuestro extravagante sistema educacional, debido a la conciencia que el estallido social nos proporcionó ver cómo la educación no es más que otra manifestación de la política. Hoy es posible hablar de un modelo educativo sostenido en la actividad privada y ajustado a las leyes de la oferta y la demanda, cuyo cambio puede ser viable con una Constitución Política que elimine la opción por un Estado subsidiario.

Para que en Chile las instituciones educativas, escolares o de educación superior terminen de operar con la misma lógica e intranquilidad con la que funciona cualquier empresa del sector productivo, se debe cambiar el soporte político que lo permite y justifica. La noción de Estado subsidiario incorporado en la actual Constitución es la que permite la disputa entre las instituciones educativas por captar estudiantes dispuestos y con posibilidad para pagar por los servicios prestados.

A un año del estallido social y a días de las votaciones para iniciar un proceso constituyente, pero en base a nuestra experiencia histórica reciente, es necesario que el movimiento educacional organizado, estudiantes y profesores, continúe empujando al sistema político y cultural de Chile, para terminar con esta sociedad melancólica, cuyos lineamientos generales siguen anclados al diseño impuesto por la Constitución del 80. Sólo con la vigilancia de los actores educativos, se pasará de una democracia de baja intensidad a una democracia moderna más representativa.

En otras palabras, el movimiento iniciado por los estudiantes secundarios en octubre de 2019, sigue manteniendo en jaque el rol subsidiario del Estado y el modelo de desarrollo neoliberal dejando, hasta hoy, en un incómodo segundo plano a nuestro sistema de representación y de partidos políticos. Para sostener la afirmación anterior es preciso considerar dos cosas, por una parte, que la aparente normalidad de los últimos meses está mediada por la crisis sanitaria y, por otra, el movimiento estudiantil, docente y social siguen atento el desarrollo de los escenarios políticos.

Enfrentamos una oportunidad histórica. Hoy es posible reemplazar la lógica liberal de la competencia y el consumo, por la colaboración y la confianza. Tal como se sostenía hace un año atrás, no dejemos pasar la posibilidad de construir una sociedad más justa, bella y sustentable. ■

*Investigador PIIE.

** Investigador PIIE.

***Vicerrector de la Vicerrectoría de Transferencia Tecnológica y Vinculación con el Medio. UTEM.

El desafío de la discusión constitucional en los territorios

La Asociación de Municipios de Ciudad Sur y las universidades del Estado, Universidad Tecnológica Metropolitana, Universidad de Santiago de Chile, y el de Centro de Estudios Constitucionales de Chile de la Universidad de Talca, han organizado una serie de instancias de aprendizaje y discusión en torno al proceso constituyente que vive el país.



Escuela Constituyente

Con la participación de 172 dirigentes y dirigentes territoriales, entre el 15 de julio al 11 de agosto, se desarrolló la 1ra versión de la Escuela Constituyente: «Comunidad Activa para una Nueva Constitución», en donde se profundizaron temáticas claves relacionadas con Constitución y proceso constituyente, Salud, Seguridad Social, además de Educación.

Uno de los ejes centrales de la “Escuela Constituyente” se focaliza en la formación de la mayor cantidad de ciudadanas y ciudadanos, preferentemente de las comunas del sector sur (La Granja, Pedro Aguirre Cerda, El Bosque, Lo Espejo, San Ramón, San Joaquín y Cerrillos), en aspectos técnicos y prácticos, que permitan enriquecer la participación informada en el próximo plebiscito y en todas las instancias de discusión cívica que se desarrollen en los territorios.

Juan Rozas Romero, alcalde de Pedro Aguirre Cerda y presidente de la Asociación de Municipios Ciudad Sur, comenta que la Escuela “tiene que ver más con un nuevo Chile. El estallido social y ahora la pandemia han puesto más sobre relieve las tremendas inequidades que existen en nuestro país y especialmente en las comunas de la zona sur de la Región Metropolitana (...). Que hoy día nosotros estemos conversando sobre una nueva Constitución, que en el fondo es una parte de un nuevo Chile al que todos aspiramos, creemos que es tremendamente relevante”.

Desafío histórico

“Hay voluntad para generar un cambio al interior del país, hay interés por parte de los ciudadanos de ser parte de una histórica constituyente en el país”, enfatiza Mario Torres Alcayaga, vicerrector de Transferencia Tecnológica y Extensión de

la Universidad Tecnológica Metropolitana (UTEM), quien también destaca el trabajo en red y colaborativo desarrollado entre todos los organizadores de la Escuela.

En ese sentido, a juicio de Torres, “estamos frente a un desafío que nos interpela a construir entre todos una casa común: la casa común es la nueva Constitución. De esta manera, añade, “para que desde estas nuevas reglas logremos reconstruir un ethos distinto, que tenga como eje el buen vivir y el bienestar, y que podamos recuperar entre todos la utopía de que es posible construir la felicidad, es posible aportar al bienestar, es posible generar otro país”.

Discusión Constituyente

A raíz de la 1era versión de la Escuela, las y los organizadores decidieron desarrollar una nueva versión (realizada entre el 28 de septiembre y 2 de octubre), que a diferencia

de la primera versión, incorpora una sesión adicional dedicada al Medio Ambiente. La inclusión de esta temática permitirá repensar y poner en discusión ciudadana cómo puede asegurarse este derecho en un futuro marco constitucional. Pudiendo considerar, por ejemplo, el desarrollo de acciones colectivas populares, que no están contempladas en nuestro actual ordenamiento jurídico.

En esta línea, la UTEM creó “Discusión Constituyente: claves para una nueva constitución”, espacio online donde se publica material digital con el objetivo de sumar recursos al debate y aportar a la formación ciudadana ante el proceso constituyente que busca una nueva Carta Magna para el país. Infografías, videos y documentos pueden ser vistos o descargados desde vtte.utem.cl/discusion-constituyente/



El poeta mapuche que recibió el Premio de Literatura 2020

El legado y “orilatura” de Elicura Chihuailaf

por Fernando Pairican*

Elicura Chihuailaf representa el pasado, presente y futuro del pueblo mapuche. En sus diversos escritos suelen cruzarse de poesía, la narrativa y los ensayos. En ellos nos recuerda ese legado histórico al igual que lo hizo Silvia Rivera Cusicanqui y el Taller de Historia Oral Andina para Bolivia, sostener que una cosa es estar oprimido, pero otra muy distinta, como pueblo, es estar vencidos. A lo largo de su obra, Chihuailaf nos ha recordado que su poesía no fue adquirida fuera de su propia memoria de niñez, así lo explicita en *Recado Confidencial* como en *La vida es una nube azul*. En ambas escribió: “hablo de la memoria de mi niñez y no de una sociedad idílica. Allí aprendí lo que era la poesía”. De ese conocimiento ha contribuido a la literatura en Chile y América Latina, al plantear que su obra se resume en un concepto que contribuye a forjar la epistemología mapuche: la “orilatura”.

Desde las tierras de Kechurewe, territorio que se prepararon algunos de los principales levantamientos mapuche a lo largo del siglo XIX para detener la expansión del Estado chileno, primero bajo los gobiernos conservadores, y luego liberales, son los orígenes de Elicura Chihuailaf. ¿Fue una derrota la Ocupación de La Araucanía? En parte sí, la soberanía territorial quedó suspendida como escriben los autores de *¡Escucha...winkga!* No obstante, permitió la sobrevivencia del tejido social del pueblo mapuche, el idioma persistió, las tradiciones y costumbres continuaban vivas y reproduciéndose. A pesar de la invasión violenta que encabezaron los militares del siglo XIX, los que, a su vez, eran empresarios del carbón y ganaderos, la Ocupación de La Araucanía no logró la asimilación y exterminio como lo soñaron los ideólogos chilenos.

Fue resultado del contrapoder económico, político y social que hemos denominado “la mapuchería” que se gesta, a su vez, en el poder social y cultural de nuestro pueblo: la comunidad. En otras palabras, el Estado chileno no pudo lograr lo que, en palabras de Hugo Mases, historiador argentino que ha investigado la Campaña del Desierto, concretiza ese “destino final” que marcaron los desplazamientos, campos de concentración y envíos hacia minas de algún mineral como trabajadores, como sí lo da cuenta la historia en *puelmapu*. La resistencia mapuche, entre el río Malleco al Cautín desgastó a los ejércitos chilenos, los forzó a pactar. Esa es la otra historia de nuestro pueblo, la *Historia Secreta* como ha titulado Pedro Cayuqueo a sus dos tomos.

Esa adaptación en resistencia, cada cierto tiempo, vuelve convertido en nuevos levantamientos contra el Estado. La república propietaria chilena ha debido ceder para lograr algún grado de gobernabilidad, pero los costos han sido los incrementos de la violencia de los actores políticos, como advirtió año atrás Chihuailaf para este mismo medio, la radicalización del accionar es un resultado de la ausencia de compromisos a los diálogos ofrecidos y deseo explícito de “borrarnos del corazón y de la mente de los nuestros”. Esas historias fueron legadas por las generaciones de mapuche a lo largo del si-

glo XX, y Chihuailaf es uno de tantos y tantas poetas que han resguardado esa memoria que siguió resistiendo en silencio a la orilla del fogón, susurrándose en secreto y narrándose en mapuzungun. Él mismo lo cuenta en *De sueños azules y contrasueños*: “por las noches oímos los cantos, cuentos y adivinanzas a orillas del fogón respirando el aroma del pan horneado por mi abuela, mi madre o la tía María mientras mi padre y mi abuelo -Longko de la comunidad- observaban con atención y respeto”. En paralelo, en un rincón de ese espacio de resistencia política, cultural y social, ellas continuaban hilando los telares de las noches, los que en la memoria de Chihuailaf “se iban convirtiendo en hermosos tejidos”.

El poder mapuche

También es un legado político del primer ciclo del movimiento mapuche nacido en 1910. Ahí radica su cercanía a través de su tío Antonio Chihuailaf presidente de la Unión Araucana, su tía Jacina vlkantufe poeta, tejedora de hilos y de la palabra. Su tío Alberto profesor de Escuela N°1 de Temuco y Laura docente de una escuela camino a Vilcún. De esa experiencia también recupera el significado de la reducción y los costos de ellas en la extensión de las familias. También su padre, Regidor por cuatro periodos, en tiempos que no implicaba sueldo alguno, sino “gasto personal del representante municipal”. El núcleo fundante del poder mapuche (la familia) crece “pero las tierras no estiran” ha escrito, algunos deben migrar y otros quedan ahogados por los mismos cercos. Es la explicación que ha dado en sus escritos: “las familias crecen, pero las tierras no estiran”. A juicio del escritor, la situación colonial, se debe a la ausencia de independencia de los mapuche.

Es el legado de la resistencia de la mujer mapuche la que permite a Chihuailaf portar ese conocimiento tradicional antiguo. Su abuela jamás quiso aprender el castellano, “pasó por esta vida siendo hablante sólo del mapuzungun”. Y desde ese mundo, contempló lo que describe como la “insondable Conversación de la Naturaleza y su infinito tan azul”.

Políticamente Chihuailaf no ha hecho jamás un llamado al uso de la violencia por par-

te del movimiento mapuche. Sin embargo, ha acompañado los procesos de prisioneros políticos en huelgas de hambre, durante la extensa movilización del 2010, reunió a un número importantes de escritoras y escritores para dar su apoyo a la movilización, entre ellos a un escrito usado por la Fiscalía como documentos que probarían vínculos entre un miembro del Lof Yeupeko Catrileo y los hechos de violencia acontecidos durante esos años, en un extracto de la presentación sostuvo: “un poeta no merece la cárcel porque es uno de los constructores de la autodeterminación, la democracia y la libertad para el Pueblo Mapuche”.

El círculo de la vida

Como ha sido recurrente en su figura, las diferencias políticas entre el Estado y el pueblo mapuche serán solucionadas a través de la palabra, de ahí que sean recados, “conversemos, les pido. En la ternura de nuestros antepasados tenemos toda una sabiduría por ganar”. Ese legado sigue siendo la principal enseñanza que dejaron las antiguas y antiguos de nuestro pueblo. Pues existe otra enseñanza uno diría universal sobre el legado de nuestro poeta: “nada está de más en este mundo”. En el pensamiento mapuche, es entregado por los pu lonko que habitan en el wenümapu -de ahí que plante Chihuailaf que la vida mapuche sea “azul”-, lo bueno convive con lo malo. Sobre todo, ante este contexto de pandemia que padecemos, es claro que la tierra no nos pertenece como seres humanos. Allí radica el principal significado de mapuche que nuestro poeta ha explicado en distintas partes de su obra: “mapuche significa Gente de la Tierra”.

El reconocimiento de Chihuailaf, en las letras, es el legado que ha entregado un pueblo. Es un acto político y un triunfo para el movimiento en las puertas del momento constituyente, cuando las posibilidades de un cambio, luego de agitados meses de movilizaciones, con un alto grado de violencia policial y militar deja como herencia a jóvenes que han perdido la vista en esta lucha por derechos civiles. “En el círculo de la vida somos presente porque somos pasado (tenemos memoria) y sólo por eso somos futuro, nos dijeron, y nos sigue diciendo nuestra gente”.



Gabriela Cánovas, Estrella (del libro *Kallfv (Azul)* por Elicura Chihuailaf y Gabriela Cánovas, Pehuén editores)

“Seguimos constituyendo un Pueblo Nación” escribió en *Recado* y esa afirmación política ha sido trascendental, cuando alguna vez lo escuché, recitando en tiempos que cruzaba mi enseñanza media, soportando las corneadas del racismo y comprendiendo la situación política de resistencia en el pueblo mapuche, “¿imáginense, por un instante siquiera, ¿qué sucedería si otro Estado entrara a ocupar este lugar y les entregara documentos con una nueva nacionalidad, iniciando la tarea de arduos, de imponerles su idioma, de mitificarles -como forma de ocultamiento- su historia, de estigmatizarles su cultura, de discriminarlos por su morenidad? ¿se reconocerían en ella o continuarían sintiéndose chilenos? ¿qué les dirían a sus hijas o hijos? ¿Y a los hijos y a las hijas de ellos? A juicio de Chihuailaf: “nuestra lucha es una lucha por ternura”.

Voces del Wallmapu

A poco de inaugurarse el proceso constituyente, es de suma importancia que el futuro político tenga en cuenta los múltiples *Recados*. Que consideren la voz de los ancianos y ancianas, pues como bien ha dicho nuestro poeta: “ellos han jugado un papel muy importante en nuestra cultura y en la organización del movimiento indígena”. Pues son ellos quienes mantienen y transmiten, en forma oral y tradicional, las costumbres, el sistema organizativo y los aspectos culturales que hasta hoy han posibilitado la vida de nuestros pueblos. A juicio de Chihuailaf debe tenerse en consideración las voces del Wallmapu, “pues ellos son los que están recibiendo la sabiduría de nuestros mayores y están hablando, por lo tanto, al lado de esa Palabra desde ese Conocimiento”.

¿Por qué propiciar la Autonomía? Porque a juicio de Chihuailaf es preciso normar los espacios territoriales, sus recursos y patrimonio para una “articulación armónica en la cual se conjugue la preservación del medio y afirmación territorial, todo ello dentro de la lógica de reciprocidad económica para mejorar nuestras condiciones de vida, de afirmar nuestra existencia y derechos, y preservar nuestro medio natural que nos alimenta y cobija”. El pensamiento de nuestro poeta es una invitación a una relación de equilibrio, y no de “poder sobre la naturaleza”. Es la única manera de sobrevivir a juicio de él, haciendo una alusión con el curso del agua para la cual debe estar siempre corriendo, lo más límpida posible, pues representa la situación del espíritu humano. Todo lo contrario, a lo que denuncia con la conquista, invasión y exitismo del actual libremercado que han institucionalizado anti-conceptos para los mapuche, como erosión, contaminación y campo arrasado.

En camino de cambiar la Constitución, es indispensable recordar el diálogo entre Chihuailaf y Julián Weitra: “qué estas haciendo, sentado en tu Tierra, entristecido, sin parlamentar, conversa pues, parlamenta. Qué tristeza verte así, estás sentado en la pampa solamente donde parlamentaban tus mayores sin movimiento ya tu Tierra. Nada dices, ponte de pie, parlamenta en tu Tierra aunque sientas tristeza, parlamenta como lo hacían tus antepasados, como hablaban ellos”.

Del legado de Chihuailaf resulta clave comprender nuestro sentir es azul. No cualquiera, sino el que proviene del oriente del cual se levanta el sol, ese “azul profundo prístino que se produce en el lugar en que se reúnen a dialogar el brillo de las últimas sobras de la noche y la primera luz de la mañana”. ■

*Doctor en Historia, posdoctorante del CIIR, académico USACH y Alberto Hurtado y director de la Colección Pensamiento Mapuche Contemporáneo.

Condiciones para la asunción de Allende

El debate sobre las “Garantías Constitucionales”

por Jorge Magasich*

Después de la elección del 4 de septiembre de 1970, el Congreso ha de elegir al Presidente entre Allende y Alessandri, el 24 de octubre. El primero dispone del apoyo de 80 parlamentarios de la UP, el segundo de 45 de la derecha. La Democracia Cristiana condiciona el voto por Allende de sus 75 congresistas a que la UP “garantice” las libertades democráticas. Se trata de antiguas reivindicaciones de la izquierda, salvo privar al Presidente de la facultad de designar los altos mandos militares.

Tres días después de la elección, la directiva de la DC (Jaime Castillo, Renán Fuentealba, Patricio Aylwin y Luis Maira), presidida por Benjamín Prado, y el ministro del Interior, discuten la situación postelectoral. Prado recuerda que los derechistas proponen una comisión que negocie con la UP, poniendo condiciones. Pero la mayoría recela de negociadores sometidos a fuertes presiones y tentaciones que podrían informar que las condiciones no fueron aceptadas (intuición efectiva: hoy se sabe que la embajada de EEUU disponía de U\$250 mil para corromper parlamentarios). La abstención tampoco es solución, pues sería desconocida por los militantes, y si la DC apoya a Jorge Alessandri, se divide. Prevalece la posición que la izquierda tiene derecho a acceder al gobierno si lo hace democráticamente, refrendada por la Juventud DC que está por apoyar a Allende en el Congreso (1). Resuelven crear una comisión (Prado, Fuentealba, Aylwin, Maira y Castillo), para estudiar las garantías que solicitarán a la UP; la decisión será tomada por la Junta Nacional.

Benjamín Prado anuncia, el día 10, que no se puede imputar a Allende “cargo alguno de transgresión de los principios democráticos fundamentales”, pero lo apoyan “partidos marxistas, y frente a esta realidad se nos hace ineludible prevenir los riesgos de transformación del sistema político chileno”. Debe garantizar a los chilenos la subsistencia de la democracia.

El anuncio resta efecto a las maniobras del embajador Edward Korry y Eduardo Frei, para que los parlamentarios DC voten por Alessandri. Contribuye también a desmontar el segundo intento de golpe que debía iniciarse con la renuncia de varios ministros después del discurso alarmista de Andrés Zaldívar el 23 de septiembre. Ese día el Consejo de la DC convoca la Junta Nacional para el 3 y 4 de octubre y Prado declara que “jamás la DC aceptaría pactar con la derecha, aunque se le entregara en bandeja el poder”.

Presiones sobre la DC

El Mercurio arremete contra los “ingenuos” que piden garantías, ya que el comunismo “siempre termina por dominar a sus asociados y excluirlos del poder”, y la UP “fuertemente influida por el comunismo, ha preparado las bases para tomar por diversos medios el control de las comunicaciones de masas”. La campaña va *in crescendo* los días que preceden la Junta de la DC. Un tal Sergio Garnham afirma que Allende está sometido al marxismo, por tanto “es una enorme conse-

cuencia soñar siquiera que el pluripartidismo de sus adherentes sea una garantía”; se requieren “nuevos y libres comicios”. Ricardo Cox insiste que los comunistas someterán la opinión. Y un tal M.O.A. recuerda que, “los Romanos Pontífices desde León XIII hasta Pablo VI, han reprobado y anatematizado al comunismo como el más formidable enemigo de la civilización cristiana” (2). Lo mismo dice el recién constituido Patria y Libertad cuyas tres primeras manifestaciones llaman a la DC a votar por Alessandri.

Dos documentos, una filtración

El jueves 24, la directiva de la DC entrega a Allende dos documentos: uno público y otro reservado, para facilitar el debate en la UP. El primero reconoce que su mayoría interpreta “profundos anhelos de cambios” y le pide que garantice: el pluralismo, las libertades y derechos constitucionales; “el libre acceso de todas las corrientes de opinión, en igualdad de condiciones, a los medios de comunicación [...] sean particulares o estatales”. El respeto a las estructuras jerárquicas de las FFAA y de Carabineros y que no se creen organizaciones militares paralelas. Que la educación permanezca independiente de toda orientación ideológica oficial. Y la libre existencia de organizaciones sindicales (3).

El documento reservado –por poco tiempo– pide “que se reserve a los Comandantes en Jefe de las tres ramas y al Director General de Carabineros, la facultad para el nombramiento de jefes, oficiales y personal de dichas instituciones, de acuerdo con criterios técnicos”. Esta propuesta que busca suprimir uno de los pocos mecanismos que asientan la autoridad del jefe de Estado sobre las FFAA fue redactada por Aylwin, arguyendo que viene de “los mandos” consultados por el ministro de Defensa Sergio Ossa y de generales con quienes se reunió en su casa (4). Será impuesta luego por la dictadura.

Las otras demandas de la DC coinciden con los objetivos de la UP: un estatuto de los partidos políticos que tendrán igual acceso al canal estatal de televisión; el libre acceso a la prensa “de todas las corrientes de opinión, en igualdad de condiciones”; la educación “es una atención preferente del Estado”, que garantiza la existencia “de la educación particular y financiamiento por parte del Estado de aquella que no persiga fines de lucro”; con textos de estudios de diferente orientación; exclusión de toda orientación ideológico-partidista de los programas de estudio; autonomía de las universidades estatales y a las particulares reconocidas por el Estado, con financiación pública. Y la modernización del derecho a asociación, incluyendo cooperativas, Juntas de vecinos, etc; los sindicatos serán libres, independientes del Estado.

Allende “generalísimo”

Allende responde el 30 con un texto redactado por José Tohá y Jacques Chonchol. Subraya la determinación de la DC de “avanzar a la completa sustitución del capitalismo”, destaca que “el pueblo ha luchado y sigue luchando por mantener y consolidar nuestras libertades”; concuerda en garantizar la “subsistencia de un régimen de convivencia democrática” y “la libertad de conciencia, de palabra, de prensa y de reunión”. El programa de la UP –concluye– garantiza el pluralismo político, el sufragio universal, los derechos de los partidos políticos, y la educación pluralista.

Pero Allende no acepta ser despojado de la potestad de nombrar los comandantes en Jefe: “Soy un intransigente defensor de las prerrogativas del Jefe del Estado. Afirmando que, como

Primer Mandatario, ni siquiera la UP tendrá derecho a intervenir en la designación de los altos mandos, porque esto es una atribución privativa del Presidente [...] Nunca nadie ha cuestionado la calidad de generalísimo de las Fuerzas Armadas que por mandato constitucional asume el Presidente” (5).

El mismo día, el Consejo del PDC, aunque aprecia “los criterios del senador Allende, sobre el pluralismo democrático”, considera que el documento de la UP no contiene una respuesta “satisfactoria a las proposiciones concretas”; es indispensable que las garantías tengan consagración constitucional, redactada por una comisión UP-DC. Este incidente da algo de ánimo a los opositores al acuerdo. El 2 de octubre *El Mercurio* titula: *Respuesta de Allende desalienta peticiones de la Democracia Cristiana* y publica una nota del diputado DC Pedro Araya quien “no dará su voto para que un marxista asuma”.

El 1 de octubre, Orlando Budnevich (PSD) presenta la posición de Allende en el Comité Político de la UP. En la DC –explica– los que se oponen al acuerdo han realizado una tenaz “marcación” de los delegados a la Junta, en provincias, en el tercer distrito de Santiago y en los departamentos femenino y sindical. Insta a aceptar la formación de una comisión paritaria para incorporar las garantías a la Constitución, salvo la que priva al Presidente su autoridad sobre las FFAA. La negociación permitiría además agregar garantías sociales como el salario justo, los derechos de la mujer y de la juventud, etc. La comisión mixta es aceptada, aunque Allende “tuvo que jugarse a fondo”, según Ercilla, para vencer las reticencias de Aniceto Rodríguez, del PS (6).

Al caer el día, la DC y la UP están de acuerdo en introducir las garantías en la Constitución. Y la DC no insiste en sustraer al jefe de Estado la facultad de designar a los jefes de las FFAA.

El viernes 2, un día antes de la Junta, *El Mercurio* publica el documento “discreto” filtrado por Korry quien informa por cable al Departamento de Estado que lo recibió de sus amigos en la DC y lo filtró a medios estadounidenses y a *El Mercurio*. El mismo día, Edmundo Pérez Zújovic, Tomás Pablo e Ignacio Palma, presentan una extraña propuesta: Allende no podrá gobernar democráticamente porque hay dos partidos marxistas que impondrán un sistema no democrático (7). Para impedirlo, proponen que “el PDC participe activamente en el futuro gobierno” con tres o cuatro ministros. Propuesta rechazada por 17 contra 1.

La Junta Nacional de la DC

El sábado 3 se inicia la Junta con la cuenta de Benjamín Prado a los 506 delegados. La DC tiene tres opciones, dice: votar por Alessandri, abstenerse, o votar por Allende. “Negar a Allende la posibilidad de asumir el Gobierno sería lo mismo que haberle dicho: Ustedes tienen derecho a participar en las elecciones, pero no a ganar. Entonces vayan a la vía violenta. ¿Cuál es el riesgo principal? Guerra civil, muertos.” [...] ganar el poder por secretaría sería el peor error”. Enumera los riesgos: guerra civil como en España, en Colombia o en Chile en 1891. Rafael Moreno, vicepresidente de la CORA, presenta la moción propiciada por el Consejo: ratificar lo hecho y aprobar la comisión mixta con la UP.

Replica Juan de Dios Carmona llamando a rechazar la cuenta, a desahuciar las negociaciones con la UP, y a elegir una nueva directiva no cerrada a “ninguna de las alternativas políticas” (léase, que mantenga la posibilidad de votar por Alessandri); que el Gobierno envíe al

Congreso las reformas constitucionales (es decir, redactadas por Frei sin negociarlas con la UP) y que se efectúe una nueva Junta antes de la elección en el Congreso. Lo respaldan Jaime Castillo, Juan Hamilton, Sergio Ossa, Andrés Zaldívar, Carlos Figueroa y Raúl Troncoso.

Se debate con pasión: Tomic replica “no se puede salvar la democracia destruyendo al país. ¿Con qué objeto votar por Alessandri cuando no va a ser Presidente? Sería un atropello a la Constitución”. Habla de “mi amigo Allende” y precisa que los comunistas “son chilenos que quieren el bien del país”. Aylwin subraya los peligros del marxismo: “con los marxistas no podemos tratar en base a caballerosidad”. Santibáñez llama a mantener abiertas “todas las posibilidades”; Pedro Urrea afirma que hay casi unanimidad para estimar que la respuesta de la UP fue incompleta.

El domingo descubren los titulares de *El Mercurio*: *Piden otra Junta Nacional DC* apoyando la moción de Carmona, y *Grave denuncia del senador Tomás Pablo*, sobre unos pretendidos guerrilleros húngaros que se dirigen a Chile, una falsa información.

Pero la moción de Carmona no tiene posibilidades. Aylwin y Jaime Castillo redactan otra “suavizada”: aprueba lo hecho por el Consejo, pero declara que las respuestas de Allende “no son satisfactorias”; pide tramitar las reformas constitucionales que contengan todas las propuestas de la DC (léase, incluir la que despoja a Allende la prerrogativa de generalísimo) y reunir una nueva Junta el 20 de octubre. Benjamín Prado replica que la aprobación de esta moción implicaría la renuncia de su directiva.

El voto presentado por Rafael Moreno es aprobado por 271 (59%) contra 191 (41%) por el de Aylwin-Castillo. Acuerdo: apoyar en el Congreso a Salvador Allende “sobre la base de acordar un estatuto de garantías democráticas que deberá incorporarse al texto de nuestra Constitución”.

Es revelador que los partidarios del voto por Alessandri como Pablo, Carmona o Aylwin, no osaron plantearlo abiertamente y sólo insisten en la autogestión de las FFAA de forma oblicua. De haberse decidido algo así, la DC se escinde.

El acuerdo con la UP se concreta en tres días. El lunes 5 el Consejo de la DC designa tres negociadores favorables al acuerdo: Fuentealba, Bernardo Leighton y Maira. La UP nombra a Anselmo Sule (PR), Orlando Millas (PC) y Luis Herrera (PS) (8). En dos sesiones de trabajo el miércoles 7 se introducen algunos derechos sociales reivindicados por la UP y retoques menores al texto presentado por la DC. Las directivas lo validan el mismo día. El jueves 8, la UP y la DC depositan en la Cámara –juntas– el proyecto que introduce las garantías en la Constitución. Votarlo será el último acto de Allende como senador. ■

1. Ercilla, 16/9/1970; *El Siglo*, 3/10/1970

2. *El Mercurio*, 30/9; 2/10; 5/10

3. *El Siglo*, 25/9/1970

4. González Mónica, 2000, *La Conjura*, 74; 79

5. *El Mercurio*, 1/10/1970

6. Ercilla, 7/10/1970

7. Ercilla, 3/10/1970; *El Mercurio*, 1/10/1970

8. Los DC asesorados por Francisco Cumplido, Patricio Aylwin, Gustavo Lagos y Enrique Evans; los UP por el radical Jorge Tapia (*La Nación*, 16/10/1970)

*Historiador.

Este texto forma parte de una “Historia de la Unidad Popular” cuyo primer volumen será publicado por ediciones LOM, este año.

El crimen del general Schneider buscó impedir que Allende llegara a La Moneda

El asesinato de un jefe del Ejército

por Raúl Schneider Arce, Valentina Schneider Meza y Federico Schneider Kowalczyk*

Existen finales de vida que tienen rasgos de tragedia con su carga de traiciones, mentiras y un inmenso dolor. Hace cincuenta años, el 25 de octubre 1970, murió asesinado nuestro padre y abuelo, el general René Schneider, comandante en jefe del Ejército, víctima de un atentado. El crimen fue parte de un plan destinado a impedir la llegada de Salvador Allende y la Unidad Popular a La Moneda. Los conspiradores la llamaron la “Operación Alfa”.

A los 16 años entró a la Escuela militar. Su primera opción había sido estudiar medicina, pero debido a que su familia pasaba por graves problemas económicos y para ayudar a su madre viuda, eligió una carrera en la que rápidamente pudiera ganarse la vida. En la institución militar René Schneider encontró su verdadera vocación, a la que guardaría fidelidad hasta el sacrificio final.

Corría el año 1969. Gobernaba Chile, Eduardo Frei Montalva, demócratacristiano. Su administración había menospreciado a los militares, como lo afirma el general Carlos Prats en sus memorias, existían, entre otros, problemas de salario y de armamento. Esto hacía el objeto de comentarios y discusiones internas en las juntas de generales, sobre todo entre los generales Schneider, Prats y Emilio Cheyre. El general Roberto Viaux para mostrar su protesta frente a esta situación, prefiere realizar una acción de fuerza y se acuarta en el regimiento Tacna. Su maniobra será conocida como el “Tacnazo”. Numerosos oficiales lo acompañan. Esto produjo una gran conmoción en el país ya que se desconocían las intenciones de ese movimiento y hacía mucho tiempo que no se escuchaban ruidos de sables. Este acto de rebeldía no surgió de una inspiración espontánea, tenía contactos de alto nivel y veía una proyección hacia el futuro.

El poeta Armando Uribe, que trabajaba en la embajada chilena en Washington, se encontró en Estados Unidos con Agustín Edwards, propietario del diario El Mercurio, pocos días antes del “Tacnazo”, y este le afirma que pronto ocurrirán en Chile hechos importantes, refiriéndose indudablemente a la toma del Tacna (1). Igualmente el entonces senador Patricio Aylwin asiste a una conversación de Edwards con Charles Meyer, secretario de Estado para América Latina, y le da la impresión de que estaría pidiendo ayuda para Viaux. Tentativa de golpe o no esto fue la antesala del 11 de septiembre de 1973 como lo afirmó el general Horacio Toro, uno de los protagonistas del “Tacnazo” (2).

El gobierno de Frei se ve en la obligación de cambiar al ministro de Defensa y al comandante en jefe del Ejército. Como ministro es nombrado Sergio Ossa Pretot y para sorpresa para todos escogen a René Schneider como comandante en jefe ya que tenía la



séptima antigüedad. Es un momento de gran agitación dentro del Ejército y del país. Dentro de un año se realizarán las elecciones presidenciales. Son tres candidatos, Jorge Alessandri por la derecha, Radomiro Tomic, demócratacristiano, y Salvador Allende, izquierda.

El general Viaux era un hombre sin mucho carisma ni talento, pero su figura despierta curiosidad. Numerosos políticos lo visitan en el Hospital Militar donde él irá después del “Tacnazo”. Esto lo hace sentirse halagado, se ve como un líder que puede transformar el país. Comienza a realizar reuniones públicas y clandestinas con militares y civiles, que tienen carácter insurreccional.

En marzo de 1970, Edwards se reúne con su amigo el banquero David Rockefeller para hacerle saber de su temor si Allende gana las elecciones. Rockefeller preconizaba dictaduras militares para América Latina.

Nace una doctrina

Ocurren varias tentativas de golpes de Estado como la realizada por el general (R) Horacio Gamboa en marzo de 1970. Le encuentran un acta constitucional en donde se proclamaba a Viaux como presidente. Detienen al mayor Arturo Marshall, acusado de planear el asesinato de Salvador Allende. Este estaba en estrecho contacto con la CIA como lo comprobó la investigación hecha por Seymour Hersh. Ambos eran cercanos de Viaux.

El general Schneider recorre los regimientos de norte a sur, incansablemente, tratando de restablecer la unidad del Ejército y la disciplina. Viaux no pierde oportunidad de atacar al alto mando.

En mayo de 1970 el general Schneider concede una entrevista al diario El Mercurio, en la que dice que “la intervención política está fuera de nuestras doctrinas”. En el mundo político se comentaba que si nadie obtenía la mayoría absoluta, el Congreso podía elegir por primera vez a quien tuviera la segunda mayoría. El comandante en jefe manifiesta

que el Ejército respetará cualquiera fuera la elección del Congreso. Esta declaración será conocida como la “Doctrina Schneider”.

Esto, a pesar de la respuesta donde el jefe militar se adhiere completamente a la Constitución, despertó la cólera de Julio Durán, de la Democracia Radical. Durán era alessandrista y para él y para la derecha esto era inaceptable ya que la tradición era elegir la primera mayoría relativa y ellos estaban seguros de la victoria de Alessandri.

Viaux se encuentra con el general (R) Héctor Martínez Amaro a mediados de 1970. Se habían conocido en los años 50 y habían sido protagonistas de lo que se llamó “La línea recta”, que fue una tentativa de autogolpe del entonces presidente Carlos Ibáñez para imponer una dictadura. Tras las reuniones con Viaux, el general Héctor Martínez, junto con Franz Pfeiffer, inició la formación del Partido Popular Nacionalista, que era un intento por reagrupar vertientes nazis y oficiales en retiro de las Fuerzas Armadas (3).

Intensifican campaña

El 15 de agosto 1970, el subsecretario de Estado, John Crimmins, envió al embajador estadounidense en Chile, Edward Korry, un cable secreto sobre las opciones de contingencia en el caso de que Allende ganara las elecciones. La última opción se refiere al derrocamiento o evitar la asunción (4).

El 4 de septiembre de 1970 son las elecciones. Allende obtiene la primera mayoría relativa (36%), seguido por Alessandri y tercero Tomic. La campaña del terror contra Allende que había comenzado antes de la elección, se intensifica.

Después del 4 de septiembre, Viaux se reúne con el general Camilo Valenzuela. Se habla de la situación de la Democracia Cristiana en la que existe un sector que se niega a entregar el gobierno a Allende. Es el caso de Frei Montalva, del ministro de Economía, Andrés Zaldívar, de Sergio Ossa, ministro de Defensa y de Patricio Rojas, ministro del

Interior. Viaux afirmó que el contacto que él tenía con la DC era el abogado Guillermo Carey, que era en ese tiempo director de una planta de celulosa en Arauco junto con el ministro Zaldívar (5).

Al círculo de conspiradores se agregan el general Joaquín García (FACH), el almirante Hugo Tirado (segunda antigüedad de la Armada), y el general Vicente Huerta, director general de Carabineros. En un primer momento pensaron en secuestrar las cuatro primeras antigüedades del Ejército. Después deciden retener al que representaba el mayor obstáculo para sus planes, el general Schneider. Esta maniobra la denominaron Operación Alfa.

En una fecha no determinada, el embajador de Estados Unidos, Edward Korry envió un extenso memorándum a Kissinger en el que le informaba de un mensaje de Frei al general Camilo Valenzuela y al director de Carabineros Vicente Huerta. Según el reporte de Korry, Frei indicó a Valenzuela y a Huerta que tenía la intención de renunciar después del feriado de fiestas patrias. Este hecho agregado a la intervención del ministro Zaldívar sobre la situación económica catastrófica debido a la elección de Allende provocaría una crisis institucional. De este modo podría constituirse un gobierno interino. Nada de esto ocurrió, pero es bastante significativo que los destinatarios de la comunicación hayan sido dos hombres que estaban implicados en la conspiración que llevaron al asesinato del general Schneider (6).

El 15 de septiembre de 1970, Agustín Edwards comenzó su día a las 8 de la mañana desayunando en la oficina de Henry Kissinger, entonces consejero de la Seguridad Nacional del presidente Richard Nixon. A las 9h15 Kissinger había concertado una reunión para Edwards con Nixon y Richards Helms, director de la CIA. Se habló del peligro que representaba Allende y que el obstáculo mayor para una acción de fuerza era el general Schneider, el que tenía que ser desplazado. Luego el presidente Nixon llamó a Kissinger y a Helms al salón oval donde les dio la instrucción de intentar salvar Chile: “10 millones de dólares disponibles... hacer chillar la economía...”. Según afirma Kissinger en sus memorias, esta reunión fue la que impulsó Nixon a actuar.

Despliegue de los planes

Edwards se convirtió en el único chileno, civil o militar, que se haya reunido con el director de la CIA. En las memorias del general Vernon Walters, ex subdirector de la CIA, aparece Agustín Edwards como el principal “asset” de la CIA en Chile. “Asset” no es un agente ni un funcionario de la CIA. Se trata de un contacto superior de la agencia, disponible para ella. Es un recurso que sirve para transmitir informaciones reservadas y está en condiciones de sugerir planes de acción.

La CIA elabora un plan de acción que contempla dos posibilidades, el Track1 y el Track2. Para la realización del Track1 llegaron a Chile 400 agentes de la CIA en septiembre. El Track1 consistía en inducir una suficiente cantidad de votos en el Congreso para elegir a Alessandri, en el entendido de que este renunciaría de inmediato, abriendo así el camino para una elección en la que Frei podría legalmente presentarse como candidato. Frei y la derecha aprobaron este camino. El Track2 o proyecto FUBELT consistía en derrocar el gobierno Frei a través de un

golpe e instaurar una junta militar. El Track1, o golpe blanco, era imposible de aplicar, en la DC existían grandes divisiones, dirigentes como Radomiro Tomić o Bernardo Leighton jamás lo aceptarían. Solo quedaba el Track2. Se le encargó al coronel Paul Wimert, agregado militar de la embajada, de aplicarlo. Él se contactó con Viaux y Valenzuela. Wimert y Schneider se conocían. En una entrevista, el estadounidense cuenta que al saber que Schneider pintaba, le regaló una caja de oleos, y agrega con una cierta ironía macabra, con plata de la CIA.

En la campaña presidencial, los partidarios de Alessandri se agruparon en el Movimiento Independiente Alessandrista (MIA). Todos ellos constituyen más tarde el Frente Republicano Independiente (FRI) del que emanará Patria y Libertad. Uno de los principales instigadores del FRI fue el general (R) Héctor Martínez Amaro. Sus miembros venían de diversos sectores: nacionalsindicalista, Juan Diego Dávila; gremialista, Jaime Guzmán; Fiducia, Juan Luis Bulnes y Diego Izquierdo etc. El FRI toma contacto con Viaux y su banda.

Se sabe de la enemistad que existía entre Jaime Guzmán y Manuel Contreras, jefe de la DINA, la policía política de Pinochet. Contreras ordena investigar a Guzmán por la brigada Purén. Este participó activamente en la conspiración con sus grupos de fanáticos religiosos que estaban en el gremialismo de FEUC y se reúnen en el departamento de Guzmán, en la iglesia El Bosque o en la sede del Opus Dei. Guzmán tenía ordenado, si tenía éxito el secuestro del comandante en jefe, la toma de la Universidad Católica. La toma estaba preparada y los grupos de choque los encabezaba Bulnes Cerda (7). Jaime Guzmán fue dirigente de Patria y Libertad durante un año, después se retiró debido a diferencias con Pablo Rodríguez. Juan Luis Bulnes, en su círculo íntimo no se cansa de repetir que su reclutamiento para esa operación terrorista, la realizaron los Matte, con ocasión de un funeral familiar, cuyo compromiso se ratificó con la entrega de una bolsa de basura llena de dinero para ser utilizado en el momento adecuado (8).

El 14 de septiembre, Schneider le comenta al general Prats, que es evidente que los políticos están tratando de mover las Fuerzas Armadas a través de Viaux.

Conspiración en marcha

En el libro "Misión argentina en Chile 1970-1973" del diplomático Juan Bautista Yofre, él narra una conversación de Julio Durán con el entonces embajador trasandino Javier Gallac. Según el senador Durán, quien había hablado el día anterior con Frei, este ha querido vencer los "escrúpulos legalistas" del general Schneider, alentando una solución de fuerza. El mismo tono tuvo una conversación entre el general y el ministro de Defensa, Ossa Pretot. Siempre la respuesta del general fue la misma, esto no es un problema militar, es político.

El general Canessa expresó a propósito de una reunión con el general Schneider: "En esa oportunidad el comandante en jefe me comentó que estaba recibiendo presiones de muchos lados, incluso de las esferas de gobierno, para que hicieran sentir la presencia del Ejército..."

En el libro "Conversaciones con Viaux" de Florencia Varas, el militar habla de un recado que le envía el presidente Frei: "Supe de los labios del señor Nicolás Díaz Pacheco a través del sacerdote Ruiz Tagle, cuñado de Frei, diciéndome que tenía luz verde para actuar, pero que lo hiciera en buena forma, pues de otro modo se vería en la obligación de proceder en mi contra". Este recado le fue ratificado por el abogado Guillermo Carey. Viaux nombra a cuatro personas, esto jamás fue desmentido.

Ministros del gobierno DC discutieron



abiertamente con el embajador Korry la posibilidad de producir una crisis institucional durante la última semana de septiembre de 1970 (9).

Prats le relata a Schneider una entrevista que tuvo con un connotado demócrata cristiano. Schneider, sonrió, dolorido, diciéndole con desencanto, que sabía que en las altas esferas de la DC lo denominaban "El alemán".

Un plan de desestabilización se llevó a cabo para impedir que Allende asumiera el poder. Previamente se inició una campaña del terror con atentados explosivos. Estos terroristas crearon una organización supuestamente izquierdista, la Brigada Obrero Campesina (BOC), liderada por Enrique Arancibia Clavel que hizo distintos atentados explosivos, incluso estuvo a punto de volar el terminal aéreo de Pudahuel. El responsable de la logística de la BOC era Nicolás Díaz Pacheco, sindicado como colaborador de la CIA. Otro terrorista era Enrique Schilling, vocal de la Democracia Radical. Todo esto profusamente informado por los diarios de la cadena de Agustín Edwards. (26 de septiembre de 1970).

Algunos almirantes tienen una reunión con Allende para conocer su posición frente a las Fuerzas Armadas. El comandante en jefe de la Marina, almirante Fernando Porta Angulo, trata de comunicarse varias veces con el ministro Ossa para informarle de esta reunión, pero no lo consigue. Más tarde le da cuenta de lo que se trató. El ministro, en un tono muy airado le responde diciendo que ha sabido que en ella se habló de la compra de un portaaviones, lo que es totalmente falso. Schneider, en privado, le advierte al almirante que se cuide, porque seguramente algo están tramando. El resultado de esto no tarda en llegar. El 14 de octubre, Porta Angulo, constitucionalista, es llamado a retiro, y es nombrado comandante en jefe Hugo Tirado Barros, golfista y parte de la banda de Viaux (10).

Un secuestro fallido

La DC acepta votar por Allende en el Congreso. A cambio de esto, el presidente y la Unidad Popular tienen que firmar un estatuto de garantías constitucionales con el objetivo de hacer más sólido el sistema político.

Los cabecillas del grupo conspirador tienen al menos ocho reuniones donde se barajan distintas posibilidades. La estrategia que al final se adoptó fue la siguiente: secuestrar al general, denunciar su desaparición, acusar a la izquierda del secuestro decretando su búsqueda en todo Chile, y utilizando las pesquisas como un pretexto para allanar poblaciones "bajo control comunista". De esta manera provocar la intervención de las Fuerzas Armadas. Los lugartenientes del grupo eran Juan Diego Dávila que había sido integrante del partido Nacional Socialista (nazi) y Luis Gallardo. Algunos de los encargados de llevar a cabo el secuestro se contaban entre las familias cono-

cidas de Chile: Juan Luis Bulnes, descendiente del presidente Bulnes; Diego Izquierdo Menéndez, descendiente del responsable del genocidio de los selknam; Raúl León Cosmelli, hijo del que fuera intendente de Aysén; Julio Bouchon, viñatero; Andrés Widow, subdirector de la revista Tizona; Allan Leslie Cooper, terrateniente; y Jaime Melgoza, guardaespaldas de Viaux, entre otros.

Hubo dos tentativas que no lograron su objetivo. El 19 de octubre un grupo de hombres intentó secuestrar a Schneider a la salida de una cena oficial en la casa fiscal del comandante en jefe. El general Camilo Valenzuela, el "gran amigo", estaba encargado de retardar la salida de los otros generales después que Schneider se retirara. La tentativa falló porque el jefe militar se fue en su automóvil privado y no en el vehículo oficial, como suponían los hombres de Viaux.

El 22 de octubre de 1970, el general René Schneider salió de su casa a las 8h10 de la mañana. Excepcionalmente ese día no había carabinieri de punto fijo, respondiendo a las órdenes del general Vicente Huerta, y el teléfono del auto fiscal no funcionaba. Veintiséis autos lo estaban esperando. Algunos de ellos servían para desviar el tráfico, otros se fueron por las calles laterales de donde se iba a realizar el secuestro. El auto oficial de Schneider fue bloqueado en la esquina de Américo Vespucio y Martín de Zamora por cuatro vehículos y un grupo rodeó el automóvil. Un acompañante de Widow y de Melgoza rompe el vidrio lateral izquierdo, el general saca su pistola para defenderse, no alcanza a hacerlo porque Melgoza le dispara y lo hiere en la mano derecha y en el hombro, dejándolo semiinconsciente debido al alto calibre del arma. Inmediatamente, Bulnes e Izquierdo rompen el vidrio lateral derecho y disparan por la espalda al general que está herido, indefenso y recostado en el asiento trasero del coche. Ellos vaciaron todo el cargador, como lo manifestaron.

Herido mortalmente, el chofer, Leopoldo Mauna, lo lleva rápidamente al Hospital Militar. Los terroristas se arrancan. Juan Luis Bulnes es escondido por el cura Fernando Karadima en el torreón de la iglesia El Bosque. Más tarde lo ayuda a fugarse a Paraguay, en donde va a visitar a Juan Luisito, como él lo llama. Diego Izquierdo en un primer momento se arranca a Argentina.

La impunidad

Días antes del atentado llegaron a la embajada de Estados Unidos por correo diplomático, diversas armas que habían sido solicitadas por el grupo y enviadas por la CIA. Las recibió el coronel Paul Wimert. Con anterioridad, este mismo coronel le da 50.000 dólares a Viaux y a Valenzuela y además 250.000 de seguro de vida a Viaux. Después del atentado se recuperó el dinero y las armas que no fueron utilizadas. En noviembre, un miembro del grupo, que había escapado, nuevamente pidió ayuda y le dieron 35.000 dólares como un "gesto humanitario" (11). El subdirector de la CIA, Thomas Karamessines, afirmó que la Casa Blanca siempre estuvo al corriente antes y después del 25 octubre. Los documentos desclasificados de la CIA demuestran que Kissinger fue informado permanentemente durante la última semana previa al atentado y no se registran objeciones de su parte.

Christopher Hitchens afirma que esta fue la única vez que Kissinger se involucró en un asesinato individual (12). Mi hermano René y yo presentamos una querrela contra Kissinger en una Corte federal en Washington el 10 de septiembre de 2001. La defensa de Kissinger argumentó que su responsabilidad fue política y no legal. La Corte Suprema aceptó esa postura en un fallo de abril de 2006.

Después del 22 de octubre, el general Camilo Valenzuela fue nombrado jefe de la plaza de Santiago. Viaux trató de comunicarse con él, lo mismo intentó con los otros, pero no recibió respuesta. Viaux piensa que

no actuaron por miedo. El 30 de octubre Viaux es detenido.

Allende fue elegido presidente por el Congreso Pleno el 24 octubre y nuestro padre y abuelo murió el 25.

Su funeral fue algo pocas veces visto en la historia de Chile. Todo el pueblo le rindió un homenaje multitudinario. Se inauguraron poblaciones, calles y escuelas con su nombre. En 1970 se llamó a concurso para realizar un monumento que simbolizara su acción. Lo ganó el artista Carlos Ortúzar. La obra estaba terminada en 1974, pero no se inauguró hasta 1981. Pinochet hubiera querido destruirla, pero prefirió ignorarla. Durante todo el periodo que duró la dictadura, el general Schneider fue totalmente olvidado. Esta situación cambió cuando asumió como comandante en jefe el general Juan Emilio Cheyre, en 2002.

Viaux estuvo dos años en la cárcel, después fue relegado a Paraguay. A Tirado, Huerta y al general García no les pasó nada. Valenzuela tenía que ir a firmar al Patronato de Reos, pero después de un tiempo su amigo, el general Arellano consiguió liberarlo de esa "condena". El general Vicente Huerta admitió ante la fiscalía militar haber participado en las reuniones conspirativas, pero que informó de todo esto al ministro del Interior, Patricio Rojas. Afirmó lo mismo en un careo con el general Tirado y en una entrevista que le hizo la revista Ercilla. Esta declaración no fue desmentida (13).

Bulnes e Izquierdo, los que dispararon cobardemente por la espalda, volvieron a Chile en 1977 y Pinochet creó especialmente para ellos una ley de amnistía, y de esta forma no cumplieron ni un día de cárcel.

El único que cumplió una condena proporcionada fue Melgoza, nueve años de cárcel. No tenía muchos amigos influyentes.

El crimen quedo impune.

Al general Alfredo Canales, otro de los cabecillas del grupo, Pinochet lo nombró embajador en Líbano.

El general Vicente Huerta pasó a integrar el Consejo de Estado de Chile en 1974. En 1989, el Consejo de Seguridad Nacional lo designó senador constitucional por el periodo 1990-1998.

Muchos de los que participaron en el atentado colaboraron con la dictadura, como Guido Poli, quien trabajó en el Ejército hasta 1999 llegando a ocupar el cargo de auditor general. Fue consejero legal de la DINA.

Al menos diez de ellos trabajaron en la DINA, como Enrique Arancibia Clavel y Nicolás Díaz Pacheco, que fueron integrantes del grupo que asesinó al general Carlos Prats y a su esposa en Buenos Aires, en 1974.

Mucha traición. Mucho dolor.

"Hoy la patria no ha muerto. Lloro emocionada. General Schneider, noble soldado de Chile. Tu Dios y tu patria hoy te coronan con el laurel de la inmortalidad que has ganado en la más bella de las contiendas, las de quienes dan su vida por el bien de sus hermanos", dijo el cardenal Raúl Silva Henríquez. ■

1. El libro negro de la intervención americana en Chile. Armando Uribe
2. La conjura. Mónica González
3. Los EEUU y el derrocamiento de Allende. Peter Kornbluh
4. Los EEUU y el derrocamiento de Allende. Peter Kornbluh
5. Conversaciones con Viaux. Florencia Varas
6. From Korry to Kissinger. 14 Septiembre 1970. Pinochet Files. Box 1, Folder Chile14 Sept. 8 Nov. 1970. Richard Nixon Presidential Library.
7. Memorandum secreto de la DINA del 17 noviembre 1976
8. El crimen oculto de los Matte. PanoramaneWS.com
9. Documentos del Departamento de Estado, Consejo de seguridad, CIA
10. Bitácora de un almirante. José Toribio Merino Castro
11. Informe Hinchey
12. Les crimes de monsieur Kissinger. Christopher Hitchens
13. Revista Ercilla 20-26 Enero 1971

*Hijo y nietos del general René Schneider Ch.

El Líbano y su acelerado empobrecimiento

“Que caiga el régimen de los bancos”

por Doha Chams*, enviada especial

Beirut, a mediados de julio. Una pequeña muchedumbre se amontona en la vereda frente al hospital que depende de la Universidad Americana de Beirut (AUB en inglés). Las caras son serias, lívidas o desamparadas. La víspera, o más bien durante la mañana, mil quinientos empleados u obreros de AUB se enteraron de su despido “en virtud de la crisis económica”, como se les hizo saber. En total, 20 a 25% de los efectivos del establecimiento. Los sindicatos denuncian “una masacre”.

Una quincuagenaria sale del edificio gritando: “¡revolución! ¡revolución! ¡revolución!”. Pese a cargar una caja que contiene sus efectos personales, logra levantar el puño, pero su grito se parece más a un pedido de ayuda que a una incitación a la revuelta. Llorando, termina por caer de rodillas, y sus cosas se esparcen en medio de la calle. Algunos compañeros de infortunio se precipitan, pero ella se niega a levantarse. “Dios mío, ¿de qué lado estás?”, dice, y le cuesta expresar esas palabras. Un soldado se da vuelta y se seca una lágrima. Con un sueldo equivalente a 70 dólares, consecuencia del derrumbe de la libra libanesa, su situación material no es mucho mejor, pero él y sus colegas obedecen las órdenes. Preocupada por evitar todo desborde, la universidad apela a un impresionante dispositivo de seguridad que moviliza al ejército y a las fuerzas antimotines. “Había que precaverse contra graves amenazas exteriores”, se justifica Fadlo Khoury, el presidente del establecimiento, al tiempo que reconoce que los despidos “habrían podido y debido ser mejor administrados”.

Cambian las reglas del juego

Una grave crisis económica (1), una desocupación que aumenta vertiginosamente, el ejército desplegado para impedir la impugación social, una población enfrentada a la multiplicación de los casos de Covid-19... Esa era la situación en el Líbano antes del 4 de agosto y la doble explosión accidental del puerto de Beirut y su balance catastrófico: 192 muertos, cerca de 7.000 heridos y una buena parte de la capital destruida, 300.000 beirutíes que se quedaron sin vivienda, mientras que 70.000 perdían su empleo. Las esperanzas nacidas del movimiento popular del 17 de octubre de 2019 parecen ahora muy lejanas.

En menos de un año, las reglas de juego cambiaron completamente. El sistema político vilipendiado que los jóvenes llamaban a dismantlar a los gritos de “todos, eso significa que todos deben irse”, sigue en su lugar. Y cada día, o casi, trae su cuota de malas noticias o el signo de una situación que empeora: reconfinamiento de la población con un toque de queda de incierta eficacia sanitaria, saturación de los hospitales, escasez alimentaria, agresiones sordidas por algunas migajas de pan, nuevo incendio en el puerto en septiembre y negociaciones políticas interminables pese al “últimátum” del presidente francés Emmanuel Macron exigiendo la formación, sin más demora, de un “gobierno con una misión” para llevar a cabo reformas (2).

Lejos de estas consideraciones políticas, una de las preocupaciones principales de los libaneses sigue siendo el dinero y su disponibilidad. En la calle Hamra, en Beirut, los cambistas oyen la misma pregunta todo el día: “¿A cuánto está hoy la libra?”. Como un símbolo de la decadencia de un país antaño elogiado por su vida cultural, la célebre ar-

teria que fue el corazón vivo de la capital con sus cines, sus teatros y sus cafés, es invadida por la ropa de segunda mano y las baratijas a un dólar. Paradójicamente, el único lugar de la calle que recuerda un pasado prometedor es la sede del Banco Central o Banco del Líbano (BDL). Es hacia ese edificio, ahora protegido por barreras de hormigón, adonde convergen los manifestantes y los que participan en las sentadas que denuncian el control de los bancos sobre el país y su colusión, tolerada por el BDL, con las grandes fortunas que se dedican a fugar capitales. “Que caiga el régimen de los bancos”, proclama un eslogan pintado con un estencil y acompañado por el retrato de Riad Salamé, presidente del BDL, representado bajo los rasgos del diablo.

Paciencia y sacrificio

Desde diciembre de 2019, los establecimientos financieros aplican un congelamiento de facto de los haberes de los particulares, ya que estos últimos no pueden retirar más que montos limitados de sus cuentas, y restringen los retiros en dólares. Estas restricciones se endurecieron desde que el gobierno anunció el 7 de marzo último el default sobre el reembolso de una parte de la deuda exterior (1.200 millones de dólares sobre un total de 90.000 millones de dólares). Resultado, el país funciona con tres divisas en el mercado. Además de la libra libanesa, está el dólar que se cotiza a la tasa oficial (1 dólar por 1.507,5 libras) y cuya disponibilidad sigue siendo muy baja, ya que el Banco Central trata de preservar sus reservas de cambio, y también está el billete verde que se adquiere en el mercado negro según una cotización fluctuante, pero cada vez más onerosa que la tasa oficial (1 dólar por 8.000 libras en promedio).

En este contexto, comprar dólares es cuestión de paciencia y sacrificios. Hala Zaidan, de 54 años, cambia así en el mercado negro una parte de su salario percibido en libras libanesas. “Logré ahorrar tres meses de alquiler para mi hijo, que estudia en Moscú –explica–. No le permití volver este verano por la epidemia de Covid-19, pero también para no tener que pagar el precio exorbitante de su pasaje de avión”. Para muchos libaneses, esa búsqueda de billetes verdes es un indicador de su estatus social. Percibir su salario en divisas extranjeras es una garantía de enriquecimiento o, por lo menos, de mantenimiento de su estilo de vida. A la inversa, cobrar en libras libanesas, como ocurre para la mayoría de funcionarios y agentes del servicio público, es tener los ojos fijos en los abismos en los cuales se hunde la moneda nacional.

Hace todavía un año, Habib F., un estudiante universitario beirutí, ganaba el equivalente a 3.000 dólares por mes. Hoy, su salario no vale más que 450 dólares, un caso emblemático de la erosión avanzada de los ingresos de la clase media. El 19 de agosto, la Comisión Económica y Social de las Naciones Unidas para Asia Occidental (UN-ESWA), cuya sede se sitúa en Beirut, publicaba un estudio indicando que la cantidad total de libaneses pobres pasó del 28% en 2019 al 55% en mayo de 2020 (2,7 millones de individuos), es decir, antes de la catástrofe del puerto (3). Siempre según el mismo documento, el país del Cedro también ostenta uno de los más altos niveles mundiales de desigualdades; allí, el 10% de los más ricos concentra el 70% de las riquezas.

Herido en la explosión del 4 de agosto, Emmanuel Alkek da testimonio de su reduc-

ción de categoría. “Mi salario perdió el 80% de su valor, pero tiemblo ante la idea de que mi empresa cierre. De no ser por mi hijo, que vive en el exterior, no podría comprar mis medicamentos. Y aun así estoy obligado a racionarme. En vez de una píldora por día, no tomo más que una cada dos”. Se le pregunta si consultó a un médico al respecto, y nos responde: “Le pregunté primero a mi billetera”. El mismo tono sarcástico usa Dalal F., que tiene dos empleos pero gana menos de cien dólares por mes, “la suma de dos medios salarios”, indica. Para ella, ya es imposible que sus dos hijos vuelvan a su escuela privada, que cuesta 8.000 dólares por año, y la perspectiva de inscribirlos en la escuela pública, carente de medios, no la atrae demasiado. “La empresa de mi marido quebró. Y la solución de la enseñanza a distancia es imposible de poner en práctica. Habría que invertir en una computadora, pagar Internet y, aunque eso fuera posible, está la cuestión de la electricidad”. Treinta años después de la guerra civil, por falta de nuevas centrales, el Líbano sigue sufriendo un aprovisionamiento eléctrico caótico, con varios cortes por día. “Pagamos dos facturas de electricidad. Una por empalmarnos con la red pública y la otra por conectarnos a un generador privado. En agosto, con las dieciocho horas de corte diario en promedio, la mitad de mi salario se esfumó en el pago de la factura del generador”. La “mafia” de los propietarios –privados– de estos aparatos es regularmente denunciada en el país del Cedro. Según un informe que data de 2016, sus beneficios anuales alcanzarían los 2.000 millones de dólares (4). Un regalo del cielo que explicaría por qué el país resulta incapaz de modernizar su red eléctrica y terminar con los cortes repetidos.

Alimentos importados

El empobrecimiento de los libaneses podría agravarse si las autoridades deciden abandonar los dispositivos de subvenciones a las importaciones, como afirman insistentes rumores. Desde octubre de 2019, fecha en la cual la libra comenzó a caer, el Banco Central estableció un dispositivo de tasa de cambio especial para que los importadores de productos estratégicos puedan obtener dólares, ya sea a la tasa oficial, ya sea a una intermedia (3.900 libras por dólar), para pagar sus pedidos de combustible, de trigo, de medicamentos, de material médico y productos alimentarios de base. Según las evaluaciones que circulan, las reservas de cambio del BDL (20.000 millones de dólares), obligado a mantener una reserva obligatoria de 17.500 millones de dólares, no le permitirían mantener esas subvenciones más allá de fin de año. Salvo que obtenga un préstamo del Fondo Monetario Internacional (FMI), que, por supuesto, no quiere ni oír hablar del mantenimiento de esas subvenciones. En un país que consagra el 6% de su Producto Interior Bruto a las importaciones de productos alimentarios –una de las más importantes tasas de dependencia en el mundo– el abandono de tales sostenes, sin embargo, engendraría escasez y un aumento de la inflación que alcanza ya el 100% en ciertos productos alimentarios.

Como ocurrió en diferentes períodos tensos de la historia del país, muchos libaneses eligen partir al exterior, sobre todo hacia Canadá. Otros se contentan con abandonar Beirut, cuyos precios se fueron por las nubes. “Volví a mi pueblo porque mi alquiler en la capital aumentó cuatro veces debido al derrumbe de la libra”, explica Hanna, chofer de

taxi. Este sexagenario trabajaba como contador en un gran hotel antes de ser despedido como consecuencia del movimiento popular de octubre de 2019. “La dirección comenzó por pagarnos la mitad del salario y luego nos pusieron de patitas en la calle. Sin turistas no hay dinero. No puedo culparlos”, prosigue quien, enfrentado a la ausencia de clientes en su pueblo, va todos los días a Beirut para conseguir algunos viajes. Subdesarrollado, con pocas infraestructuras, aun más castigado por la falta de electricidad y la dificultad de acceder a Internet, el Líbano del interior, sin embargo, no puede constituir una solución de emergencia aceptable para la juventud del país. Por lo tanto, su única escapatoria es optar por la emigración ilegal. Así, resulta que muchos de los desaparecidos censados después del drama del 4 de agosto no murieron en la doble explosión. “Se ‘deslizaron’ hacia Europa, probablemente un poco antes de la catástrofe”, reconoce el pariente de uno de ellos.

Todos los testimonios sobre las partidas al exterior insisten en un punto importante. El que emigra no lo hace solamente para sí mismo. Una vez llegado a buen puerto, ayudará a los que se quedaron. Esto vale para los refugiados palestinos, que siguen padeciendo la estigmatización: setenta categorías de empleos están prohibidas para ellos. En el campamento de Mar Elias, en el suroeste de Beirut, el fatalismo está a la orden del día. “En este momento, los sectores populares libaneses sufren mucho más que nosotros –afirma Abou Ibrahim, carnicero–. Nosotros conocemos la pobreza desde hace mucho más tiempo que ellos, pero nuestra ventaja es que nuestras organizaciones y las instituciones que se ocupan de nosotros pagan en dólares y no en libras libanesas. Pero sobre todo, aquí no hay una familia que no reciba dinero de un expatriado, así fuera unas decenas de dólares”. Signo de los tiempos y de la falta de confianza para con las instituciones, esos envíos de fondos no transitan ya por los circuitos habituales, sino “por la bolsa”, de mano en mano.

El empobrecimiento general de los libaneses ¿los empujará a volver a ocupar la calle, una vez disipada la epidemia de Covid-19? El escritor Hassan Ezzein, quien participó en la mayoría de las protestas populares en el curso de los últimos veinte años, está persuadido de ello. Pero su pronóstico dista de ser optimista. Para él, la impugación tropezará con las injerencias extranjeras, que no apuntan más que a mantener el sistema político libanés tal como está, sin perjuicio de desempolvarlo un poco. Sobre todo, considera, “el país no logrará salir a menos que los libaneses construyan una oposición clara al régimen con un verdadero programa político. De lo contrario, será el caos”. ■

1. Véase Hajar Alem y Nicolas Dot-Pouillard, “Explosión contestataria en el Líbano”, *Le Monde diplomatique*, edición chilena, enero-febrero de 2020.

2. Jean-Pierre Filiu, “Macron peut-il sauver le Liban de ses naufrageurs?”, *Un si Proche-Orient* (blog), 6-9-20.

3. “ESWA warns: more than half of Lebanon’s population trapped in poverty”, www.uneswa.org, 19-8-20.

4. *Oil and Gas Hand Book*, Info Pro, Beirut, 2016.

*Periodista.

Traducción: Víctor Goldstein

Las aguas residuales, centinelas sanitarios

Covid-19 y las aguas servidas

por Mohamed Larbi Bouguerra*

Si “seguir el dinero” es un método probado en la investigación de la corrupción o los abusos de poder, “seguir las aguas” emerge como un procedimiento eficaz en el ámbito sanitario. Reveladores en materia de consumo de opiáceos o antibióticos, los efluentes brindan una valiosa información sobre la circulación del SARS-CoV-2, el virus del Covid-19.

Creíamos conocer la secuencia de la llegada del coronavirus a Europa, con los primeros casos graves identificados a fines de enero y los primeros fallecidos a fines de febrero. En Italia, el Instituto Superior de la Salud descubrió otra historia, que se divulgó el 18 de junio pasado: “Los resultados, confirmados en los dos laboratorios por dos métodos distintos, mostraron la presencia del ARN de SARS-Cov-2 en muestras (de aguas residuales) recolectadas en Milán y Turín el 18 de diciembre de 2019 –explica Giuseppina La Rosa, del departamento de la calidad del agua y de la salud–. Las muestras de octubre y noviembre de 2019, al igual que todas las muestras de control, dieron resultados negativos” (1). Este hallazgo, importantísimo para comprender los mecanismos de propagación de la pandemia proveniente de China, coincide con los estudio retrospectivos de muestras respiratorias de fines de diciembre de 2019 en Francia o en las aguas de Barcelona, que dieron positivo cuarenta días antes del primer caso oficialmente contabilizado.

El medio acuático

Las redes de saneamiento transportan residuos químicos del metabolismo humano, ricos en información sobre la alimentación, los medicamentos y hasta las sustancias ilegales ingeridas, así como sobre las enfermedades que afectan a la población. Una estación de tratamiento puede recibir las aguas residuales de más de un millón de personas, explica el profesor Gertjan Medema (Universidad Tecnológica de Delft, Instituto Neerlandés de Investigación del Agua), quien investiga la transmisión de las enfermedades infecciosas por el medio acuático (2). El estudio y seguimiento de los flujos proporcionan mejores estimaciones del avance del coronavirus que los análisis médicos, ya que esta vigilancia tomaría en cuenta, según él, a los individuos que solo tienen síntomas leves o no presentan ningún síntoma. En Francia, el estudio del Observatorio Epidemiológico de las Aguas Residuales (Obépine) puso en evidencia la correlación entre la cantidad de virus hallada entre el 5 de marzo y el 23 de abril



Carolina Muñoz, Esperando señales (Óleo, tinta y spray sobre papel), 2019 (Cortesía Isabel Croxatto Galería)

en tres estaciones de depuración de Île-de-France (la región parisina) y el número de casos de Covid-19 (3).

El análisis de las aguas previo a su tratamiento ya fue de fundamental ayuda en Estados Unidos frente al drama provocado por la dependencia de los opiáceos y los miles de muertos que causan en el país (4). Entre 2006 y 2014, la industria farmacéutica estadounidense vendió 60.000 millones de píldoras potencialmente adictivas. La misma acaba de ser condenada a pagar 19.200 millones de dólares a unos treinta estados (5). Jóvenes egresados del Massachusetts Institute of Technology analizaron las aguas residuales de la ciudad de Cary en Carolina del Norte, un estado particularmente enlutado por esos medicamentos utilizados como estupefacientes. Durante el verano de 2018 y sin interferir en la vida privada, pudieron establecer el mapa de distribución de esos potentes analgésicos en las aguas residuales de la ciudad. Dotada de esa geolocalización, la municipalidad montó una campaña de sensibilización sobre sus peligros, y logró un sensible descenso del número de sobredosis (6).

Aguas residuales

Actualmente, la aceleración de la movilidad de los seres humanos facilita mucho la difusión en el mundo entero de genes y bacterias resistentes a los antibióticos (BRA) que surgieron a partir de la utiliza-

ción masiva de los medicamentos anti-infecciosos por parte de los seres humanos y en establecimientos ganaderos. Para identificar los puntos álgidos y las vías de difusión de las cepas resistentes, un equipo internacional de investigadores se abocó recientemente al análisis de las aguas residuales de cinco aeropuertos, así como a las de los aviones de línea cuyas instalaciones sanitarias son compartidas por un público internacional (7). Descubrieron en ellas “una fuente extraordinaria –en términos de diversidad y cantidad– de BRA y de genes de resistencia a los antibióticos”, particularmente gracias a los nuevos métodos de secuenciación del contenido genético de muestras procedentes de entornos complejos (metagenómica). Con fines comparativos, los científicos cuantificaron esos tipos de genes y bacterias en los efluentes de las estaciones de tratamiento del agua municipales, con y sin conexión con aeropuertos. De acuerdo a lo esperado, las aguas residuales de las aeronaves contienen un conjunto extraordinariamente rico en genes móviles, superior a los que se hallan en las redes municipales. Dato inquietante: algunas cepas de bacterias *Escherichia coli* que se detectaron en las aguas residuales de los aviones presentan una resistencia combinada muy superior a lo habitual a varias clases de moléculas antibióticas, como las cefalosporinas, muy eficaces en la lucha contra ciertos bacilos. El equipo de investigadores inter-

nacionales concluyó que las aguas residuales de los aeropuertos constituyen una amenaza potencial, en la medida en que contribuyen a la diseminación de genes de resistencia a los antibióticos en el entorno acuático, ausentes en el entorno local.

Dominio del planeta

En momentos en que en todo el mundo se implementa el desconfinamiento, una vigilancia de rutina de los efluentes urbanos podría servir a las autoridades como herramienta de alerta. Los investigadores del Instituto Nacional Neerlandés de Salud Pública y Medio Ambiente detectaron trazas de SARS-CoV-2 en las aguas residuales del aeropuerto de Schiphol, apenas cuatro días después de la confirmación por parte de las autoridades de un primer caso de Covid-19, detectado por un análisis clínico. El equipo de microbiología del profesor Medema encontró incluso ARN viral en las aguas residuales de la ciudad de Amersfoort, antes que se informaran infecciones en la población. En Italia, el Instituto Superior de la Salud propuso implantar una red de seguimiento del coronavirus en las aguas residuales y se prepara para hacer efectiva una vigilancia en todo el país, durante los períodos potencialmente más críticos del otoño que recién comienza. En París, los autores del estudio consideran que las aguas residuales pueden proporcionar una “herramienta alternativa y quizá precoz de detección de los agentes patógenos en las poblaciones, cuando las investigaciones en humanos son difíciles de realizar por motivos logísticos, éticos o económicos, en particular en los países pobres” (8). A fines de junio, constataron un leve resurgimiento del virus.

“Los únicos verdaderos competidores de la humanidad por el dominio del planeta son los virus”, afirmó Joshua Lederberg, Premio Nobel de Medicina en 1989. La pandemia actual recuerda que éstos son la entidad más abundante en todos los sistemas, acuático y terrestre. ■

1. Comunicado del Instituto Superiore di Sanità, N° 39/2020, 18-6-20.
2. Citado en Smriti Mallapaty, “How sewage could reveal true scale of coronavirus outbreak”, *Nature*, Londres, 3-4-20, www.nature.com
3. Véase Sébastien Wurtzer (col.), “Evaluation of lockdown impact on SARS-CoV-2 dynamics through viral genome quantification in Paris wastewaters”, 6-5-20, www.medRxiv.org
4. Véase Maxime Robin, “Overdoses sur ordonnance”, *Le Monde diplomatique*, París, febrero de 2018.
5. Jan Hoffman, “Opioid settlement offer provokes clash between state and cities”, *The New York Times*, 13-3-20.
6. Celia Henry Arnaud, “Maria Matus means to combat the opioid epidemic with chemical data”, *Chemical & Engineering News*, Washington, N° 98-9, 8-3-20.
7. Stefanie Hess et al., “Sewage from airplanes exhibits high abundance and diversity of antibiotic resistance genes”, *Environmental Science & Technology*, Washington, Vol. 53, N° 23, 12-11-19.
8. *Op. cit.*

*Académico, miembro de la Academia Tunecina de las Ciencias, las Letras y las Artes Bait al Hikma (Cartago), ex director de investigaciones asociado al Centro Nacional de la Investigación Científica (CNRS, Francia).

Traducción: Patricia Minarrieta

¿Quién controlará las tecnologías de internet?

Geopolítica de la red 5G

por Evgeny Morozov*

La llegada de la red 5G suscita muchas interrogantes en relación a su impacto ecológico, sanitario y también al control que puede implicar este desarrollo tecnológico, además de enmarcarse en el conflicto entre Estados Unidos y China.

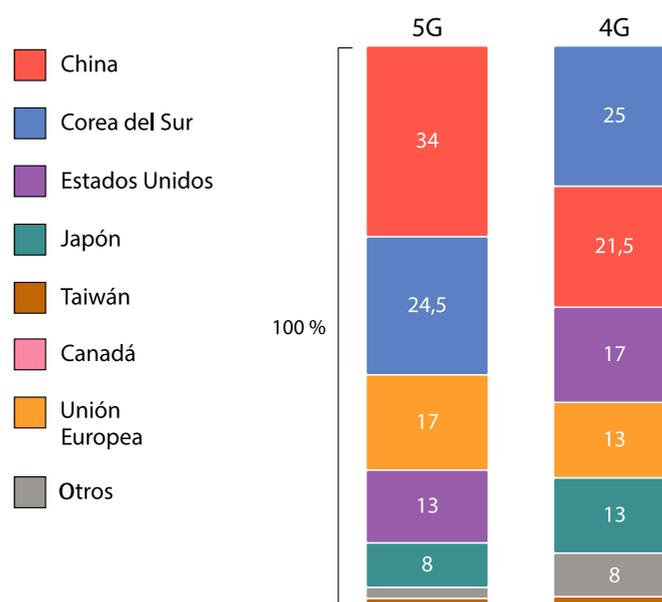
En 1994, cuando Huawei era apenas un pequeño vendedor de centrales telefónicas, su fundador, Ren Zhengfei, conversó con el presidente chino de entonces, Jiang Zemin. Este ex ingeniero del ejército dedicado luego a la electrónica de consumo masivo jugaba la carta patriótica: “Las telecomunicaciones son una cuestión de seguridad nacional. Para una nación, no contar con equipamiento propio en este terreno es como no tener ejército”. Este sabio precepto fue finalmente adoptado por otros países, Estados Unidos a la cabeza. Ironía de la historia, es este último el que considera hoy a Huawei y su influencia en la tecnología 5G una amenaza para su seguridad nacional.

En manos de sus trabajadores, la empresa se caracteriza por su sistema atípico de dirección rotativa, su desprecio por la contratación pública –considerada “codiciosa” por Zhengfei–, su culto a los valores maoístas y su adhesión a la idea de innovación nacional para quebrar la dependencia de China respecto de las empresas extranjeras “imperialistas”. El grupo administra actualmente redes en 170 países y emplea a más de 194.000 personas. Desde 2009, figura entre los principales actores del desarrollo de la tecnología 5G, tanto en materia industrial como en el seno de los diversos organismos internacionales de normalización. En el verano boreal de 2020, Huawei destronó a Samsung, convirtiéndose en el primer vendedor de smartphones en el mundo. Considerada una de las empresas chinas más innovadoras, su filial HiSilicon diseñó el chip Kirin, que acelera algunas de las aplicaciones de inteligencia artificial más evolucionadas del mercado.

Este éxito destacado se explica en parte por su permanente compromiso con la investigación y desarrollo (I+D), a la que la empresa destina más del 10% de sus ganancias anuales, es decir, más de 15.000 millones de dólares en 2019 –20.000 millones previstos para 2020–, superando a Apple y Microsoft. A modo de comparación, el sector automotor alemán en su conjunto invirtió aproximadamente 30.000 millones de dólares en I+D en 2018. Más allá de estas cifras, Huawei representa un estandarte para la sociedad china: el ejemplo atípico de una empresa que, habiendo partido de lo bajo de la cadena con productos rudimentarios y ultraestandarizados, se codea actualmente con Apple o Samsung. Su trayectoria refleja las grandes aspiraciones del gobierno para el sector de las tecnologías. China estuvo durante mucho tiempo relegada a la función de planta de montaje de productos extranjeros, tal como lo recuerda de manera humillante la mención que figura detrás de todos los aparatos Apple: “Diseñado en California, ensamblado en China”. El destino de Huawei demuestra que una nueva era podría comenzar bajo el eslogan: “Diseñado en China, ensamblado en Vietnam”.

Si otras empresas chinas lograran seguir este ejemplo, la dominación estadounidense sobre la economía mundial podría verse seriamente afectada. Desde luego, en el pasado, países sólidamente arraigados en la esfera de influencia de Estados Unidos vivieron un despegue económico fulgurante –Alemania, Japón, los tigres asiáticos–, pero el proceso seguía siendo manejado a la

Porcentaje de patentes presentados, por país de origen al 1 de enero de 2020



distancia en mayor o menor medida por Washington. A comienzos del siglo XXI, los estadounidenses se resisten a ver a China alcanzar la cima por sus propios medios, persiguiendo sus propios objetivos geopolíticos, mientras que ellos mismos parecen dormirse al volante.

La ofensiva de Washington

Por esta razón, los objetivos del actual debate en torno al 5G superan en gran medida la cuestión de una dominación china sobre esta norma de telefonía. El 5G es esa tecnología que debería permitir una mayor rapidez de conexión en un mayor número de aparatos, a su vez conectados e interconectados, acercando las operaciones de procesamiento de datos a su fuente, a saber, el usuario final. Pero el bombardeo publicitario que lo acompaña hace olvidar los numerosos obstáculos para su aplicación industrial. Para la mayoría de los usuarios, el impacto del 5G se limitará a velocidades de descarga mayores y, tal vez, al advenimiento de la Internet de las Cosas anunciado desde hace mucho tiempo.

Por supuesto, el aumento de la gama de las redes y los aparatos requiere inversiones colosales, y se libra una batalla para conquistar el mercado. Pero Huawei y el 5G no son más que la punta del iceberg. En segundo plano, se desarrolla un enfrentamiento económico y geopolítico mucho más grande, en el cual los chinos intentan aventajar a los estadounidenses. Si el 5G inquieta a estos últimos, es porque no tienen a un campeón para enviar al frente. Europa se muestra más tranquila, ya que cuenta con dos fabricantes de equipos, Nokia y Ericsson.

La ofensiva de Washington contra la alta tecnología china afecta a un amplio abanico de empresas, desde el fabricante de equipos ZTE (propiedad del Estado y muy activo también en el campo del 5G) hasta WeChat, pasando por TikTok y muchas otras menos conocidas. Pero Huawei es sin duda su principal objetivo, porque encarna a los ojos de la Casa Blanca la quintaesencia de una China sin escrúpulos, cuyas infracciones Estados Unidos no deja de condenar y sancionar, en Hong Kong, en Sinkiang, en el Mar de la China Meridional, etc., al punto tal que Donald Trump denomina a la empresa con uno de esos apodosos que tanto le gustan: “el espía” (“The Spyway”).

Vista desde el Despacho Oval, Huawei simboliza esos golpes bajos que el mundo observa erróneamente como merecidos éxitos comercia-

les. Viola los derechos de propiedad intelectual, oprime a sus socios, saca provecho de los generosos subsidios del Estado para ofrecer grandes descuentos y aplastar a la competencia. Construyendo redes de telecomunicaciones en los países del Sur, los encierra en una relación de profunda dependencia, participando así de la “diplomacia del endeudamiento” de Pekín, desplegada especialmente a través de su proyecto de “nuevas rutas de la seda”. Más grave aun, Huawei equiparía sus productos con “puertas traseras” (*backdoors*) para permitirle al régimen chino extender sus actividades de vigilancia. Según sus detractores más imaginativos, la empresa pronto será capaz de volver en contra nuestra a las heladeras y tostadoras de pan conectadas al 5G.

Basándose en estas críticas, suele mencionarse la Ley Nacional de Inteligencia promulgada por Pekín en 2017, que exige a las empresas (y a los ciudadanos) cooperar con las autoridades proveyéndoles información si éstas la solicitaran. Otro motivo de preocupación: la aceleración de la “fusión cívico-militar”, un esfuerzo que apunta a agilizar las relaciones entre el sector de las tecnologías y el ejército... y que está inspirado en el ejemplo estadounidense. Huawei, por su parte, desmiente categóricamente las acusaciones de espionaje, señalando que el gobierno chino no correría el riesgo de arruinar su reputación y su credibilidad internacionales.

Chile aparta a Huawei

Como es habitual, los argumentos de la administración Trump se basan en pruebas muy endeble, e incluso inexistentes. Lo que no le impidió tratar de sumar a su cruzada a varios países amigos, especialmente al Reino Unido, Francia, Italia y muchos Estados de Europa del Este, “incitándolos” a eliminar a Huawei de sus redes 5G –lo que es un eufemismo, al ser tan fuertes las presiones económicas y diplomáticas ejercidas por el Departamento de Estado a través de sus embajadas–. Y lo mismo sucede en todos los continentes. Tras un intenso lobby del secretario de Estado Mike Pompeo, el gobierno chileno debió tomar la decisión de separar a Huawei de su proyecto de cable submarino transpacífico. En India, donde Huawei está muy presente, el Primer Ministro Narendra Modi utiliza la elección o no del fabricante de equipos chino como un instrumento de represalias contra Pekín, tras los violentos enfrentamientos fronterizos. Aunque todavía no

se haya anunciado ninguna prohibición oficial, Nueva Delhi contemplaría recurrir a una empresa nacional, Reliance Industries.

El Reino Unido, aunque un poco aletargado en estos tiempos de Brexit, dio un duro golpe en julio pasado al exigirles a sus operadores de telefonía móvil que retiren de su red de aquí a 2027 todos los equipos Huawei existentes. La decisión causó sorpresa, cuando este país parece ser el centro de la estrategia europea del grupo, con Londres como sede regional. Es también en Reino Unido donde Huawei abrió, en 2010, en colaboración con los servicios de inteligencia británicos, un Centro de Evaluación de Ciberseguridad (Huawei Cyber Security Evaluation Centre, HCSEC), encargado de analizar y corregir las fallas de seguridad identificadas en sus redes. Pero estas buenas relaciones no influyeron demasiado frente a las presiones de Washington y las críticas del Partido Conservador, en cuyas filas se creó un grupo parlamentario hostil a China, la gran moda del momento.

La Unión Europea, por su parte, no logró definir una política común sobre el 5G, fundamentalmente porque la cuestión fue abordada en términos de seguridad nacional, un terreno en el cual los Estados miembros son soberanos. Hubiera sido más sensato comprenderla desde el punto de vista de la política industrial y de las relaciones internacionales. Un gigante europeo único del 5G, retoño de Nokia y Ericsson, habría podido surgir así, generosamente subsidiado y con la misión de igualar los esfuerzos de Huawei en materia de I+D. Es improbable que las cosas evolucionen en esta dirección, aun cuando la Comisión Europea, bajo la presión de los franceses y alemanes, haya mostrado recientemente intenciones de abandonar su capricho –la competitividad– para tener en cuenta el contexto geoeconómico.

Zonas de alto riesgo

Alemania, el único gran país europeo que aún no ha develado su plan para el 5G, prometió tomar una decisión en el otoño de 2020. La clase política está dividida respecto de la cuestión, e incluso en el partido de Angela Merkel existen discrepancias. Los diplomáticos estadounidenses con funciones en Berlín, por su parte, nunca pierden la ocasión de recordarles a sus interlocutores lo que podría costarles su indulgencia respecto de Huawei.

Si bien, en la leyenda escrita por Trump, la empresa de Shenzhen encarna el “comunismo de connivencia” a la china, el fenómeno Huawei genera otras lecturas. Una de las más convincentes es la que propone el economista Yun Wen. Detrás de sus fanfarronadas, su gusto por los aforismos maoístas y sus tendencias nacionalistas, Zhengfei, el actual presidente de la empresa, se muestra como un fino conocedor de las sutilezas de la geopolítica. Bajo su dirección, Huawei se estableció en regiones difíciles –las regiones rurales chinas en los años 1990, luego algunos países del Sur donde las perspectivas de ganancias eran escasas– e hizo de ellas cabezas de puente para lanzarse a los mercados más prometedores. A medida que China extendía sus tentáculos en África y América Latina, Huawei y su compatriota ZTE se sumaban al movimiento para construir allí sus redes, esas obras que se benefician indirectamente de los préstamos acordados por Pekín a los gobiernos locales para ayudarlos a financiar grandes proyectos de infraestructura. Según Yun Wen, en el caso de Huawei, esta diplomacia del endeudamiento no habría tenido únicamente efectos nefastos. No sólo los ingresos generados por la empresa en los países del Sur son relativamente modestos comparados con otros mercados, sino que su desarrollo en estas regiones, impulsado en parte por el espíritu de “internacionalismo tercermundista” tan apreciado por Mao, la condujo a formar en el lugar a un número apreciable de ingenieros y técnicos calificados.

Estados Unidos siempre constituyó para Huawei una zona de alto riesgo, mucho antes de la presidencia de Trump e incluso de la de Barack Obama. En 2003, el fabricante de equipos chino fue atacado por su principal competidor estadounidense de entonces, Cisco, por violación de patentes. A este primer revés, le seguirían muchos

otros. Luego de que le prohibieran cualquier participación o control en empresas estadounidenses, Huawei podría efectivamente perder hoy la facultad de atender a sus propios clientes y lanzar nuevos productos en Estados Unidos. Desde el comienzo, una acusación se repite como un estribillo: Huawei trabajaría codo a codo con el ejército chino. En 2011, *The Wall Street Journal* (27 de octubre) reveló que la empresa habría hecho negocios con Irán, sin tener en cuenta las sanciones estadounidenses vigentes contra ese país, lo que complicó aun más la situación. En 2013, Huawei anunció su retiro del territorio estadounidense, y su presencia en Washington se reduce actualmente a un ejército de lobistas.

Cabe razonablemente preguntarse por qué, habiéndose lanzado las primeras salvadas hace diecisiete años, la campaña estadounidense anti Huawei no se intensificó sino recientemente. A fines de 2018, el gobierno estadounidense ordenó la detención de la hija de Zhengfei, Meng Wanzhou, directora financiera de Huawei, durante una escala en Canadá. Desde entonces, Washington se propuso destruir al grupo dictando sanciones cada vez más duras. Trump solicitó al fondo de pensión oficial del gobierno no invertir en sociedades chinas. Los subcontratistas del Estado federal deben demostrar que no tienen ningún lazo comercial con Huawei. En cuanto a las empresas chinas que cotizan en Bolsa en Estados Unidos, están obligadas a publicar sus estados contables y declarar cualquier contacto con el gobierno de Pekín. Varios factores económicos y geopolíticos se conjugan para explicar la ofensiva de Washington.

Una piedra en el zapato

En materia geopolítica, las revelaciones de Edward Snowden en 2013 sobre las actividades de la Agencia de Seguridad Nacional estadounidense (National Security Agency, NSA) brindan una pista interesante, tal como lo recuerda Yun Wen. En 2010, bajo el nombre en clave de “operación Shotgiant”, la NSA hackeó los servidores de Huawei con un doble objetivo: encontrar rastros de los eventuales lazos de la compañía con el ejército chino –la pesca no debió ser buena, teniendo en cuenta que ningún documento se filtró en los medios– e identificar las fallas de seguridad de sus equipos con el fin de permitir a los servicios de inteligencia estadounidenses espiar a algunos de sus Estados clientes, como Irán o Pakistán. En los documentos divulgados por Snowden, la NSA no oculta sus intenciones: “La mayoría de nuestros objetivos se comunican con la ayuda de aparatos fabricados por Huawei. Queremos asegurarnos de conocer bien estos productos para poder sacar provecho de ellos y tener acceso a estas líneas”. Guo Ping, presidente rotativo de Huawei, hizo entonces este comentario más bien sensato: “[Huawei] es una piedra en el zapato de Washington, porque le impide espiar lo que se le antoje”.

De hecho, si Huawei ganara la carrera del 5G, la supremacía estadounidense en el campo de la inteligencia se vería fuertemente comprometida, aunque sólo sea por el hecho de que la empresa china estaría probablemente menos dispuesta a cooperar de manera informal con las agencias estadounidenses que, por ejemplo, sus competidores europeos.

En materia económica, más allá de la infraestructura material que requiere el 5G, se debe prestar atención al conjunto de derechos de propiedad intelectual que ésta implica. El 5G es ante todo una norma. Cada red o aparato que desee explotarlo debe respetar sus especificaciones técnicas, lo que pasa necesariamente por el uso de tecnologías patentadas. Un smartphone moderno con wifi, pantalla táctil, procesador, etc., está protegido al menos por 250.000 patentes (esta cifra de 2015 es probablemente hoy más elevada). Según una estimación de 2013, 130.000 de estas patentes serían “patentes esenciales para normas” o PEN (Standard-essential Patents, SEP), tal como se califica a aquellas que permiten adaptarse a una norma técnica como el 5G.

En el campo de las tecnologías móviles, el número y la distribución geográfica de titula-

res de PEN crecieron a expensas de Estados Unidos y Europa Occidental, y en beneficio de los países asiáticos. Quien dice patente dice regalías. Así, la estadounidense Qualcomm, gran ganadora del 2G y de varias otras normas importantes, obtiene dos tercios de su volumen de negocios de China, mayoritariamente de Huawei. Esta última, por sí sola, gastó desde 2001 más de 6.000 millones de dólares en regalías, el 80% de los cuales fueron a empresas estadounidenses. Estos montos desproporcionados hicieron que Pekín finalmente reaccionara. Tras haber impuesto a Qualcomm una multa de 975 millones de dólares por abuso de posición dominante en 2015, logró, tres años más tarde, bloquear su intento de adquisición de la holandesa NXP, alegando que la operación reduciría aun más el margen de maniobra de sus empresas.

El papel de las patentes

Las cosas cambiaron. Huawei figura actualmente entre los más grandes titulares de PEN ligadas al 5G. Lo que no le impide además seguir siendo muy crítica respecto del sistema mundial de propiedad intelectual –Ping llamó a una revisión de las reglas de este “club internacional” en un sentido más equitativo y provechoso para todos, comparando las regalías con “un derecho de paso impuesto por saqueadores de caminos”–. Desde luego, el carácter “esencial” de las patentes en manos de la empresa es cuestionable. Tal como lo señaló un analista, si el smartphone fuese un avión, las patentes de Nokia y Ericsson cubrirían el motor y el sistema de navegación, mientras que las de Huawei sólo protegerían los asientos y los carritos de comida... Pero, cualquiera sea el poder sus patentes, Huawei logró liberarse de su situación de dependencia.

Para China, tratar de convertirse en un prestador de patentes (antes que en un prestatario) es económicamente razonable. Así, logró cubrir la inmensa brecha que la separaba de Estados Unidos en términos de derechos netos percibidos: si, en 1998, las empresas estadounidenses percibían 26,8 veces más de regalías que sus pares chinas, en 2019, la relación era de apenas 1,7. Lógicamente, Pekín comienza también a tener mayor peso en los organismos mundiales de normalización. La Comisión Electrotécnica Internacional (International Electrotechnical Commission) y la Unión Internacional de Telecomunicaciones, o UIT (International Telecommunications Union) están dirigidas por chinos, y el mandato de tres años del primer presidente chino de la Organización Internacional de Normalización, o ISO (International Organization for Standardization), terminó en 2018.

En la Organización de las Naciones Unidas (ONU), se mostró muy activa en la definición de las normas respecto de las tecnologías de reconocimiento facial. En el seno de la ISO, se interesó particularmente por las ciudades conectadas, terreno predilecto de Alibaba, lo que no dejó de preocupar a Japón. Finalmente, a través de su ambicioso programa China Standards 2035, lanzado con gran pompa en 2020, pretende mejorar la cooperación entre las compañías de tecnología y las agencias gubernamentales para fomentar la elaboración de normas internacionales favorables a sus intereses.

Y ahora, ¿qué hará Estados Unidos? Algunos observadores establecen un paralelo entre la campaña antichina actual y el período de los años 1980, cuando Washington trataba de controlar a los gigantes industriales japoneses. En 1986, muchos miembros de la administración Reagan e industriales quedaron atónitos cuando Fujitsu anunció su intención de comprar Fairchild Computing, legendario fabricante estadounidense de semiconductores. Un empresario del sector resumía el sentimiento general: “Estamos en guerra con Japón –no es una batalla con armas y balas, sino una guerra económica en la cual las municiones son la tecnología, la productividad y la calidad” (*Los Angeles Times*, 30 de noviembre de 1987)–. Unos años antes, las sanciones comerciales promovidas por la Casa Blanca habían logrado impedir que Toshiba, otro mastodonte ja-

ponés, vendiera sus computadoras en el mercado estadounidense.

Los guerreros de Trump

“Estamos en guerra”: el eslogan realmente no ha cambiado. El conflicto comercial estadounidense-japonés tuvo un desenlace pacífico; muchos en China quisieron creer que lo mismo sucedería y que finalmente se llegaría a un acuerdo duradero al precio de algunas concesiones. Pero esta salida parece cada vez más improbable. Sobre este tema, la administración Trump se divide en tres bandos. El primero es el del propio Presidente. Todo lleva a pensar que sus ataques contra Huawei y otros se inscriben en una estrategia más amplia tendiente a asegurarse una ventaja comercial sobre Pekín. En efecto, si el objetivo fuese realmente impedir la hegemonía de China en el 5G, ZTE, empresa estatal, sería un *punching-ball* mucho mejor que Huawei –sin embargo, se libra actualmente del apuro sin más daños que una multa de 1.000 millones de dólares–. Para Trump, Huawei es una moneda de cambio en las negociaciones comerciales (y también un eslogan de campaña).

El segundo bando es el de los halcones, dirigidos por Peter Navarro, asesor comercial del presidente, y Robert Lighthizer, representante estadounidense de comercio. A sus ojos, contener el avance de China resulta un imperativo vital, y no dudarían en golpear a Huawei aun más fuerte de lo que se ha hecho. Están detrás de todas las propuestas que apuntan a ampliar el abanico de empresas chinas afectadas por las sanciones. Finalmente, existe el tercer bando, el del complejo militar-industrial, que prefiere mostrarse como palomas. Y con razón: China representaría para éste un mercado lucrativo. En 2019, Huawei compró, por sí sola, material electrónico a fabricantes estadounidenses por 19.000 millones de dólares. Impedir a los industriales nacionales comerciar con China significa favorecer a sus competidores extranjeros.

Mientras perduraba la esperanza de una aplicación total del acuerdo comercial sino-estadounidense firmado en enero pasado, el bando de las palomas, que incluye entre otros al secretario del Tesoro Steven Mnuchin, logró apaciguar el fervor antichino de Navarro y Lighthizer. Con el deterioro de la situación geopolítica y la crisis del Covid-19 –de la cual Trump responsabiliza a China–, esta perspectiva se debilita. Por eso Huawei corre el riesgo de seguir siendo una moneda de cambio en intercambios que nunca sucederán.

Mientras tanto, las medidas de represalia se multiplican. A comienzos de agosto último, Pompeo anunció el fortalecimiento del programa Red Limpia (Clean Network), que apunta a purgar Internet de la “influencia nefasta” del Partido Comunista chino. Días más tarde, Washington le quitaba a Huawei toda posibilidad de recurrir a tecnologías que involucren de una forma u otra a empresas estadounidenses, lo que significa para ella un gran dolor de cabeza para seguir fabricando sus productos. Ya que, a pesar de las colosales sumas invertidas en la investigación, batallones de ingenieros y la apología de la innovación “local”, hay componentes que Huawei no puede ni producir, ni obtener en China.

Es el caso de los chips ultramodernos Kirin, diseñados en China pero grabados en el extranjero, cruciales para las funciones que se basan en la inteligencia artificial (IA). Comprometida en una carrera contra la Silicon Valley desde hace una quincena de años, China tuvo avances considerables en este terreno, al punto de dominar claramente algunas tecnologías, como el reconocimiento facial. Sin embargo, su principal logro se basaba hasta ahora en su capacidad para recolectar gigantesca masa de datos para alimentar y generar los algoritmos de aprendizaje automático –una recolección efectuada por sus gigantes del sector digital, pero también posible gracias a la explotación de una mano de obra barata estudiantil–. Ahora bien, este modelo estaba concebido para el mundo de antes, un mundo en el que China podía contar con entregas ininterrumpidas de material de alto rendimiento fabricado en Taiwán o Estados Unidos. Hoy, la ruptura de estas cadenas de abastecimiento pone en peligro a

la IA china en su conjunto. Declarándole la guerra a Huawei, los estadounidenses buscan quizás tanto impedirle disponer de sus propios semiconductores a través de su filial HiSilicon como frenar su avance en el 5G.

También en materia de política industrial, llegó la hora de la ofensiva estadounidense. Los parlamentarios decidieron reservar fondos para la construcción de redes de arquitectura abierta que podrían, finalmente, reemplazar las de Huawei y sus competidores. Paralelamente, la partida presupuestaria destinada a los fabricantes estadounidenses de semiconductores en el marco de la ley “CHIPS for America”, que actualmente se discute en el Congreso, asciende a 10.000 millones de dólares. Washington parece haber comprendido que el período de tensiones geopolíticas no es el momento ideal para debilitar a sus heraldos del sector digital. Silicon Valley saca provecho de ello: sería por consejo del dueño de Facebook que Trump decidió arremeter contra la aplicación TikTok.

Doble circulación

En general, la reacción de Pekín fue menos agresiva. Cabe señalar que China no esperó la embestida estadounidense para reforzar su soberanía tecnológica a través de miles de millones de dólares de dinero público, aun cuando la crisis sanitaria haya acaparado una parte importante de esos fondos (el desarrollo del 5G, particularmente, se ha demorado). En mayo, inmediatamente después del anuncio por parte de la administración Trump de nuevas restricciones que afectan a Huawei y sus proveedores, Jinping dio a conocer un proyecto de 1,4 billones que apunta a asegurar el liderazgo chino en varias tecnologías clave de aquí a 2025. Las dos expresiones más en boga en China en este momento son “desamericanización” –de la cadena de abastecimiento y de la infraestructura tecnológica– y “economía de doble circulación” –una nueva orientación política que consiste en articular la concentración en el mercado interno y el desarrollo de tecnologías de punta susceptibles de ser exportadas–.

Mientras avanzan las discusiones en torno a la futura venta por parte de TikTok de sus actividades estadounidenses, Pekín amplió la lista de tecnologías cuya exportación pretende controlar, incluyendo los algoritmos de recomendación de contenido, el reconocimiento de voz y muchas otras aplicaciones de inteligencia artificial. En respuesta al programa estadounidense Red Limpia, acaba además de anunciar el lanzamiento de su propia red internacional, la Global Data Security Initiative, destinada a combatir la vigilancia y el espionaje estadounidenses.

Por el momento, Huawei resiste. Desde la detención de Wanzhou, que anticipaba un endurecimiento de las sanciones, la empresa comenzó a acumular stocks, que pueden durar entre diez meses y dos años –aunque algunas piezas serán obsoletas de aquí a entonces–. Tiene además en sus alforjas una gran cantidad de contratos de redes 5G. Finalmente, consciente de que pronto sus aparatos dejarán de tener acceso a las actualizaciones de Android, decidió poner a punto su propio sistema operativo: Harmony OS.

Cualquiera sea la suerte de Huawei en un futuro cercano, el mensaje fue recibido fuerte y claro por Pekín, Moscú y otras capitales: la soberanía tecnológica es un imperativo. China lo había entendido mucho antes de la declaración de guerra de Trump, que no hizo más que seguir reforzando la sensación de urgencia. Paradójicamente, es Washington el que terminó empujando a Pekín a poner en práctica una de las numerosas máximas de Zhengfei: “Sin independencia [tecnológica], no hay independencia nacional”. Sería irónico que la batalla de Estados Unidos contra Huawei diera origen a una China mucho más avanzada y autónoma desde el punto de vista tecnológico, que eliminara completamente a los proveedores estadounidenses de sus cadenas de abastecimiento. ■

*Fundador y editor del portal The Syllabus (thesyllabus.com).

Traducción: Gustavo Recalde

Cuando el miedo compite con el odio

Estados Unidos, atrapado por la locura

por Thomas Frank*

La designación de una nueva jueza para la Corte Suprema por parte del presidente Donald Trump divide violentamente a Estados Unidos. Más aun cuando ésta podría cumplir un rol decisivo en caso de cuestionamiento del resultado de las elecciones presidenciales del 3 de noviembre próximo. Ninguno de los dos bandos parece dispuesto a aceptar una derrota.

Durante este año terrible, se podía pasar un verano maravilloso. Volver, por ejemplo, a su casa de Kansas City. En un barrio donde proliferan el césped verde recién cortado y las mansiones que parecen haber sido construidas para barones. Pasar tranquilamente el mes de agosto leyendo novelas, haciendo manualidades, mirando películas viejas y bebiendo vino de Missouri. Era posible olvidar que una epidemia mortal continuaba propagándose y que un colapso económico acorralaba ese pequeño mundo próspero y apacible. Porque en las mañanas, el cielo seguía brillando, las flores, exhalando su perfume y las calles, sin tráfico. Todo invitaba a subirse a la bicicleta y a pedalear las silenciosas bicisendas de una de las ciudades más lindas de Estados Unidos. Sin embargo, una vez finalizado el ejercicio, bastaba con entrar a Twitter e ir a buscar el periódico que el repartidor acababa de arrojar delante de la puerta, y...

Pum. Todo seguía allí, igual que el día anterior: pánico, confusión, acusaciones, denuncias. Vídeos de individuos insultándose en público, rubiecitos con uniforme militar blandiendo armas de guerra, automovilistas embistiendo grupos de manifestantes, personajes histéricos recitando los textos fundadores de la nación e intentando aferrarse a su salud mental. Todos los días aparecen nuevos síntomas de degeneración y, por sobre todo, un creciente sentimiento de que ya nadie comprende realmente qué está pasando.

Dos noticias, extraídas al azar del diario *Kansas City Star* del 13 de julio de 2020:

—Cerca de mi casa, un cliente entró a un restaurante de barbacoa sin tapabocas y con un sombrero rojo enorme con la inscripción "Make America Great Again". Cuando el muchacho de la recepción (que cobra, según precisa el diario, 8,50 dólares por hora) le pidió al cliente que se cubriera la boca y la nariz, tal como lo estipulaba el reglamento, este último, como si fuera Clint Eastwood en un spaghetti western, se levantó la remera para mostrarle al camarero que tenía una pistola.

—El titular de la tapa estaba dedicado a la "propagación descontrolada del coronavirus" en el estado de Kansas, una noticia que el diario se abstuvo de corroborar por sus propias fuentes de información locales y que se limitó a sustentar con un mapa epidemiológico encontrado en Internet. Al parecer, la autoridad remota que controlaba este mapa había decidido mover a Kansas del rojo sangre (grave) al rojo bermellón (muy muy grave). Eso fue todo: alguien, en algún lugar del mundo, había actualizado un sitio web de aspecto oficial. Que los dos millones de habitantes de la ciudad de Kansas se las arreglen con esta información impactante...

Aunque alimentar las noticias con tuits o mapas de Internet responde a un periodismo

perezoso, este hecho ilustra bien la situación actual de Estados Unidos. Los diarios regionales ya no pueden permitirse recabar información de los distintos estados en los que se encuentran, por la simple razón de que ya no cuentan con un número suficiente de periodistas para realizar tal trabajo. Como la mayoría de sus homólogos, el *Kansas City Star* fue vendido y revendido en varias ocasiones en los últimos años, acelerando así la hemorragia de su redacción. El diario vendió sus históricas oficinas en 2017 y en febrero de ese año su dueño se declaró en quiebra. En julio, fue adquirido por un *hedge fund* (fondo de inversión especulativo) con sede en New Jersey.

Así están las cosas en Estados Unidos en 2020: ya nadie puede estar seguro de nada, y la agonía de la prensa es solo la punta del iceberg. Debido a los confinamientos sin precedentes que padeció el país, las interacciones personales con otros humanos se volvieron problemáticas; los edificios públicos cerraron sus puertas o limitaron el acceso de visitas; el número de homicidios crece brutalmente; la gente tiene miedo de tomar aviones; muchas escuelas solo dan clases a distancia; Fox News abruma a los telespectadores de la tercera edad con imágenes de violencia y caos, y la única persona que todavía los llama al viejo celular es una voz pregrabada que amenaza con enviarnos a la cárcel si no transferimos inmediatamente unos cuantos miles de dólares a la cuenta de alguna entidad bancaria.

Huracán de horror

Mientras tanto, los huracanes parecen hacer fila para destruir Luisiana uno tras otro; hay tantos incendios en California que el cielo es naranja; todos estamos deprimidos. El mundo está derrumbándose y no hay nadie para volver a ponerlo de pie. Hace no mucho tiempo, en momentos complicados, los dirigentes de este país utilizaban sus competencias para intentar tranquilizar a la opinión pública, pero al actual ocupante de la Casa Blanca ni siquiera le preocupa: lo único que le importa es eludir sus responsabilidades. Ególatra e incapaz de siquiera pronunciar una palabra sincera, Donald Trump reacciona al sufrimiento de su pueblo



Pablo Villegas, Posverdad (Fundición en aluminio y bronce), 2019 (Gentileza Galería Bahía Utopica)

como un hombre de mente débil que divaga en bucle sobre un accidente de tránsito del que fue testigo. Uno de los mejores resúmenes de esta debacle epistemológica lo dio el gobernador de Kansas City, cuando el *Star* le preguntó por el rumor del envío de agentes federales a su ciudad: "Es imposible comprobar si es verdad porque ya nada puede comprobarse".

Cuando ya nada puede comprobarse, la imaginación toma el relevo. Y, en tiempos de Covid, no se necesita mucho para exacerbar el miedo y propulsarlo a niveles desconocidos. Los estadounidenses creemos que estamos afrontando el fin del mundo o el fin de nuestro estilo de vida, o el fin de algo grande e importante que no terminamos de definir, pero que nos preocupa enormemente.

Henos aquí, lidiando con una docena de miedos sobrecalentados. Miedo a que la Corte Suprema se vuelva indefinidamente conservadora. Miedo a los policías racistas que golpean y matan con total impunidad. Miedo a los disturbios. Miedo a que la gente pierda su empleo. Miedo a los vecinos que se niegan a ponerse el tapabocas. Miedo al propio tapabocas, como si se tratara de un bozal aplicado a nuestra individualidad que intenta imponernos un misterioso poder.

Pero en este año electoral, el mayor miedo que nos invade es de naturaleza política: miedo a que la democracia esté muriendo o a punto de ser derrocada por una dictadura. Ciertamente, este temor no es para nada nuevo, la izquierda se excita ocasionalmente al respecto desde hace muchos años (1). Hace tiempo que es un acto de fe democrata considerar a Trump como nada más en el fondo que un agente ruso, y a cada una de sus metidas de pata como un indicio suplementario de conspiración contra la democracia; las comparaciones con el Watergate fueron moneda corriente desde que prestó juramento (2). En 2018, dos profesores de Harvard alcanzaron el top del ranking de ventas con un libro académico titulado en francés *La mort des démocraties* (La muerte de las democracias). Este Presidente, como pone de manifiesto la aterradora historia que estamos contando, no respeta las normas ni las

tradiciones y mucho menos a los medios de comunicación; tampoco respeta a los profesionales del departamento de Estado.

Los progresistas ya casi ni mencionan el Rusiagate (3), pero lo cierto es que no necesitan hacerlo. El reinado cultural del Covid-19 -que impone que todo esté marcado por el pánico y la urgencia- cristalizó estos miedos en un huracán de horror que crece a medida que nos acercamos al día de las elecciones. Un ensayo en boga se titula "We don't know how to warn you any harder. America is dying" [Ya no sabemos cómo más advertirte. Estados Unidos está muriendo] (4). Advertencias similares, que anuncian un porvenir político crepuscular, inundan las redes sociales a un ritmo casi cotidiano.

Lo más fascinante es que los simpatizantes trumpistas dicen sentir el mismo miedo a un golpe de Estado, pero programado, en este caso, por altos funcionarios. De hecho, la versión conservadora de esta pesadilla de masas interpreta el miedo de los demócratas a un ataque trumpista contra la democracia como una prueba de su propia intención de derribar esta misma democracia, cuyo único error sería llevar a Trump al poder. En esta visión particular del mundo, los demócratas estarían sembrando intencionalmente huellas de su conspiración "para que, llegado el día, uno no pueda darse cuenta de que se trataba de una conspiración" (5), un ingenioso ejercicio de acrobacia intelectual realizado sin arnés por Michael Anton, un ex alto miembro de la administración Trump, conocido principalmente por haber comparado en 2016 la elección de su amigo multimillonario con un levantamiento de pasajeros en un avión secuestrado por terroristas.

Cobarde en jefe

La pandemia obligó a demócratas y republicanos a eliminar o reducir drásticamente el carácter público de sus respectivas convenciones, que suelen constituir el apogeo de las campañas electorales, y a sustituirlas con un show televisado apenas soportable: cuatro noches de monólogos producidos mediocrementemente y llevados a cabo por las celebridades de cada partido. Los espectáculos parecían uno el opuesto del otro: los republicanos vociferaban y rugían, mientras que los demócratas ponían el acento en la diversidad étnica y las supuestas virtudes morales de sus líderes. Sin embargo, de manera más general, estas dos demostraciones de fuerza verbal en tiempos de Covid tenían muchas similitudes. En ambos casos se trataba de provocar un reflejo de pánico, incentivando al espectador a pensar lo peor del bando contrario y haciéndole creer que, si tan solo su candidato ganara las elecciones, cierto grado de normalidad podría regresar en noviembre.

En el programa de los demócratas, el componente "pánico" se caía casi de maduro. Lo único que tuvieron que hacer fue repetir lo que los medios dominantes -excepto Fox News- vienen machacando desde hace cuatro años: que Trump es una amenaza para las instituciones; que aviva el fanatismo de su base; que fracasó estrepitosamente en su respuesta a la epidemia; que es un incompetente total; que se esfuerza, de diversas formas, por desacreditar el proceso electoral en su conjunto, etc. Estas acusaciones fueron formuladas tanto más convenientemente cuanto que todas, salvo por algunas excepciones, se ajustaban a la realidad.

La senadora de Illinois Tammy Duckworth calificó a Trump de "cobarde en jefe" por haber traicionado a los soldados estadounidenses con sus acuerdos con el Kremlin. La cantante pop Billie Eilish dijo que el presidente estaba "destruyendo nuestro país y todo lo que amamos". El gobernador del estado de Nueva York, Andrew

Cuomo, apretujado en su habitual traje de competencia administrativa (6), sugirió que el trumpismo mismo era una especie de virus. Pero el más eficiente en este ejercicio fue, por lejos, el ex presidente Barack Obama, quien sintetizó los peligros del trumpismo de manera sobria y catedrática. Tras afirmar que hubiera deseado que el magnate inmobiliario se hubiera puesto a la altura de sus funciones una vez en el cargo, precisó: “Pero nunca lo hizo. [...] No mostró ningún interés por su trabajo, ningún interés por encontrar un terreno común, ningún interés por utilizar el inmenso poder de su administración para ayudar a alguien más que así mismo y sus amigos, ningún interés por tratar la presidencia como algo más que una *reality show* más que utiliza para obtener la atención que necesita”. Luego, le imputó a su sucesor la plena responsabilidad de las muertes de Covid, así como de la destrucción de “nuestra orgullosa reputación alrededor del mundo”, cualquiera que sea esta. En respuesta al temor de fraude electoral que manifestaron los republicanos, el ex presidente se atrevió a dar un doble salto mortal: “Así es como se marchita la democracia, hasta que no hay más democracia”.

Temporada de oscuridad

Otro tema central de la convención demócrata fue el de demostrar por qué Biden es nuestro mejor amigo. Es “un hermano”, aseguró Obama, un ser “dotado de empatía”, “honesto” y “decente”, certificó Bernie Sanders. No se perdió el tiempo hablando de la interminable carrera política de Biden, en parte porque su trayectoria en materia de comercio y de represión judicial hubiera podido ofender a sus votantes, en parte porque en tiempos de Covid todo conflicto debe resumirse a una confrontación entre el bien y el mal (o, para decirlo en las palabras de Biden, a una búsqueda de luz para “cerrar la temporada de oscuridad en Estados Unidos”).

“Todas las elecciones son importantes –nos recordó Biden con ese tono tosco que hace encanto–, pero en nuestro interior sabemos que ésta tendrá consecuencias más importantes. Determinará cuál será el futuro de Estados Unidos durante mucho mucho tiempo. Nuestra identidad está en juego, la compasión está en juego, la decencia, la ciencia, la democracia, todo eso está en juego”. Luego, el ex vicepresidente accedió brevemente a poner los pies sobre la tierra e ir a los hechos concretos –frente a la pandemia, Estados Unidos fue el país que registró los “peores resultados de todas las naciones de este planeta”–, antes de volver nuevamente al mundo del espíritu, donde enemigos abstractos libraron numerosas batallas memorables: “Ojalá la Historia diga que el final de este capítulo oscuro de Estados Unidos empezó esta noche, cuando la luz y la esperanza se unieron en la batalla por el alma de la nación”.

Durante décadas, las convenciones demócratas solían girar en torno a un gran tema federador: somos el partido de la clase media, aquel que vela por sus intereses y se asegura de que las reglas impuestas al común de los mortales se apliquen también a los poderosos. Aunque con el paso del tiempo este mensaje se fue correspondiendo cada vez menos con la realidad, la imagen de marca histórica del partido exigía que se repitiera una y otra vez.

Pero no en esta ocasión. Si bien se mencionó el sufrimiento infligido al pueblo por la crisis económica resultante de la “pandemia de Trump”, no se insistió demasiado sobre el tema. ¿Dónde quedaron los demócratas que antaño denunciaban con fervor las desigualdades? ¿A dónde fue a esconderse la idea de justicia social en tiempos de Covid? Bueno, en parte, a la convención republicana, que tuvo lugar una semana después y en la que, ya desde la primera noche, el tema de predilección de los demócratas hizo una sorprendente aparición. Tras la declaración de fe de los conservadores, se invitó al escenario al joven Charlie Kirk, fundador de un grupo de estudiantes en guerra contra los docentes “izquierdistas”, quien convocó al público a nada menos que a la lucha de clases. “Durante décadas –exclamó–, las clases dirigentes de ambos partidos han vendido nuestro futuro. A China. A multinacionales sin rostro.

A grupos de presión codiciosos. Lo han hecho en aras de preservar su propio poder. Y para enriquecerse. Manipulando el sistema para aplastar a los valientes patriotas de clase media que luchan por construir una familia y llevar una vida decente”. El orador siguiente tomó como blanco a los sindicatos de docentes.

El pánico se convirtió en el gran tema de 2020, una moda escandalosa y sexy que cada partido reivindicaba para su bando. Sin embargo, al alertar de manera sobria sobre el racismo sistémico y el peligro que Trump representa para las instituciones democráticas, los demócratas se han visto ampliamente desclasados del registro del miedo. Los republicanos son los virtuosos del terror, los grandes amos del mundo pintado de pesadillas. Y tocaron ese registro con la misma virtuosidad que Vladimir Horowitz al piano. Pongan de nuevo al mando a los demócratas, dicen, y verán no solo el fin de la democracia, sino también la muerte de la civilización misma. Estallarán disturbios en todas partes, peores que los que plagaron las protestas contra la brutalidad policial hace unos meses. Las propiedades privadas serán incendiadas, las estatuas, desmontadas y las zonas residenciales blancas, arrasadas. Y los grandes medios de comunicación no dirán nada, por supuesto, porque estarán hipnotizados por las sirenas del izquierdismo y de la anarquía...

La destrucción del país

Así James Jordan, el representante de Ohio en el Congreso: “Miren lo que está pasando en las ciudades estadounidenses: crimen, violencia, ley de la multitud. [...] Los demócratas no los dejarán ir a trabajar, pero los dejarán crear disturbios”.

Así Mark y Patricia McCloskey, una pareja adinerada de Saint Louis, Missouri, que se volvió famosa por haber apuntado con armas de fuego a manifestantes pacíficos de Black Lives Matter: “Quieren abolir por completo las zonas residenciales”; “su familia no estará a salvo en los Estados Unidos de los demócratas radicales”; “la mafia, incitada por sus aliados en los medios de comunicación, intentará destruirte”.

Así Kimberly Guilfoyle, una ex conductora de Fox News reclutada por la Trump Organization, quien literalmente gritó su discurso como si estuviera hablando sin micrófono en un estadio con cincuenta mil simpatizantes, cuando en realidad estaba en una sala vacía de una oficina de Washington: “Estas elecciones son una batalla por el alma de Estados Unidos”; “quieren destruir este país y todo por lo que hemos luchado y apreciamos”; “¡Estados Unidos! Es nuestro país el que está en juego”.

Y, finalmente, Donald Trump Junior, hijo de su padre en la Trump Organization: “En el pasado, ambos partidos creían en la bondad de Estados Unidos. [...] Esta vez, el otro partido ataca los principios sobre los que se fundó nuestra nación. Libertad de pensamiento. Libertad de expresión. Libertad de culto. Estado de Derecho”.

Recordemos que todo esto sucedió tan solo en el primer día de la convención republicana. Los siguientes tres días estuvieron dedicados a construir una visión alternativa de la realidad en la que Trump era tan inocente como un recién nacido. Hizo todo lo que pudo contra la epidemia, cuya culpa incumbe exclusivamente a China, y la reactivación económica está a un paso, justo delante de nosotros. La tarea de explicar que Trump no era racista resultaba delicada, así que se le ocurrió asignársela a una muestra de atletas negros. Sus palabras no tuvieron el impacto que tuvo la sinfonía de pánico que les precedió.

Para comprender realmente las cruciales elecciones que se avecinan, conviene, en primer lugar, tener en cuenta la manera en que los grandes medios de comunicación de este país desataron su furia contra Trump durante los últimos cuatro años. *The Washington Post*, por citar solo uno, publica tres o cuatro columnas por día dedicadas enteramente, o casi, a describir al Presidente de la manera más denigrante posible. Aunque es evidente que el objetivo es disminuir su popularidad, estos ataques permanentes resultan benéficos para Trump, ya que le ponen la vara a un nivel extraordinariamente bajo. Así, es pre-

sentado día y noche a los estadounidenses como un monstruo repugnante, un hombre sin virtud, una criatura del escalón más bajo de lo despreciable o incluso un traidor. ¿Y si los republicanos lo graran demostrar que en realidad es un buen tipo, que incluso a veces se esfuerza?

Esto explica el momento de triunfo total de la convención republicana: la gala de clausura, cuando la letanía de tediosas palabras pronunciadas por oradores sin convicción en una sala vacía dio paso a Ivanka Trump, la hija del Presidente, que salió de la Casa Blanca rodeada de banderas estadounidenses y bajo la ovación de una multitud vibrante, en carne y hueso y sin tapabocas (una actitud desafiante y sumamente impactante en medio de una pandemia que, hasta esa fecha, ya se había llevado más de ciento cincuenta mil vidas en el país).

Con su cabello ondeando ante una brisa ligera, “Ivanka” se acercó hacia el micrófono situado en el jardín sur de la Casa Blanca y transportó al público a una especie de país de las maravillas, en el que Trump –el “Presidente del pueblo”, el “campesón del trabajador estadounidense”, la “voz de los hombres y mujeres olvidados de este país”– interpretaba el papel de bueno, mientras que los medios y los políticos “de izquierda” hacían de mentirosos y malvados. El Presidente, dice ella, es amado por sus nietos. Es amado por los “mecánicos estoicos y los trabajadores del acero” que estallan en lágrimas cuando lo conocen. Trump siente una “profunda compasión por quienes han sido tratados de manera injusta”, en particular, por los detenidos. Imaginen cuán duro fue para él sacrificar “la economía más fuerte e inclusiva de la historia reciente” y “tener que pararla para salvar vidas estadounidenses”.

Fake news en vivo

Luego le tocó al propio Trump subir al escenario. Aceptó la nominación de su partido, le aseguró a la audiencia que es perfectamente capaz de tener sentimientos humanos normales y luego comenzó a darle la vuelta como un guante a las imágenes maniqueas de Biden: “Estados Unidos no es un país en la oscuridad; Estados Unidos es la antorcha que alumbró al mundo”. Su rival demócrata posee todos los defectos que se le imputan a él mismo, continúa, sobre todo el de defraudar a la clase trabajadora. Biden “se embolsó las donaciones de los trabajadores, les dio abrazos e incluso besos –una alusión al conocido hábito del ex presidente de someter a su público femenino a muestras de afecto no deseadas–, les dijo que compartía su dolor y luego regresó a Washington para votar la deslocalización de nuestros puestos de trabajo a China o a otros países lejanos”. Todo lo que pensabas saber es falso.

La clase política de su país, por su parte, es una banda de criminales, desde el primero hasta el último. “Los concedores de Washington me pidieron que dejara que China siguiera robando nuestros empleos y desvalijando nuestro país, pero yo mantuve la promesa que le hice al pueblo estadounidense”. Oh, son seres demoníacos e insultantes, traidores que solo piensan en el poder; si los dejas a cargo, aplicarán un programa demencial para derribar las fronteras del país (“¡en medio de una pandemia global!”), conceder a inmigrantes ilegales servicios de abogados pagados por el contribuyente, recortar el presupuesto de la policía, incentivar los disturbios y liberar “cuatrocientos mil criminales en las calles y en tu barrio”. Según el Presidente, esta gente de izquierda “quiere impedirte que elijas el colegio de tus hijos, mientras ellos matriculan a los suyos en las mejores escuelas privadas del país. Quieren abrir las fronteras, mientras viven en complejos amurallados en los mejores barrios del mundo. Quieren desfinanciar a la policía, mientras tienen guardaespaldas armados para ellos. En noviembre, debemos pasar página para siempre sobre esta clase política que ha fracasado en todo”.

El griterío de Trump no consistió simplemente en arrebatos delirantes de los que podríamos burlarnos o menospreciar. Detrás de ese remolino de fabulaciones se esconde un germen de verdad. Nadie ignora que determinadas políticas progresistas se aprecian, sobre todo, en las clases

privilegiadas; la radicalización, a lo largo de los años, de los medios de comunicación de prestigio, de las universidades de alto nivel y de las instituciones culturales frecuentadas por las elites ilustra este hecho. Un ejemplo, entre otros, se dio a fines de agosto cuando la NPR, una radio para un público culto, recibió al autor de un libro titulado *In Defense of Looting* (*En defensa del saqueo*). Otro ejemplo es esa camiseta carísima (860 dólares), confeccionada por Dior, en la que se lee el eslogan “Todos deberíamos ser feministas”.

“Me atacan porque lucho por ustedes”, lanzó Trump durante su discurso. No, Trump no lucha “por nosotros”, pero no hay duda de que lo atacan. Y si “ellos” lo odian, para muchos votantes esa es una razón suficiente para apoyarlo. Es el enemigo de sus enemigos.

Para una gran parte de los ciudadanos estadounidenses, este conflicto es central. Ni el Russiagate, ni el desdén de Trump por las normas, ni su uso abusivo de la fuerza militar, ni tampoco su colosal ineptitud frente a la pandemia, cuyas consecuencias se miden en decenas de miles de muertos, tienen tanto peso como esta singular lucha de clases: Trump contra los burgueses ilustrados de la alta sociedad de Estados Unidos. Estos últimos se aliaron contra él en un impulso de unión nunca antes visto por muchos. El odio que le profesan no convierte a Trump en un buen profesional –en términos objetivos, es execrable en su cargo–, pero le permite alinear detrás de él a millones de personas que, de lo contrario, se mantendrían alejadas de un bufón de su especie.

La animosidad que provoca es una de las cartas que le queda a Trump. Sus resultados económicos estrepitosos no son más que restos humeantes envueltos alrededor de un árbol; los valientes ciudadanos y trabajadores a quienes le encantaba alabar están mirando la televisión en sus sótanos, esperando que se evapore esa enfermedad mortal que casi todos los demás países del planeta supieron controlar mejor. Pero en vísperas de las elecciones del 3 de noviembre, el rechazo a los progresistas dadores de lecciones es la última carta que le queda.

¿Por qué los estadounidenses odian a los progresistas? La respuesta está ante nuestros ojos, todo el tiempo. Sus dirigentes renunciaron a hablar de los valores de las clases medias, pero no se privan de celebrar sus propias virtudes, su desprecio por los inferiores menos refinados. Se deleitan con la “política de la amonestación”, omnipresente en tiempos de Covid. Actualmente, está circulando un video en el que manifestantes de Black Lives Matter rodean a una mujer que estaba comiendo en la terraza de un café y le piden a los gritos que levante el puño en señal de apoyo a su movimiento (7). Episodios similares, en los que acusación y denuncia alcanzan su clímax, inundan las redes sociales todos los días.

Esta sensación de que el progresismo se convirtió en una política elitista de hostigamiento y difamación está ganando terreno día tras día. No es poco decir que la gente ve esta forma de política con una mezcla de miedo y de odio. Pánico, confusión, denigración, acusaciones rugientes: ese es el mundo en el que estamos cayendo, y muchos estadounidenses no culpan a Trump por ello. ■

1. Véase, por ejemplo, Bob Fitrikis y Harvey Wasserman, “Will Bush cancel the 2008 election”, 31-7-07, www.commondreams.com
2. Elizabeth Drew, “Is this Watergate?”, 6-2-17, www.politico.com
3. Véase “‘Russiagate’, la débâcle”, *La valise diplomatique*, 26-3-20, www.monde-diplomatique.fr
4. Umair Haque, “We don’t know how to warn you any harder. America is dying”, *Eudaimonia*, 30-8-20, www.eand.co
5. Michael Anton, “The coming coup?”, *American Mind*, 9-4-20, www.americanmind.org
6. Un traje que no le sienta del todo bien dado que no hizo solo milagros contra la pandemia. En marzo, ordenó a los hogares de ancianos del estado de Nueva York que albergaran a pacientes de Covid-19, sin pensar en testearlos previamente para ver si aun eran contagiosos...
7. Véase Lauren Victor, “I was the woman surrounded by BLM protesters at DC restaurant. Here’s why I didn’t raise my fist”, *The Washington Post*, 4-9-20.

*Periodista. Autor de *The People, No. A Brief History of Anti-Populism*, Metropolitan Books, Nueva York, 2020.

Provocaciones, desestabilización, los conflictos en la frontera sino-india se multiplican

Por qué China e India se enfrentan en el techo del mundo

por Vaiju Naravane*

La noche del 15 de junio de 2020, en los peligrosos relieves himalayos que forman la “zona gris”, ferozmente disputada, de la frontera sino-india, los soldados indios y chinos libraron un combate digno de las guerras medievales. Durante más de siete horas, en una noche cerrada, a 4.200 metros de altura, se enfrentaron a piedrazos, palos con clavos, barras de hierro envueltas con alambres de púas, pero también a golpes de puño, en un cuerpo a cuerpo de una extrema violencia.

Al amanecer, se contabilizaban del lado indio setenta y ocho heridos y veinte muertos, la mayoría de hipotermia o ahogados tras haber sido arrojados a las aguas heladas del Galwan, río abajo. Algunos cuerpos, arrastrados por la corriente, fueron rescatados más al sur, allí donde el Galwan desemboca en las aguas del río Shyok. Pekín se negó a dar cifras, pero fuentes indias muy informadas afirman que el Ejército Popular de Liberación (EPL) habría perdido más de cuarenta hombres.

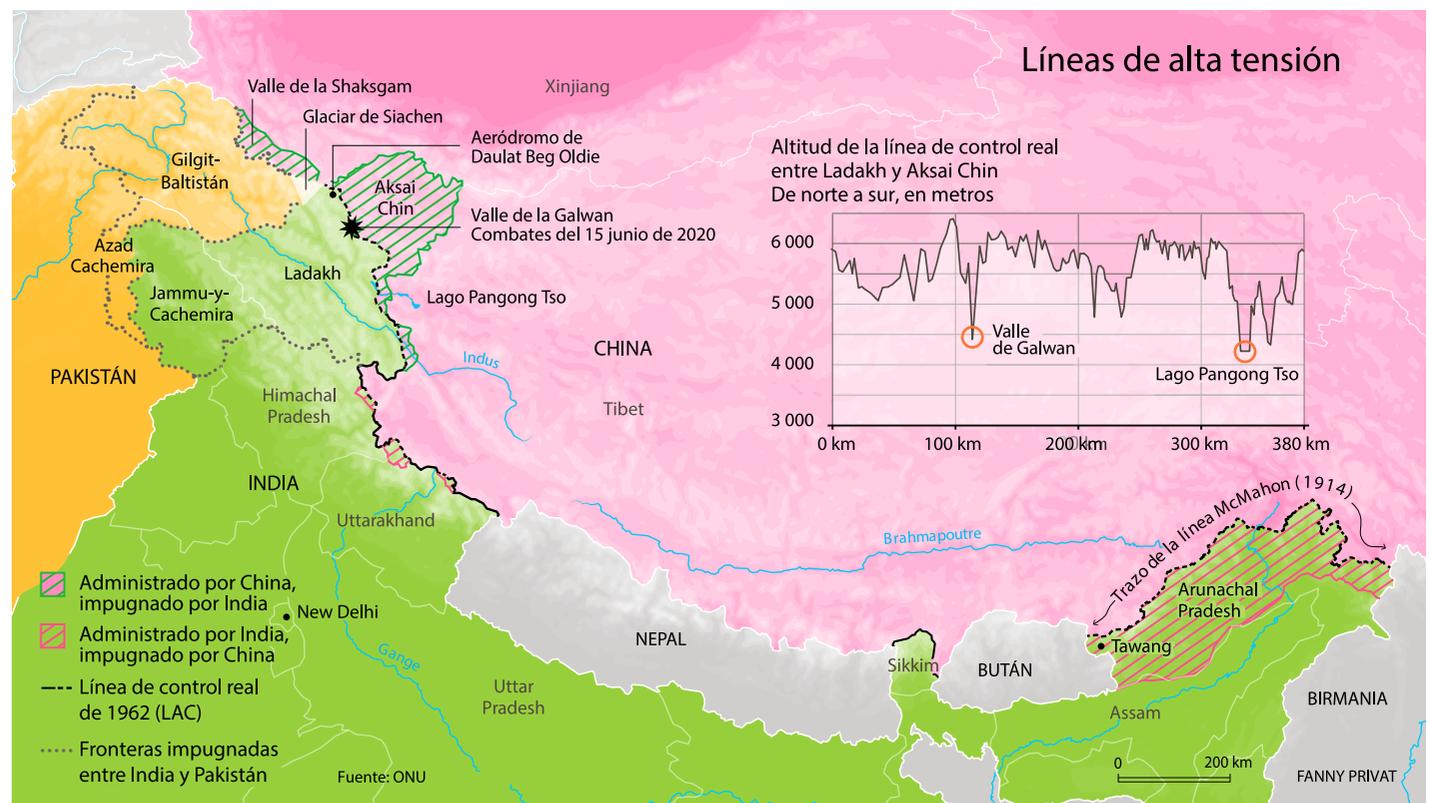
Este trágico episodio se produjo tras varias semanas de escaramuzas a lo largo de esta frontera de 3.488 kilómetros que nunca fue claramente trazada. Desde la guerra sino-india de octubre-noviembre de 1962, fue designada con el nombre de “línea de control real” (Line of Actual Control, LAC) y abarca una vasta zona gris que incluye territorios pretendidos por ambos países. Al tener cada bando su propia interpretación del trazado, las líneas de demarcación subjetivas se entremezclan y superponen, dando lugar con frecuencia a altercados entre patrullas, incursiones (a veces involuntarias) y muchas otras infracciones. Sin embargo, es la primera vez desde hace cuarenta y cinco años que hay que lamentar muertes.

Sin armas de fuego

Hasta ahora, India y China habían logrado la notable hazaña de evitar conflictos mayores en torno a su frontera; los diferendos se resolvían pacíficamente mediante discusiones a nivel militar o diplomático. En 1988, acordaron que la cuestión fronteriza pasara a un segundo plano con el fin de profundizar sus relaciones en otros terrenos. El acuerdo bilateral del 7 de septiembre de 1993 sobre el mantenimiento de la paz a lo largo de la línea de control real oficializó “en un tratado internacional, el compromiso recíproco de ambos países de mantener el *statu quo* en la frontera. En los hechos, se comprometían a no tratar de imponer o hacer respetar sus fronteras con otros medios que no fuesen la negociación” (1). A lo que se sumó, en 2016, un protocolo especial que prohibía el uso de armas de fuego por parte de los soldados que recorrían la zona, con el fin de limitar el derramamiento de sangre.

Este acuerdo bilateral se consolidó a través de varios gestos de acercamiento: apertura recíproca de los mercados, cooperación en materia de inversión, educación y cultura, implementación de “medidas de fomento de la confianza” (Confidence-building Measures, CBM), firma de diversos protocolos, el último de los cuales data de 2013... Pero, a pesar de esta voluntad real de preservar relaciones estables, incluso cordiales, el litigio fronterizo nunca pudo resolverse.

India se vio sorprendida no sólo por la brutalidad del enfrentamiento del 15 de junio, sino por la rapidez con que se produjo, en momentos en que se llevaban a cabo discusiones con vistas a un repliegue militar y una desescalada desde las primeras escaramuzas, a comienzos de mayo de 2020, tras una serie de incursiones chinas en zonas ad-



ministradas por Nueva Delhi o vigiladas generalmente por las fuerzas indias. Aunque el desarrollo de los hechos no esté del todo claro, según los elementos disponibles, los enfrentamientos del 15 de junio se asemejarían a una emboscada cuidadosamente premeditada por los chinos. Éstos habrían desviado particularmente el curso de varios pequeños arroyos con el fin de provocar un diluvio sobre las tropas rivales que avanzaban hacia ellos. Así, varios soldados indios habrían sido desequilibrados terminando su camino en el río, en el fondo del valle.

Una crisis grave

Otro aspecto sorprendente, según los indios: el ataque se desarrolló en tierras que China nunca antes había reclamado. Es la primera vez que Pekín pretende ocupar la totalidad del valle del Galwan, con el pretexto de que le pertenecería “desde siempre” (2). Negándose a expresar claramente sus ambiciones territoriales, los chinos se permiten una constante reinterpretación de la línea de control real, acompañada de usurpaciones permanentes e intervenciones militares para desplazar las líneas. Su avance más reciente, en Ladakh, consistió en posicionarse en la ribera sur del lago Pangong Tso, cuya ribera norte se encuentra ya desde hace mucho tiempo en su radar.

Sin embargo, tras una reunión de alto nivel entre los comandantes de los cuerpos armados de ambos países, el general Manoj Mukund Naravane, jefe de las fuerzas armadas indias, se mostraba extremadamente confiado: “Quiero asegurarle a la Nación que la situación a lo largo de nuestras fronteras con China está totalmente bajo control”, declaraba durante el desfile anual de los cadetes oficiales de la Academia Militar, el 13 de junio, es decir, apenas dos días antes de la sangrienta confrontación en el techo del mundo.

La crisis en curso entre ambos gigantes asiáticos es la más grave desde la breve guerra de 1962, que dejó profundas cicatrices. Para los indios, este conflicto había concluido con una humillante derrota, acompañada por un fracaso personal para el primer ministro de entonces, Jawaharlal Nehru. Los chinos, en cambio,

pretendían librar una guerra punitiva con el fin de darle una buena lección a su vecino. Según varios escritores occidentales, entre ellos Alastair Lamb y, sobre todo, Neville Maxwell, en su libro *India's China War* (3), India les dio el pretexto soñado al lanzar su “política de avance” (*Forward Policy*), es decir, decidiendo estacionar tropas a lo largo de la frontera cuyo reconocimiento pretendía.

Una lectura errónea

Otros investigadores cuestionan esta interpretación: Bertil Lintner señala así en *China's India War* (4) que los preparativos de guerra chinos comenzaron dos años antes que Nehru expresara este concepto. Según él, la guerra apuntaba menos a conquistas territoriales que a destronar a Nehru, considerado el líder de los países del Tercer Mundo, y a imponerse como la verdadera potencia creciente en Asia. Por su parte, Nehru hizo una lectura profundamente errónea de la situación, que India pagó muy caro. Durante los tres años anteriores al conflicto, a pesar de las numerosas señales de descontento enviadas por los chinos, el primer ministro indio nunca quiso creer en la posibilidad de un ataque. Confirmando en el advenimiento de un “siglo asiático”, se dejó engañar por las declaraciones de paz de su par chino, Zhou Enlai. Cometió también un grave error al rechazar categóricamente la propuesta que le hizo este último, en 1960, de reconocer el trazado de la Línea McMahon, al este, si India aceptaba, al oeste, abandonar sus pretensiones en las zonas de Aksai Chin conquistadas por los chinos. Lo cierto es que la invasión china de 1962 fue vivida por Nehru como una total traición.

Luego de la guerra que duró un mes y un día y permitió a China penetrar profundamente en territorio indio, Zhou Enlai sugirió que cada bando retrocediera 20 kilómetros con respecto a la línea de control real, lo que suscitó el rechazo de Nehru: “[Esta propuesta] no tiene ningún sentido. ¿A qué corresponde la ‘línea de control real’? ¿Se trata de la línea que resulta de su ataque de comienzos de septiembre [de 1962]? Usurar 40 o 60 kilómetros de nuestras tierras por la fuerza de las armas, y luego ofrecer retroceder 20 kilómetros si nosotros nos comprome-

temos a hacer lo mismo, es una maniobra fraudulenta que no engaña a nadie” (5).

Estrategia del salame

El recuerdo de esta humillante derrota aún perdura. Si bien son perfectamente conscientes del desequilibrio de fuerzas con su vecino –tanto en términos de potencia política como de recursos económicos o veleidades expansionistas–, los indios consideran también que no pueden bajar la cabeza frente a la estrategia del salame implementada para ir comiendo territorios.

A partir de fines de agosto de 2020, el tono se endureció aun más. India acusa al EPL de haber violado el repliegue militar y diplomático acordado entre ambas partes tras el inicio de la crisis. Le reprocha su intento de “modificar unilateralmente el *statu quo* mediante provocaciones militares” tendientes a desplazar la línea de control real hacia el oeste, atribuyéndose de paso una superficie de 600 kilómetros cuadrados. Reclama finalmente un retorno al *statu quo ante*, a la situación imperante en abril de 2020.

El gobierno chino, por su parte, asegura que el repliegue previsto fue respetado. Si hubo intrusiones, habrían sido realizadas por los indios, que “atentan gravemente contra la soberanía territorial de China”. Pekín conminó además a Nueva Delhi a “retirarse inmediatamente”. El diario *Global Times*, que reproduce el discurso oficial, advirtió: “Si ambos países tuvieran que involucrarse en un conflicto de mayor escala, China no tendría ningún problema en sumar a su lado a Estados [hostiles a India], como Pakistán” (6).

Desde el comienzo de la crisis, cada ejército reforzó su presencia a lo largo de su propio trazado de la línea de control real. Según un informe de la empresa de inteligencia estadounidense, Strategic Forecasting Inc. (STRATFOR), publicado en julio, China habría concentrado en la región a más de 5.000 soldados, así como vehículos blindados y equipamiento pesado, y habría instalado allí 26 campamentos, 22 bases de avanzada y dos helipuertos. Por su parte, India desplegó tres divisiones de infantería en la parte oriental de Ladakh.

La imprecisión del trazado de la frontera sino-india, una de las más extensas del mundo, se remonta a mediados del siglo XIX, es decir, mucho antes de que ambos países se convirtieran en repúblicas modernas, independientes y soberanas. Entonces, ¿cómo se explica la actual escalada de tensiones?

Control fronterizo

Para el ensayista y periodista Prem Shankar Jha y el experto en relaciones internacionales Victor Gao –antiguo intérprete de Zhou Enlai–, China no tendría, estrictamente hablando, intenciones bélicas. En un artículo que firman conjuntamente en el sitio web *indiothewire.in*, explican: “El objetivo estratégico que persigue el ejército chino ocupando las cumbres por encima de Finger 4 [una de las ocho salientes montañosas que descenden hacia el lago Pangong Tso] es impedir que India ataque sus aparatos cuando descenden sobre el lago. Otra posición saliente podría ofrecer al EPL un segundo cuello de botella y colocar en su punto de mira la ruta que une Ladakh con [la base aérea de avanzada india de] Daulat Beg Oldie” (7).

Todo esto se asemeja mucho a preparativos de guerra, aun cuando, según los escritores, China de ninguna manera lo contemplaría; buscaría simplemente convencer a India de respetar los acuerdos y al primer ministro Narendra Modi de sentarse a la mesa de negociaciones con el fin de “disipar las dudas y las sospechas que sembró en la mente de los dirigentes chinos su brusco viraje de política exterior a partir de 2014”.

¿Qué hizo Modi pues para irritar a tal punto a su vecino chino? La lista de posibles quejas es extensa. Unos meses después de su llegada al poder, firmó con la administración estadounidense una “Visión estratégica conjunta para el Asia Pacífico y el Océano Índico” (Joint Strategic Vision for the Asia-Pacific and Indian Ocean Region) en virtud de la cual se compromete a garantizar la libertad de navegación en el Mar de China Meridional, que China afirma querer respetar también. India

accedió al estatuto de “importante socio de defensa” de Estados Unidos; participó de una fuerza operativa estadounidense-japonesa en el Mar de China Meridional enviando varios buques de guerra, y comenzó a recibir en el Golfo de Bengala la operación “Malabar”, una serie de ejercicios militares que apuntan especialmente a bloquear el acceso al Estrecho de Malaca, por donde deben transitar el 40% de las exportaciones de China y el 90% de sus importaciones de petróleo. Por otra parte, la derogación por decreto, en agosto de 2019, del artículo 370 de la Constitución de la India, que puso fin a la autonomía de Jammu y Cachemira (8), y la publicación de mapas que incluyen en el territorio indio a Gilgit (bajo control paquistaní) y al conjunto de Ladakh (incluyendo Aksai Chin), no fueron muy bien recibidas por los chinos; al igual que las declaraciones de ministros, como el ministro del Interior ante el Parlamento el 6 de agosto de 2019, asegurando que India reconquistaría Aksai Chin, actualmente bajo administración china, Gilgit y la parte de Cachemira administrada por Pakistán (Pakistan-occupied Kashmir, POK). Finalmente, India celebró acuerdos con Estados Unidos y Japón que prevén el suministro de apoyo logístico e intensificó su cooperación bilateral con Australia, un país cuyas relaciones con Pekín se volvieron tensas.

“Bajo el gobierno de Modi, India ya no se siente obligada a respetar los principios de [el acuerdo de] Panchsheel –especialmente la coexistencia pacífica–, reiterados en el acuerdo fronterizo de 1993; un hecho que China ya no puede ignorar” (9), concluye Prem Jha. Omite mención las múltiples violaciones de los propios chinos de estos principios: durante mucho tiempo, obstaculizaron los esfuerzos de India para unirse al Grupo de Proveedores Nucleares (Nuclear Suppliers Group, NSG), alegando que no firmó el Tratado de No Proliferación; se oponen a la asignación de un escaño en el Consejo de Seguridad de la Organización de las Naciones Unidas (ONU). Los esfuerzos de India para incrementar su potencia militar

y mejorar su infraestructura a lo largo de la frontera tienen la virtud de irritar a Pekín que, sin embargo, hace lo mismo.

Por otro lado, con su “diplomacia del lobo guerrero”, Xi Jinping convirtió al Mar de China Meridional en “prioridad estratégica”, lo que se traduce en un endurecimiento de su posición frente a Taiwán, Vietnam y otros países ribereños. En comparación, el conflicto fronterizo con India es visto como “estratégicamente secundario”. Lo que no impide a China intentar desalentar todo cuestionamiento de su supremacía a través de las incursiones armadas que, sin derivar en un conflicto mayor, hacen tambalear el statu quo e infligen pérdidas. ¿Acaso su objetivo no es actuar de manera tal de desestabilizar permanentemente a su vecino indio?

En 1988, cuando ambos países decidieron privilegiar la cooperación antes que la confrontación, sus productos internos brutos (PIB) eran similares –296.000 millones de dólares para India contra 312.000 millones para China (al tipo de cambio de 2010)– y su presupuesto de Defensa, idéntico, 20.000 millones de dólares. Veinte años más tarde, con un PIB de 1,2 billones de dólares, India ya palidecía frente al coloso chino y a sus 4,6 billones. Actualmente, China tiene un peso aproximadamente cinco veces mayor que su vecino del Sur. Destina 261.000 millones de dólares a su ejército (5,7% del PIB), mientras que Nueva Delhi asigna al suyo apenas 60.000 millones (5%). En síntesis, la paridad que regía en los acuerdos sino-indios ya no existe, lo que, de hecho, los transforma en acuerdos “desiguales”.

Incursiones fronterizas

Desde hace una decena de años, Nueva Delhi se propuso reforzar su infraestructura militar y su red de carreteras en el norte y el noreste. Se construyó una vía de acceso para unir la línea de control real, al nivel del río Galwan, con la ruta que conduce al aeródromo de Daulat Beg Oldie. Otro proyecto, siempre en Ladakh: una ruta que permitiría reforzar la presencia militar india en la línea de control real en las inmediaciones del lago Pangong Tso. En 2009, se crearon además dos nuevas divisiones de montaña, y en 2013, se anunció la creación de un comando de montaña de 90.000 hombres. Finalmente, India incrementó la frecuencia de sus patrullajes y mejoró la calidad de sus bases aéreas de avanzada; Daulat Beg Oldie recibe actualmente aviones C-130 y Antonov. A pesar de estos progresos, el ejército indio, durante mucho tiempo menospreciado y subfinanciado, está aún muy lejos de poder competir con la movilidad y la fuerza de ataque del EPL.

En los últimos tres años, las incursiones chinas a lo largo de la frontera se multiplicaron y se volvieron cada vez más violentas, lo que puede sorprender teniendo en cuenta su flagrante superioridad militar. En realidad, Pekín quiere demostrar su determinación por razones internas y externas. Su economía se desacelera; el gobierno es objeto de críticas internacionales por su gestión de la crisis del coronavirus; se siente además amenazado por el acercamiento entre India y Estados Unidos, en un momento en que sus propias relaciones con Estados Unidos se deterioran. A través de sus ataques en la frontera, China pretende cortar de raíz las ambiciones indias de dominación regional, aunque tenga que perder allí algunas plumas. Para demostrar que es ella la que decide, podría recurrir al método que mostró su eficacia en 1962: la humillación. Así, utiliza sus enormes reservas para acercarse a los vecinos indios, Nepal, Bangladesh y Sri Lanka, en detrimento de su rival.

Por su parte, Nueva Delhi parece decidida a hacerle frente, a juzgar por sus recientes movimientos de tropas en la parte occidental de la frontera y sus esfuerzos para profundizar su ventaja táctica. Teniendo en cuenta la importante asimetría entre ambos bandos desde el punto de vista estratégico, operativo y financiero, esta actitud, que puede pa-

recer irreflexiva, corre el riesgo de someter a sus fuerzas armadas a una dura prueba en caso de continuar la escalada. Ya que, si bien países aliados como Japón, Estados Unidos o Australia le ofrecen de buen grado un apoyo aparente, a veces acompañado por una ayuda logística, es poco probable que acudan rápidamente en su auxilio si el conflicto se agrava.

Hay un terreno en el que India siempre tuvo una ventaja sobre China: la solidez de sus instituciones democráticas. Con la salvedad de que el gobierno cada vez más autoritario de Modi, impulsor del nacionalismo hindú, no ha dejado de debilitarlas y vaciarlas de su contenido.

¿Seguirá el Primer Ministro los pasos de Nehru, repitiendo los errores de 1962? Convenido de su carisma y de que le basta con encontrarse con su par para resolver los problemas más espinosos, tuvo dieciocho encuentros con Xi y realizó cinco visitas oficiales a China desde 2014, ignorando aparentemente las numerosas señales de contrariedad y nerviosismo enviadas por Pekín. Esta aparente cordialidad no le impidió multiplicar los mensajes contradictorios, con el riesgo de ofender al presidente chino. Modi no se conformó con recordar sus pretensiones territoriales a través de publicaciones de mapas y estruendosas declaraciones, ni con hacer alarde de su amistad con Estados Unidos, principal rival de China. Con su agrupación, el Partido Popular Indio (Bharatiya Janata Party, BJP), se esforzó también por avivar el sentimiento antichino en el país. Entre las medidas de represalia, pueden mencionarse la prohibición de doscientas aplicaciones chinas, entre ellas Tik Tok, y el freno a las inversiones chinas en sectores clave como los ferrocarriles, la infraestructura y las telecomunicaciones. Y qué importa si, según los especialistas, esas decisiones corren el riesgo a fin de cuentas de castigar más la economía india que la de su vecino.

Tras haber agitado tanto el paño rojo, Modi se mostró súbitamente conciliador, el 19 de junio, durante una reunión multipartita sobre los sangrientos acontecimientos producidos días antes. “No hubo violación de la integridad territorial, ni por parte nuestra, ni por parte de nuestros vecinos”, aseguró. En India, estas declaraciones sorprendieron y, sobre todo, pusieron en aprietos a los militares y diplomáticos, mientras que los responsables chinos sacaron provecho de ellas rápidamente para demostrar que no eran culpables de ninguna agresión.

Los rivales asiáticos ¿multiplicarán los enfrentamientos, e incluso se lanzarán pronto a una verdadera guerra de fronteras? ¿O se involucrarán finalmente en negociaciones serias? ■

1. Shiv Shankar Menon, Choices. *Inside the Making of Indian Foreign Policy*, Brookings Institution/Allen Lane, Washington, DC - Londres, 2016.
2. By Liu Xuanzun y Liu Xin, “China urges India to restrain”, *Global Times*, Pekín, 16-6-20.
3. Neville Maxwell, *India's China War*, Natraj Publisher, Nueva Delhi, 2011 (primera edición de 1970).
4. Bertil Lintner, *China's Indian war*, Oxford University Press India, Nueva Delhi, 2017.
5. Anexo a la carta del primer ministro Jawaharlal Nehru al primer ministro Zhou Enlai, 27 de octubre de 1962, en *Notes, Memoranda and Letters Exchanged and Agreements signed between the Governments of India and China*, Libro blanco del Ministerio de Relaciones Exteriores indio, vol. VIII: October 1962-January 1963, Nueva Delhi.
6. Citado por Prem Shankar Jha y Victor Gao, “A tragedy has been averted but the danger for India and China persists”, *The Wire*, Nueva Delhi, 23-7-20.
7. Prem Shankar Jha y Victor Gao, *op. cit.*
8. Vaiju Naravane, “Hinduismo explícito en Cachemira”, *Le Monde diplomatique*, edición chilena, octubre de 2019.
9. Prem Shankar Jha y Victor Gao, “LAC tensions to fester till Modi, Xi revive prospects for India-China strategic cooperation”, *The Wire*, Nueva Delhi, 24-7-20.

*Profesora en la Facultad de Periodismo, Medios de Comunicación y Cine de la Universidad Ashoka, en India; directora del Centre for Social and Behaviour Change. Traducción: Gustavo Recalde

Fronteras imbricadas

Las dificultades para trazar una frontera entre China e India existen desde hace mucho tiempo. En esta región, suelen distinguirse tres grandes zonas. En el noreste indio (y oeste chino), Aksai Chin, bajo administración china, se extiende a lo largo de Ladakh del lado indio, de Sinkiang y el Tíbet del lado chino, y abarca una superficie de aproximadamente 33.000 kilómetros cuadrados. La parte central, al oeste de Nepal, separa los estados indios Himachal Pradesh y Uttar Pradesh del Tíbet; con sus 2.000 kilómetros cuadrados bajo control compartido, es la menos extensa de las zonas en disputa. Finalmente, la parte oriental, bajo control indio, corresponde al límite entre el Tíbet y Arunachal Pradesh –que llevaba el nombre de North-East Frontier Agency (NEFA) durante la dominación británica–. Cubriendo aproximadamente 90.000 kilómetros cuadrados, se extiende hasta Birmania. En esta región, la frontera se denomina “Línea McMahon”, por el geógrafo británico que la trazó, y fue definida conjuntamente por los británicos y los tibetanos durante la conferencia de Simla en 1914 (1).

En su libro Choices (2), publicado en 2016, el ex ministro de Relaciones Exteriores indio (2010-2014) y asesor de seguridad nacional Shivshankar Menon, señalaba: “India siempre consideró que comparte con el Tíbet una frontera tradicional, consuetudinaria, que fue reconocida además jurídicamente por diversos acuerdos en la mayor parte de su extensión. Estos acuerdos conciernen especialmente la Línea McMahon en 1914, la frontera entre el Tíbet y Sikkim, en la parte oriental, a lo largo de la cuenca vertiente de los ríos Tista y Amo Chu, oficialmente reconocida en 1906 por el Tratado de Pekín que ratificaba la convención anglo-tibetana de 1904 que instauraba la autoridad de China sobre el Tíbet, así como otras varias fronteras fijadas a partir del siglo XVII por acuerdos entre los gobiernos tibetanos y los dirigentes de Jammu y Cachemira y de Himachal Pradesh”.

En esa época, las autoridades coloniales británicas estaban preocupadas sobre todo por el creciente avance de Rusia, al que intentaban oponerse a través de la política del “Gran Juego” –expresión que remite a ese período de intensa rivalidad ruso-británica–. China, en cambio, les parecía débil y timorata. Por eso se concentraron en las fronteras del noreste y noroeste de India y abandonaron el Tíbet y China, apostando a que estos dos países se convertirían en Estados taponados capaces de mantener a distancia a los rusos.

Después de la guerra, China terminó siendo, junto con el Tíbet, limítrofe de India por primera vez en su historia. En la conferencia de Simla, el delegado chino se había negado a firmar el texto de la convención. Desde entonces, China rechaza todos los acuerdos firmados entre los británicos y los tibetanos calificándolos de “tratados desiguales” que no está obligada a respetar.

Por su parte, India estima que puede probar que Aksai Chin forma parte de Ladakh, por ende, de Jammu y Cachemira, basándose en los acuerdos históricos, los mapas y los tratados. En lo que respecta a la parte oriental, señala la antigüedad de sus lazos comerciales, culturales y religiosos con el Tíbet, y recuerda que el trazado existente es una herencia del Raj –el régimen colonial– británico. China no admite ninguno de estos argumentos. Además de Aksai Chin, sigue reivindicando la mayor parte de Arunachal Pradesh, de manera tal que todos los mapas oficiales materializan la frontera al pie de las montañas, en lugar de ubicarla cerca de las cimas, a lo largo de la línea divisoria de las aguas. Una de las principales piedras en el zapato es la ciudad de Tawang, que vio nacer al actual Dalai Lama y cuyo monasterio de Tawang, segundo lugar más sagrado para los tibetanos después de Lhasa, desempeñará un papel clave en la designación del próximo Dalai Lama, un asunto que Pekín sigue de cerca. China nunca le perdonó a India haberle ofrecido asilo político al jefe espiritual tibetano tras su huida en 1959, al punto tal que, para algunos observadores, sería una de las razones de la ofensiva china de 1962.

1. La República de China, al igual que más tarde la República Popular China, no reconoce la Línea McMahon.
2. Shiv Shankar Menon, Choices. *Inside the Making of Indian Foreign Policy*, Brookings Institution/Allen Lane, Washington, DC - Londres, 2016.

La cuestionada reelección del presidente Lukashenko

Los jóvenes urbanos promueven el cambio en Bielorrusia

por Loïc Ramirez*, enviado especial

Mediados de agosto de 2020. Las imágenes de manifestaciones se suceden en continuado por la televisión. “Pronto acabará”, dice Stas L., casi sin mirar la pantalla. De espaldas a las noticias, sentado en un bar de Bragin, al sur de Bielorrusia, él y sus amigos, todos treinta y tantos, conversan bebiendo una botella de vodka. Hace cinco días que una ola de protestas de una amplitud inédita invade el país. El curso de los acontecimientos no le dará la razón: las manifestaciones aun persisten a mediados de septiembre, fundamentalmente en las universidades de la capital bielorrusa, y las marchas todavía reúnen a cientos de miles de personas, en Minsk y en otras grandes ciudades del país.

La reelección de Aleksandr Lukashenko, el 9 de agosto de 2020, y las protestas que estallaron a continuación ubicaron a Bielorrusia en el centro de la atención mediática. El presidente inició su sexto mandato consecutivo desde 1994 tras obtener el 80,23% de los votos en un escrutinio manchado por el fraude. Así fue como derrotó a su principal rival, Svetlana Tijanovskaya, quien reemplazó a las apuradas a su marido, arrestado en mayo por “violentar el orden público”, y detrás de la cual se reunieron los equipos de los otros dos candidatos, Valery Tsepkalo y Viktor Babariko, representados respectivamente por la esposa Veronika y por la directora de campaña, María Kolesnikova, tras la fuga a Moscú del primero y la detención del segundo.

Después del escrutinio, los enfrentamientos entre jóvenes contestatarios y fuerzas del orden marcaron el ritmo de las noches de la capital. Durante tres días el servicio de Internet se interrumpió. Miles de detenciones y numerosos testimonios sobre abusos policiales cometidos en las comisarías incrementaron el rechazo al Presidente, que jamás había utilizado a semejante escala este tipo de métodos de intimidación. Tras la elección presidencial de 2010, las detenciones se contaban por centenas y la oposición había sido discretamente decapitada en los tribunales los meses siguientes.

Incluso aquí, en la pequeña ciudad de Bragin, se siente el nerviosismo de las autoridades. Al caer la tarde, un puñado de patrullas comienza a vigilar la plaza principal de la ciudad mientras que uno de sus autos controla la avenida. El despliegue parece desmedido para una pequeña ciudad de alrededor de 3.000 habitantes. ¿Será a causa de la proximidad con la frontera ucraniana? ¿O el temor a las manifestaciones que se desataron en Gome, la capital regional ubicada a un centenar de kilómetros, se extiende ahora hasta aquí?

Stas, obrero de la red vial, vivió toda su vida bajo presidencias de Lukashenko. “Voté a Tijanovskaya, pero no iré a las manifestaciones”, afirma. “Para nosotros, los bielorrusos, lo más importante es la tranquilidad, nadie quiere un ‘Maidán’”. El muchacho se refiere al levantamiento ucraniano que, durante el invierno de 2013-2014, logró derrocar al presidente Viktor Yanoukovitch y dio paso a una guerra civil. El fantasma agitado desde el poder se alimenta de un temor real presente en la población. Uno a uno los amigos de Stas develan su voto en las elecciones. Muchos dicen haber optado por Tijanovskaya, otros votaron en blanco. “Yo voté a Lukashenko”, responde uno de los presentes – una revelación que sorprende al grupo-. “¿En serio? ¿Lo votaste a él?” “Sí, claro”. Sin más explicaciones ni debates los vasos se vaciaron y las conversaciones frías siguieron su curso.

Inflado por el fraude electoral o bien reducido a casi nada como afirman a veces, de manera excesiva, algunos opositores (estos sostuvieron durante la campaña la tesis de un Lukashenko cercano al 3%), el voto a favor del Presidente es un



Patricio Kind, De la serie Siluetas, susurros y desastres (Instagram: @pe.kind)

dato difícil de analizar. “Los trabajos sociológicos los sitúan cerca del 60%, sin dudas mucho menos en la capital donde la oposición siempre contó con un núcleo duro”, explica Bruno Dworski, historiador y profesor en el Instituto Nacional de Lenguas y Civilizaciones Orientales de Francia (INALCO). Para los investigadores Stephen White y Elena Korosteleva, el perfil tipo de los electores de Lukashenko sería: “principalmente, mayores de 60 años, con un nivel educativo en promedio bastante bajo” y sobre todo rural. Por el contrario, los opositores serían sobre todo “jóvenes”, “trabajadores del sector privado”, “con alto nivel educativo” y “residentes de las grandes ciudades”. Una oposición por lo tanto generacional a la que se adiciona una fractura geográfica. Para Aleksei Dzermant, politólogo cercano al gobierno, “el electorado del Presidente se encuentra en el seno de los funcionarios, de los que trabajan para el Estado y en la clase obrera”.

Resultados estrechos

Sin embargo, una cierta erosión del apoyo a Lukashenko parece haber operado incluso entre las capas sociales que le fueron tradicionalmente fieles. Un estudio basado en el escrutinio manual de los resultados exhibidos en los 900 centros de voto (un cuarto de los votantes), corregidos en base a la tasa de participación y al voto por correspondencia anormalmente elevados, sugiere un resultado de 45% para Tijanovskaya contra 43% para Lukashenko. También circulan otras estimaciones, pero todas coinciden en un resultado mucho más ajustado que el anunciado por la comisión electoral central. “Sí, ya voté por él en el pasado, pero ahora me resulta imposible”, explica Viktor, de unos cincuenta años de edad y profesor de francés en una escuela de Gome.

“No podemos decir nada en contra del gobierno si no queremos tener problemas en nuestro lugar de trabajo, es asfixiante; no es que rechace todo lo que hizo, pero el país cambió y él sigue siendo el mismo.” Como si fuera una especie de hombre de la bolsa, que durante sus visitas sorpresa a las fábricas despide y reemplaza en un abrir y cerrar de ojos a un director incompetente o a un ministro considerado demasiado blando, Lukashenko cultivó una imagen paternalista que durante mucho tiempo fue del agra-

do de la sociedad bielorrusa. Pero esa retórica se agotó. Durante la campaña, sus declaraciones sobre la incapacidad de una mujer para dirigir el país o sus insultos y amenazas contra los opositores se tornaron en su contra y fueron ridiculizadas durante las manifestaciones.

El desgaste del modelo

El aumento del descontento no es ajeno a la degradación económica de los últimos años.

Ampliamente electo en 1994, con el 80% de los votos, Lukashenko había puesto un freno a las impopulares privatizaciones masivas. El regreso del Estado a la dirección de la economía que impulsó tuvo cierto éxito. Mientras que en las otras ex repúblicas soviéticas las industrias cerraban y explotaban las desigualdades, Bielorrusia retomó el crecimiento a partir de 1996 y conservó algunos sectores de punta, como la producción de tractores y maquinaria. El país consiguió además salvar su agricultura, gracias a importantes inversiones públicas en granjas colectivas, que garantizan el 80% de la producción, la cual se exporta en un 90% a Rusia. Durante los años 2000, el país aprovechó el precio elevado de los hidrocarburos, y el hecho de que Moscú autorizó a Minsk a refinar y exportar a precio de mercado mundial el crudo cedido a bajo costo, al tiempo que la proveía de gas a precio de amigo.

Pero la crisis de 2008 y la caída de los precios, que impactaron automáticamente en el nivel de las subvenciones, desgastaron el modelo. Mientras el país contó con tasas de crecimiento del 7,2% anual en promedio durante la década previa, su Producto Interno Bruto (PIB) tan solo creció el 1,6% anual a partir del crack bursátil. Las manifestaciones de 2017 contra la multa a los desocupados –alrededor de 460 rublos (225 euros) para las personas sin empleo declarado durante más de seis meses– aparece retrospectivamente como una señal predictiva de la crisis actual.

La detención de candidatos durante la campaña, la amplitud de los fraudes y la proliferación de imágenes de heridos en las redes sociales tras la reactivación de Internet en el país, arrojaron leña al fuego del malestar.

Las protestas, por ahora, no enarbolan un programa político y económico preciso. Los manifestantes, en general, se unen en torno a

algunas consignas simples –liberación de presos políticos, organización de nuevas elecciones– y, la principal, que se vaya Lukashenko. El nombre de la opositora exilada, Svetlana Tijanovskaya, rara vez aparece en las pancartas. Desde Lituania, a mediados de agosto, Tijanovskaya creó un consejo de coordinación que apunta a dialogar con Minsk con el objetivo de generar una transferencia de poder que permita organizar nuevas elecciones, pero ella no juega un rol protagónico en la organización de las manifestaciones en el terreno. Entre los siete miembros de su comité, en el que conviven un líder huelguista y la copresidenta de un pequeño partido tradicionalista cristiano favorable al abandono del ruso como lengua oficial, solo Svetlana Aleksievitch, ganadora del premio Nobel de Literatura, no había sido interpelada por las autoridades hasta mediados de septiembre. Los demás huyeron del país o están presos.

Protestas acotadas

En los cortejos, solo la bandera blanca-roja-blanca –la de la primera república popular de Bielorrusia de 1918, retomada con la independencia de 1991– es enarbolada como símbolo unánime de rechazo al dirigente. Todo otro estandarte o mensaje es percibido con desconfianza, dado que puede dividir: las pocas banderas europeas fueron rápidamente ocultas y no se oye ningún eslogan hostil hacia Rusia. Para desacreditar al movimiento y acelerar la asistencia de Moscú, Lukashenko repite sin cesar que la bandera roja y blanca sirvió de estandarte a los nacionalistas bielorrusos que colaboraron con los nazis a partir de 1941. En realidad, fueron muy pocos y no dejaron prácticamente ninguna tradición política. Un contraste importante con otros confines del ex imperio zarista –los países bálticos, Ucrania, Polonia– donde desde comienzos del siglo XIX los movimientos nacionalistas se apoyaron en partidos políticos, escuelas, universidades y centros culturales y alimentaron la lucha armada antirusa y luego antisoviética, en colaboración, a veces, con los Nazis. Nada de eso sucedió en Bielorrusia, más bien aportaron al movimiento de partisanos soviéticos ubicado detrás del frente alemán del Este. En este contexto, el rojo y blanco significa menos un reverdecido nacionalista que el rechazo al Presidente que restableció, por referéndum, los tonos rojo y verde de la bandera soviética en 1996.

Cuando cerca del 11 de agosto estallaron huelgas en las joyas de la industria bielorrusa – en MAZ, fábrica de automóviles; Belaz, empresa de ingeniería y de producción de equipos industriales; MZKT, fabricante de camiones de carga, todas propiedades del Estado– Lukashenko sintió que su poder tambaleaba. Sin embargo, las protestas permanecieron acotadas a los lugares de trabajo. La mañana del 17 de agosto fracasó el intento de huelga en la fábrica Atlant, en Minsk. “¿Quién trabaja aquí?”, preguntó una señora mayor que se unió a la treintena de personas reunidas para apoyar la manifestación delante de la entrada del edificio principal. Una sola persona levantó la mano. Los demás eran mayoritariamente estudiantes, o jubilados u otros fulanos que se habían acercado por solidaridad. “Sin dudas soy el único”, explicó el obrero. “Los demás colegas tienen miedo y nadie nos ayuda”.

A partir del decreto presidencial N° 29, ratificado en 1999, la mayoría de los contratos laborales son de duración acotada, de uno a cinco años, una reforma liberal que fragilizó a los pocos sindicatos combativos del país. En

2018, un estudio de la Federación de sindicatos bielorrusos, que abarcó 1.600.000 contratos, concluyó que el 30% de los asalariados del país tenían contratos cuya duración no superaba el año. Al miedo a la desocupación se sumó la detención de varios líderes huelguistas y, finalmente, el temor entre los trabajadores estatales a las privatizaciones masivas si la oposición llegara al poder, lo cual implicaría la desaparición de empleos y fábricas enteras, como suele recordar Lukashenko. Durante la campaña, sus rivales, el ex banquero Viktor Babariko y el ex embajador y director de un parque tecnológico Valéry Tsepka, no ocultaron sus intenciones de “modernizar” el país. El sector público –la función pública y las empresas en las que el Estado es accionista mayoritario– emplea cerca del 40% de los

asalariados del país. Las empresas en las que la participación del Estado supera el 50% del capital representan cerca del 30% de la producción anual y del empleo.

Sin embargo, hay un sector a la vanguardia de las protestas: el de las tecnologías de punta. Este último emergió a partir de los años 2000. “Se trata de un sector que consiguió ventajas fiscales considerables, en cierta forma en contradicción con el modelo dominante de ‘socialismo de mercado’”, tal como lo recuerda la investigadora Ioulia Shoukan en su página de Facebook. También agrega que “este desvío en relación al modelo dominante, que había logrado que el régimen se inmunice durante años contra todo intento de protesta iniciada o financiada desde el sector privado, parece haberle jugado una mala pasada”. Ludmila V., que trabaja para una em-

presa que crea aplicaciones en Minsk, confirma ese compromiso al comienzo del movimiento, incluso en el seno de su dirección: “Desde que comenzaron las protestas, los empleados tienen el derecho de ausentarse o de teletrabajar desde las manifestaciones; además, nuestra empresa se comprometió oficialmente a pagar las multas de sus empleados si estos son detenidos en las manifestaciones no autorizadas”.

En la vereda de enfrente, la movilización, trabajosa, de los partidarios del gobierno sucede en buena parte gracias al despliegue de los recursos del Estado (autobuses para llevar a la gente, helicópteros para desplegar banderas). Al no haber reivindicado nunca una ideología clara, el régimen –hiperpresidencial– no tiene posibilidades de contar con una base militante para defenderlo. Pero al gozar aún de la fidelidad de las

fuerzas armadas y de la policía, Lukashenko todavía tiene las riendas del poder. Eso no significa que no deba enfrentar una crisis de legitimidad inédita. La invitación a una reforma constitucional que refuerce las prerrogativas del gobierno y del parlamento en detrimento de la presidencia, hábilmente propuesta por Lukashenko como condición para llamar a nuevas elecciones en 2022, divide a la oposición y le permite ganar tiempo. ¿Se trata de una farsa para mantenerse o una puerta de salida que anuncia una reconfiguración política profunda? El desenlace de la crisis en buena parte se juega en Moscú. Y en la capacidad de la protesta para sobrellevar la represión, el desgaste y las divisiones. ■

*Periodista.

Traducción: Heber Ostroviesky

El Kremlin frente al debilitamiento del presidente Lukashenko

La protesta bielorrusa en el mapa regional

por Hélène Richard*

“Es una revolución democrática, no geopolítica.” Al pronunciar estas palabras durante una videoconferencia con los eurodiputados, el pasado 25 de agosto, Svetlana Tijanovskaya, quien se atribuye la victoria en la última elección presidencial bielorrusa frente al presidente saliente Alexandre Lukashenko –reelegido oficialmente con el 80% de los votos–, pretendía enviar un mensaje tanto a Bruselas como a Moscú. Quería decir que Bielorrusia no es Ucrania, ese país vecino en el que un cóctel de protestas, de represión brutal y de injerencias extranjeras rusas y occidentales, desembocó en 2014 en una guerra civil y en la anexión de Crimea por Rusia.

Porque la región tiene memoria. En 2018, una revolución pacífica había empujado al jefe del gobierno armenio a la renuncia. Esto mostró un nuevo camino posible para Moscú: aunque al principio se mantuvo como observador prudente del tsunami popular que se llevó puesto a Serzh Sargsián –casi uno de cada cinco habitantes tomaba la calle en ese entonces, mientras el país atravesaba un bloqueo casi completo de la economía–, el gobierno ruso despachó luego a una delegación de diputados a Armenia para sondear las intenciones del principal opositor, antes de su asunción como Primer Ministro. Nikol Pashinián, que en el pasado había emitido críticas contra la Unión Económica Euroasiática como diputado de la oposición, se esforzó entonces por tranquilizar a Moscú afirmando su deseo de mantener los principales acuerdos económicos y militares que ligaban a los dos países.

Rechazo a ayuda europea

El levantamiento bielorruso actual recuerda en muchos aspectos al que sacudió a Armenia hace dos años. Como sus predecesores armenios, el objetivo prioritario de los contestatarios bielorrusos no es la recomposición de sus alianzas geopolíticas sino deshacerse de un dirigente. Proporcionalmente menos numerosos que en Armenia, aunque llevaron la movilización a niveles históricamente inéditos, los manifestantes mantuvieron el rumbo del pacifismo a pesar de la brutal represión. También se cuidan de todo tipo de exhibición junto a los europeos. Así, el Consejo de Coordinación, formado por Tijanovskaya, rechazó el 19 de agosto la ayuda financiera de la Comisión Europea, que proponía otorgarle una parte de los fondos de apoyo atribuidos a Bielorrusia, para ayudar a las “víctimas de la represión”, a los “medios independientes y a la sociedad civil”.

Las reacciones de las dos primeras potencias europeas, Francia y Alemania, sorprendieron por su moderación, en comparación con las expresadas durante otras crisis recientes. Em-

manuel Macron, comprometido a un “diálogo constructivo” con Moscú desde el verano de 2019, no reconoció a Tijanovskaya como presidente legítima en exilio, algo que sí había hecho con el opositor venezolano Juan Guaidó. Berlín y París reconocen a Moscú como mediador. Los ministros de Asuntos Exteriores europeos se pusieron de acuerdo sobre una base mínima de sanciones para las personas más responsables de la represión, muy alejadas del arsenal desplegado durante el escrutinio impugnado del 2010. El envenenamiento del opositor ruso Alekséi Navalny, transferido a Berlín, donde se le detectó un neurotóxico de origen militar, podría, sin embargo, llevar a la canciller alemana y, luego, a París, a acercarse a la postura más combativa de Polonia y los países bálticos, que le prohibieron la entrada a su territorio a unas treinta personas, entre las que se encuentra Lukashenko, y reconocen la victoria de Tijanovskaya.

Por el momento, Rusia no ha demostrado un apego desmesurado a Lukashenko. Moscú, que excluyó la participación de la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE) en la supervisión de una nueva elección (una propuesta de Francia), incitó al dirigente bielorruso a organizar una reforma constitucional, con la esperanza de favorecer la emergencia de un sucesor compatible con sus intereses antes de que se lleven a cabo las nuevas elecciones.

Ventajas a corto plazo

Moscú se contenta con acumular las ventajas a corto plazo que puede sacar del debilitamiento de Lukashenko. Tras un desplazamiento del Primer Ministro ruso a Minsk, el Presidente bielorruso viajó a Sochi el 14 de septiembre. Las discusiones son delicadas: desde la crisis ucraniana del 2014, Minsk había hecho evolucionar discretamente su doctrina militar para prevenir una potencial desestabilización rusa que tomaría como modelo a la región de Donbás, multiplicando los gestos de apertura hacia el oeste. Así, la Unión Europea levantó casi todas sus sanciones contra Bielorrusia en 2016 y relanzó su programa de ayuda. Más aun: el pasado mes de febrero, Lukashenko recibía, por primera vez desde su llegada al poder en 1994, al secretario de Estado estadounidense Mike Pompeo.

Estas infidelidades terminaron por irritar a Moscú. Ahora, Rusia quiere obtener “más por el mismo precio”, sobre todo porque su economía sufre a la vez las sanciones occidentales y la caída del precio del barril. Las subvenciones rusas a la economía bielorrusa se disolvieron para pasar del 17% en 2013 al 10% del PIB actual. En 2019, Moscú se negó por primera vez a refinanciar la deuda bielorrusa. Ese mismo año, una modificación del sistema fiscal ruso sobre los

hidrocarburos privó a Minsk de un precio preferencial sobre el petróleo, una pérdida valuada entre 300 y 400 millones de dólares por año. Al margen del Foro Económico Internacional de San Petersburgo, en octubre de 2019, el Ministerio de Economía ruso se negaba a compensarla sin “un conjunto de medidas sobre nuestra futura integración en el marco de un Tratado de Unión”. De nuevo por primera vez, Moscú condicionaba su ayuda a avances concretos sobre el proyecto de creación de una confederación con un sistema fiscal, una moneda e instituciones políticas comunes que patina desde 1999. Los dirigentes rusos y bielorrusos destilan a cuentagotas el contenido y el resultado de las discusiones que mantienen en el contexto actual. Tras el encuentro del 14 de septiembre, el Presidente ruso prometió otorgar a Bielorrusia un crédito de 1.500 millones de dólares en Minsk, aunque negó haber exigido compensaciones políticas. Algo difícil de creer...

Acuerdos militares

Pero son numerosos los parámetros que podrían hacer descarrilar el escenario de una salida tranquila del Presidente. En primer lugar, el desafío en materia de seguridad que Bielorrusia representa para Moscú; el país se encuentra en primera línea frente a la OTAN y sigue siendo, a este título, un elemento esencial de la estrategia de defensa rusa. Signatario del Tratado de Seguridad Colectiva (OTSC) en 1992, Moscú concluyó varios acuerdos militares con Minsk, tras la entrada de Polonia y luego de los países bálticos a la OTAN, y el despliegue del escudo antimisiles estadounidense en Polonia y en Rumania. Ambos países, que establecieron una estrecha cooperación militar, organizan ejercicios de gran amplitud. El último de ellos tuvo lugar en Zapad en 2017. Por otra parte, Bielorrusia alberga dos bases militares rusas, una de ellas, situada en Gantsevichi, está integrada al sistema de alerta antimisiles ruso.

El refuerzo de la presencia estadounidense en Polonia –que debería recibir a 1.000 soldados transferidos de Alemania–, sumado al contingente de 4.500 hombres desplegados por rotación, refuerzan aun más el rol de tapón de Minsk. Sobre todo, si se considera que la frontera bielorrusa está situada a quinientos kilómetros de la capital rusa. El 27 de agosto, durante una entrevista que le concedió al canal público Rossia 24, Vladimir Putin afirmaba que sus tropas intervendrían “si la situación se sale de control y los elementos extremistas [...] franquean ciertos límites: incendios de autos, de bancos, ocupación de edificios administrativos”, apoyándose en una serie de acuerdos, entre los cuales se encontraba el Tratado de Seguridad Colecti-

va. La mención de una acción concertada en caso de amenaza a la “estabilidad” había sido agregada en 2010. Este término vago le deja a Moscú un apreciable margen de interpretación, que de todas maneras mostró en Ucrania que no duda, como otras potencias, en liberarse del derecho internacional cuando considere que sus intereses están siendo amenazados.

Otro factor de incertidumbre: las dificultades de la oposición. Mientras que Pashinián le había dado un rostro a la revolución armenia –y un interlocutor a Moscú–, la protesta bielorrusa no ha sido reivindicada por un líder. Por otra parte, Moscú desconfía del Consejo de Coordinación que no se sabe si sobrevivirá a la pulsera con el poder. Acorralados en Bielorrusia, seis de sus siete miembros se encuentran tras las rejas o han encontrado refugio en Lituania, Ucrania y Polonia, tres países hostiles a Moscú. Por otra parte, durante la campaña presidencial, aparecieron contradicciones entre los oponentes sobre cuestiones de seguridad. Viktor Babariko, director de un banco cuyo dueño mayoritario es el gigante ruso Gazprombank, presentado como el candidato más cercano al Kremlin, había declarado que quería “ver algún día a Bielorrusia convertirse en un país neutral”. Esta perspectiva disgustó profundamente a Moscú, que desea disponer de un escudo entre Rusia y la OTAN, y no de una Suiza. Tijanovskaya, al igual que otros oponentes, se mantienen ambiguos respecto de esta opción estratégica. Arrinconada, la oposición podría acercarse un poco más a los europeos. Tras el desbloqueo de la ayuda rusa, el ex ministro Pavel Latushka, hoy miembro del presidium del Consejo de Coordinación, exigió el compromiso de la Unión Europea a ofrecer un plan de ayuda “de entre 3.000 y 4.000 millones de dólares” –es decir, al menos el doble de la ayuda rusa– si el poder es transferido a la oposición. Ese mismo día, la Comisión se negó oficialmente a reconocer a Lukashenko como presidente legítimo.

Entre apoyarse en un régimen debilitado o apostar a una oposición dividida y con lealtades ambiguas, el Kremlin no está en una posición tan cómoda como se pretende a veces. Putin evalúa dos escenarios, que difieren tanto de los precedentes ucranianos como de los armenios. Aunque la integración de los dos Estados sigue siendo el objetivo de Rusia a largo plazo, forzarle la mano a Lukashenko hoy sería correr el riesgo de perder la simpatía de la población bielorrusa... y suscitar sentimientos antirusos que, por ahora, no estaban presentes en el levantamiento. Entonces, esta “revolución” podría ser no sólo democrática sino también geopolítica. ■

*De la redacción de *Le Monde diplomatique*, París. Traducción: María Julia Zaparart

Amenaza la partición del país africano

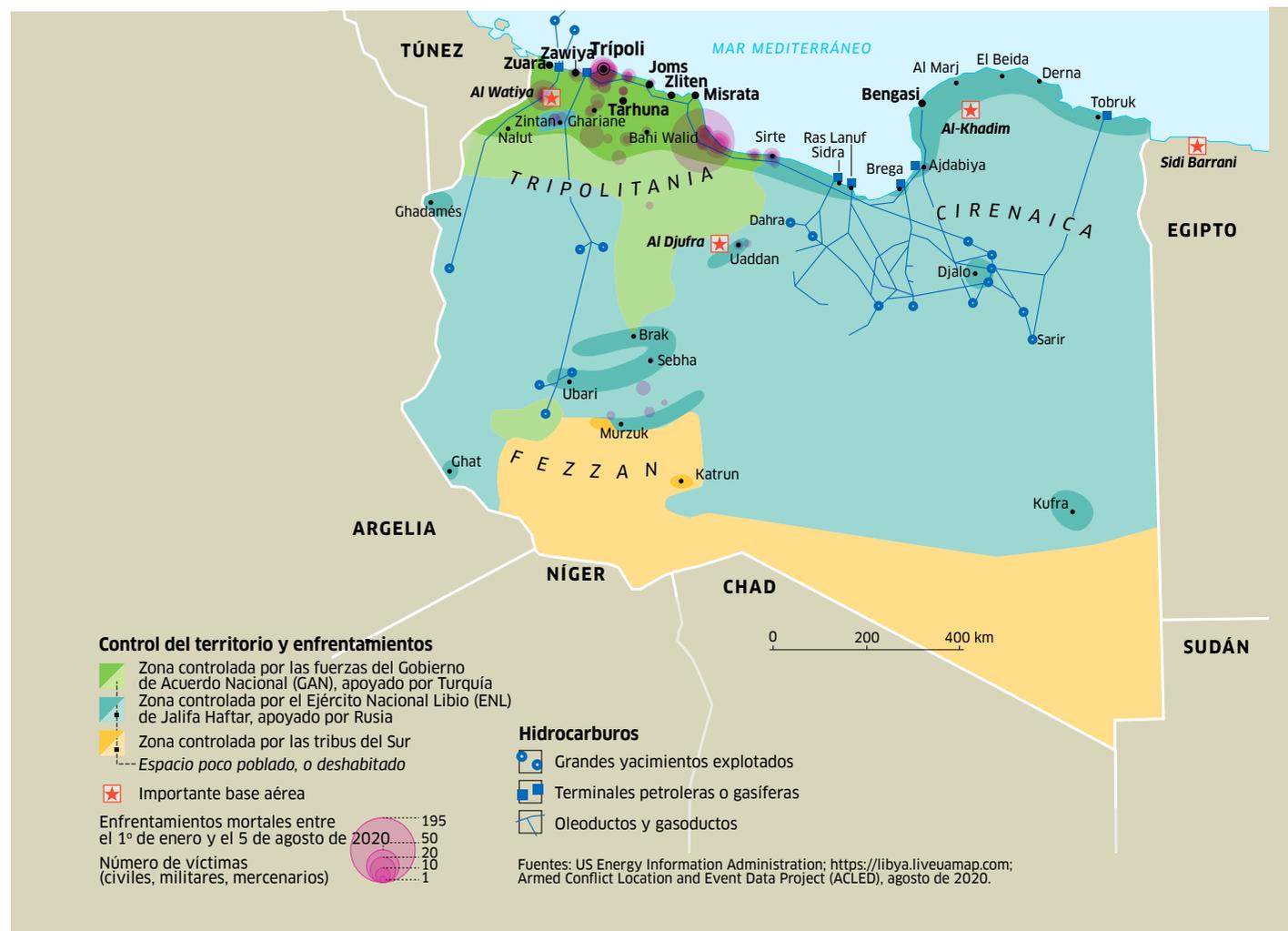
Libia atrapada en una guerra latente

por Jean-Michel Morel*

Empantanada en una feroz guerra civil, Libia es presa de mercenarios de todo tipo. En ese escenario, Rusia y Turquía parecen enfrentarse, apoyando bandos opuestos. Sin embargo, ambos países tocan la misma partitura y sueñan con dividirse los restos de una Libia fracturada, para incrementar su influencia en el Mediterráneo.

Desde el levantamiento popular de febrero de 2011 seguido por la intervención aérea de las fuerzas de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y de la muerte de su jefe de Estado Muamar Gaddafi, Libia es presa del caos, de la fractura y de las injerencias externas. Las tres regiones tradicionales del país se transformaron en islotes fratricidas (1). Al este, Cirenaica, sede de la Cámara de Representantes en Benghazi, se convirtió en el feudo del mariscal autoproclamado Jalifa Haftar al frente de lo que él llama el Ejército Nacional Libio (ENL). Al oeste, en la Tripolitania, reina el bien mal llamado Gobierno de Acuerdo Nacional (GAN), reconocido por la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y cuya afiliación política lo emparenta con los Hermanos Musulmanes. En cuanto a la región multiétnica del Fezzan al sur, comarca de la cual se extrae un cuarto del petróleo libio, los que mandan allí son los milicianos tubúes, que se reparten entre las dos facciones.

El GAN cuenta con el apoyo activo de Turquía y, en menor grado, de Qatar, sin olvidar el apoyo más discreto de Italia y Alemania. Lo esencial de sus fuerzas está compuesto por milicianos de la coalición *Fajr Libya* (Amanecer Libio). En el bando de enfrente, Jalifa Haftar, ex oficial del ejército de Gaddafi antes de su defección a fines de los años 1980, reúne también a milicianos locales así como a mercenarios su-



Cécile Marin

daneses y chadianos. Sus padrinos extranjeros son Egipto, Emiratos Árabes Unidos y Arabia Saudita –un frente anti Hermanos Musulmanes–, y sobre todo Rusia, deseosa de acrecentar su anclaje mediterráneo. A ellos se suma Francia que, sin romper con Trípoli, preferiría ver vencer al bando del mariscal Haftar (2). En julio de 2019, el descubrimiento de misiles franceses cerca de Trípoli abandonados por las tropas vencidas del mariscal Haftar ya exponía este posicionamiento ambiguo (3). Un año más tarde, el descubrimiento de fosas comunes en Tarhuna, donde milicias pro Haftar se declararon culpables de exacciones, volvía el apoyo al mariscal cada vez más problemático (4). Como miembro permanente del Consejo de Seguridad, París debería sin embargo mantenerse del lado de la legalidad internacional apoyando al Gobierno de Acuerdo Nacional, el único reconocido por la ONU.

Área de influencia

Francia se encuentra en oposición frontal con Turquía, que desde comienzos de este año está presente en Libia con una gran cantidad de fuerzas. Para Ankara, el interés por esta región se remonta al siglo XVI cuando los otomanos ocuparon el Magreb,

creando tres provincias con Argel, Túnez y Trípoli como respectivas capitales. Aunque no se trata hoy en día de reconstituir en África del Norte el imperio desmembrado en 1920, el presidente turco Recep Tayyip Erdoğan no duda en evocar regularmente la grandeza del mismo. Y multiplica las oportunidades de demostrar las capacidades de proyección de su ejército más allá de sus fronteras: invasión en el norte de Siria, intervención en el Kurdistán iraquí y en Libia, proyecto de una base en Yemen, instalación militar en Qatar y amenaza de apoyar militarmente a Azerbaiyán en el conflicto del Alto Karabaj. Todo eso manifiesta una voluntad de expansión del área de influencia turca. En 2018, *Yeni Akit*, un diario progubernamental, después de haber enumerado los diez países en los que hay presencia de soldados turcos, no dudaba en afirmar: “Turquía regresa a sus tierras otomanas”. Este ardor expansionista se concreta también mediante la reactivación de una doctrina marítima imaginada en 2006 por Cem Gurdenez, un almirante retirado, y bautizada *Mavi Vatan* (Patria Azul). Esta le concede la prioridad a la seguridad a expensas de la diplomacia –el apoyo de Ankara al GAN lo ilustra perfectamente–.

Libia, empantada en una guerra civil que se eterniza a pesar de las conferencias de alto el fuego (la última tuvo lugar en Berlín en enero de 2020), se presenta como una conquista fácil para una potencia regional determinada. Un “trofeo” que ayudaría al presidente Erdoğan a fortalecer su autoridad (5) sobre una población cada vez más crítica tal como lo demuestra el duro revés del AKP, el partido que lo llevó al poder, en las últimas elecciones municipales de marzo de 2019, en las que la oposición se quedó con los municipios de Estambul y Ankara. Señal de estas dificultades, el AKP sufrió este año dos escisiones que dan muestras de importantes disensos dentro de la misma formación presidencial. Como lo especifica en el sitio Daktilo1984 el periodista turco Fehim Tatstekin: “Las políticas internas y externas de Turquía están entremezcladas. La política exterior le sirve de combustible a la política interior”.

El Sultán de Ankara

A ojos de Ankara, Libia representa también una “base de lanzamiento” para su extensión económica e ideológica a través de la recuperación del control en el África subsahariana de las redes del predica-

dor Fethullah Gülen, ex aliado de Erdoğan hasta el golpe de Estado fallido de 2016. Para establecerse en suelo libio, el presidente turco no desatiende ningún medio: financiero a pesar de su economía vulnerable, humano –esencialmente de los yihadistas que combatieron durante la invasión del Rojava (6)–, y en materiales militares, como la instalación de sistemas antiaéreos MIM-23 Hawk y la utilización de drones Bayraktar TB2 que, según los observadores, marcaron la diferencia en los recientes enfrentamientos con las tropas del ENL.

Hasta el momento, todo parece salirle bien al “sultán de Ankara”. El 27 de noviembre de 2019, con el acuerdo de Faye El-Sarraj, el primer ministro del GAN, rediseñó las zonas económicas exclusivas (ZEE) de la meseta continental libia para que Turquía acceda a bloques de explotación y de prospección del gas natural en el sector oriental del Mediterráneo en zonas que sin embargo están reivindicadas por Chipre y Grecia. Para Ankara, que importa el 84,4% de los combustibles fósiles que necesita, implantarse en Libia, tercer exportador africano de oro negro, le permitiría acceder a sus riquezas en petróleo y gas natural.

En el plano militar, el presidente turco marcó un punto significativo al ayudar a las cuatro grandes milicias que apoyan al GAN a rechazar al ENL, aflojando así el torno que ceñía a Trípoli desde abril de 2019. La huida de las tropas del mariscal Haftar abría así la perspectiva de la reconquista de la ciudad costera de Sirte –donde nació el coronel Muamar Gadafi–, perdida por el Gobierno de Acuerdo Nacional en enero de 2020, y de la gigantesca base aérea de Al-Jufra, en el desierto. No está todavía dicho sin embargo que los aliados de Erdoğan vayan a alcanzar sus objetivos. El 5 de julio pasado, un bombardeo aéreo llevado a cabo por Rafales tomaba como blanco la base de Al Watiya puesta a disposición de Turquía por el GAN. Una acción no reivindicada, en principio atri-

buida a Egipto, cuyos aviones de caza pueden operar desde la base aérea de Sidi Barrani cerca de la frontera libia, después a Francia, que no había dudado, en febrero de 2019, en bombardear a rebeldes tubúes que huían ante el ENL del mariscal Haftar. Por último, la hipótesis de una intervención de los Emiratos Árabes Unidos fue la que venció, pues estos últimos cuentan con una base en Al Khadim en Libia, así como también con un acceso a la de Sidi Barrani en Egipto. En todos los casos, esta iniciativa no pudo haber sido llevada a cabo sin el acuerdo tácito de Rusia. Motivo por el cual Ankara se conformó con protestar y profetizar amenazas sin mayores consecuencias.

Turquía, en efecto, debe tener cuenta de Rusia, el otro protagonista determinante del conflicto. Sin haber formado parte de la devastadora expedición de 2011, Moscú pretende hacer de Libia un nuevo punto de amarre que le permita extender su influencia en el Magreb, en el África subsahariana y consolidar la ya adquirida en Medio Oriente gracias a la crisis siria. Los mercenarios rusos y otros combatientes sirios pro Assad puestos a disposición por Moscú son la ventaja principal de Haftar. Cuando, por una u otra razón, no están en el frente, el mariscal se encuentra en grandes dificultades, como en la derrota en las puertas de Trípoli.

Pragmatismo y cinismo

En el “dossier libio” los rusos actúan con pragmatismo y cinismo. Ayudan a su vasallo pero, dosificando su intervención, se manejan de manera tal que no pueda vencer completamente. Por ejemplo, en julio, aterrizaron unos aviones Mig-29 y Sukhoi-24 en las pistas de Al-Jufrah, a 800 kilómetros de Trípoli. Esta base se encuentra bajo el control de las tropas del mariscal Haftar y la llegada de los cazas rusos es una advertencia directa a Turquía y al gobierno de Trípoli, a quienes les gustaría apropiarse de la misma para avanzar en dirección al Fezán, cuyo subsuelo es rico en

petróleo, en gas natural, en oro, y cuenta con importantes napas freáticas. Sin embargo, la aviación rusa no intervino para impedir la retirada de las tropas del ENL en el mes de junio delante de Trípoli.

Como en Siria (7), los rusos transigen con Turquía, que apoya al bando contrario pero que, al mismo tiempo, constituye un socio económico y un aliado de hecho planteándoles problemas a la OTAN y a la Unión Europea. Lo cual explica por qué este antagonismo nunca se traduce en un enfrentamiento brutal. Una suerte de alianza contradictoria une a Putin y Erdoğan. En los terrenos sirio y libio, sus intereses no siempre coinciden, pero dan la impresión de saber hasta dónde uno y otro pueden ir sin sobrepasar un nivel de conflicto tolerable.

Rusia se adapta perfectamente a los “conflictos congelados”. Ya lo demostró en Ucrania, Georgia, Moldavia. Este dispositivo poco costoso le procura una influencia desestabilizadora y, en el caso de esos tres países, bloquea todas las perspectivas de adhesión a la Unión Europea y a la OTAN. Para Moscú abrir uno más en Libia, durante el tiempo necesario como para hacerse otorgar una cierta cantidad de bases militares –como fue el caso en Siria–, es una perspectiva realista. La búsqueda de una guerra latente, sin vencedor ni vencido, a pesar de las declaraciones conciliadoras de Serguei Lavrov, el ministro de Asuntos Exteriores ruso, es la opción que mantiene el Kremlin.

Por consiguiente, en Libia se perfila una situación “a la siria” con una repartición del país en zonas de influencias, una suerte de condominio turco-ruso determinado a proceder al reparto de los despojos –acaso de manera desigual–. Y no son los recientes llamados de Francia, Italia y Alemania a “terminar inmediatamente y sin condiciones los combates y a suspender el fortalecimiento en curso de los medios militares a lo ancho del país” (8) los que modificarán la situación en un contexto en el que el presidente estadounidense Donald Trump muestra una

particular falta de interés por este dossier. En cuanto a las declaraciones del presidente egipcio Abdel Fattah el Sissi, que reparte una de cal y otra de arena –el 6 de junio proponía una tregua previendo la partida de los “mercenarios extranjeros” y el desmantelamiento de las milicias; el 20 de junio amenazaba con intervenir el territorio con tropas–, no modificarán la situación. La incapacidad de su ejército de ponerle fin a la rebelión en el Sinaí vuelve poco creíbles sus amenazas. Por otro lado, el Parlamento egipcio no autorizó en julio más que un despliegue militar transfronterizo en “un frente occidental” –una referencia a Libia– para oponerse a “las milicias armadas criminales y a los elementos terroristas extranjeros”.

Sea cual sea la evolución de la relación de fuerzas entre turcos y rusos, el futuro de Libia se jugará por fuera de los actores nacionales del conflicto, reducidos al rol de actores secundarios: en la conferencia de Berlín no fueron convocados ni Faye El-Sarraj ni Jalifa Haftar. Pero, sobre todas las cosas, nunca se le pide su parecer al pueblo libio. ■

1. Patrick Haimzadeh, “incertidumbres de la transición libia”, *Le Monde diplomatique*, edición chilena, octubre 2012.
2. Ariane Bonzon, “Le désastreux casting de la France en Libye”, *Slate*, París, 25-6-2020, www.slate.fr
3. “L’embarras de Paris après la découverte de missiles sur un base d’Haftar en Libye”, *Le Monde*, París, 10-7-19.
4. “UN chief expresses shock at discovery of mass graves in Libya”, *The Guardian*, Londres, 13-6-20.
5. Jean Marcou, “El cambio estratégico de Turquía en Medio Oriente”, *Le Monde diplomatique*, edición chilena, abril de 2017.
6. Mireille Court y Chris Den Hond, “Rojava, el futuro en suspenso”, *Le Monde diplomatique*, edición chilena, marzo de 2020.
7. Akram Belkaïd, “Los dueños del juego en Siria”, *Le Monde diplomatique*, edición chilena, diciembre de 2019.
8. Comunicado común del 25-6-20.

*Escritor, miembro del comité de redacción de *Orient XXI*. Última novela publicada: *Retour à Kobané*, Éditions A-Eurysthée, Jongny (Suiza), 2018.

Los Libros de la Radio que piensa



EDGARDO ENRÍQUEZ FRØEDDEN
TESTIMONIO DE UN DESTIERRO
Jorge Gilbert Ceballos

Ediciones Radio Universidad de Chile presentará el libro “Edgardo Enríquez Frøedden, testimonio de un destierro” de Jorge Gilbert.

Las transcripciones textuales a largas conversaciones entre el autor y Edgardo Enríquez, los silencios, los olvidos, nos invitan a vivir de manera íntima procesos históricos fundamentales sucedidos en el Chile previo a la dictadura.



CANTO UNIDO UN ENCUENTRO AMERICANO
David Spener

Un relato en profundidad de la vida de cuatro importantes artistas, sus historias, anécdotas y los testimonios de quienes los conocieron. Violeta Parra, enmarcada en el clima social de su época. Une al relato de la chilena, la historia de Woody Guthrie, músico estadounidense, que nos muestra notables coincidencias. Otro tanto sucede con Víctor Jara y Phil Ochs, personajes que llegan a conocerse durante el Gobierno de la Unidad Popular. Al igual que Guthrie y Violeta, el lector puede apreciar con claridad la similitud entre las miradas de Jara y Ochs sobre la realidad que les tocó vivir.



BUENAS SEÑALES (PARA UN BELLO SINO)
Sergio Jara (Argo Jera)

“Una vez iniciada, es difícil distraerse de la lectura de este conjunto de crónicas, que nos llevan por una ruta que cruza distintos ámbitos de la vida. La del autor, claro está, pero también la del lector. Reflexiones sobre política, amor, libros, música, amistad, viajes; mas recuerdos plagados de anécdotas que, sin embargo, trascienden con mucho lo meramente anecdótico...” “En más de algún pasaje, de pronto, inevitablemente se transportarán a momentos de la propia existencia, haciéndolos viajar hasta ese episodio vivido años ha, y que parecía irremediamente olvidado...”



LA POLICÍA EN DEMOCRACIA
Sebastian Roché

Sebastián Roché ha recogido el fruto de varios años de trabajo de campo y múltiples estudios comparados para intentar comprender de mejor manera la relación entre la policía y el público. Los gobiernos de los países que no han sabido adaptar sus policías al giro democratizador, enfrentan con mayor dificultad su relación con la ciudadanía. El interés de este análisis para América Latina es evidente. Los sistemas policiales de Francia y Chile comparten una tradición jerárquica y centralizada de escasa transparencia. La policía es, ante todo, una institución al servicio de la comunidad.

Ediciones Radio Universidad de Chile presentará el libro

102.5 FM
Adquiéralos en:
Miguel Claro 509
Providencia

Una patología grave que afecta sobre todo a mujeres jóvenes en los entornos privilegiados

La anorexia mental: Una enfermedad de clase

por Claire Scodellaro*

Las desigualdades sociales frente a la salud se establecen generalmente en detrimento de los hombres de clases populares. La anorexia mental es una de las raras excepciones a esta regla: este trastorno muy grave del comportamiento alimenticio afecta bastante más a las mujeres jóvenes originarias de entornos acomodados. Expuestas a normas de delgadez más estrictas, tienden a pensar que pueden controlar mejor su destino social, y entonces su peso.

Raramente una enfermedad golpea tan poco al azar: entre 90 y 95 % de las personas afectadas por anorexia mental -este trastorno del comportamiento alimentario que se manifiesta por una privación estricta y voluntaria de comida durante varios meses, o incluso años- son mujeres. Un desequilibrio tan importante entre los dos sexos solo se registra respecto al cáncer de la mama (1% de los enfermos son hombres) o... las afecciones de los órganos genitales. Otra singularidad: la composición social de la población afectada. Mientras la distribución de los riesgos respecto de la salud generalmente se establece en detrimento de los entornos populares, se observa lo contrario en el caso de la anorexia mental. Así, las hijas de clases altas (padres ejecutivos, ejerciendo una profesión liberal o jefes de empresa) tienen 1,6 posibilidades más de estar afectadas que las hijas de obreros y las hijas de clases medias (profesiones intermedias, empleados) 1,3 veces. Finalmente, el perfil según la edad se diferencia de otros trastornos mentales: la anorexia raramente empieza después de los 25 años, y la probabilidad de que surja disminuye con la edad, mientras que la depresión sigue siendo frecuente en la edad adulta.

Presentada en 2010 por la Alta Autoridad en Salud de Francia como “un reto de salud pública importante, insuficientemente considerado en nuestro país” -por falta de medios dedicados a su prevención-, la anorexia mental estaría en clara progresión. Vigente desde el 2017, una ley apuntó a atacar las causas sociales de este flagelo que, según el último estudio disponible, publicado en 2008, afectaba alrededor del 5% de las jóvenes francesas de 17 años. Se enfoca especialmente en la moda y la publicidad, y apunta, entre otros, a proteger la salud de los modelos. ¿Pero atacar a los sectores que propagan representaciones del cuerpo femenino patógenas permitirá hacer retroceder la anorexia? Sin duda no tanto como se esperaba. Las causas sociales de esta enfermedad se encuentran más bien en las revistas de papel satinado; mientras que la población en su conjunto está expuesta a las mismas imágenes de cuerpos delgados, la probabilidad de enfermarse varía de manera considerable de un individuo al otro, entre otros, según su entorno social.

Los factores al origen de la anorexia son múltiples e interaccionan con el camino de cada uno: disfunciones del sistema nervioso, configuraciones familiares y psicológicas, eventos estresantes. El perfil sociodemográfico que se puede dibujar, revelador de una verdadera enfermedad de clase, no deja de sorprender. Sobre este punto, rara vez comenta-

do por profesionales de la salud, la sociología y la historia de la medicina aclaran el tema.

Pasatiempos de la burguesía

En los tratados de medicina, el diagnóstico de “anorexia mental” aparece, y se precisa, durante la segunda mitad del siglo 19. Las restricciones alimentarias durables (que pueden llegar hasta un ayuno total y no se pueden explicar por problemas de digestión) se constituían al principio como el síntoma principal. El médico francés Ernest-Charles Lasègue, como su colega William Gull por el otro lado del Canal de la Mancha, notan que la inanición paradójicamente suele venir con una energía desbordante. “*Lejos de quitar las fuerzas musculares, la disminución de la comida tiende a aumentar la aptitud al movimiento, nota Lasègue. La enferma sigue sintiéndose cada vez más activa, más ligera, monta a caballo, emprende largas carreras a pie, recibe y da visitas, y tiene una vida social extenuante, sin tener el desánimo por lo cual se hubiese quejado antes*”. Las primeras descripciones clínicas de Lasègue destacan la predominancia de las jóvenes siendo las más afectadas, y las ocupaciones de sus pacientes evocan los pasatiempos de la burguesía, a la cual pertenecen. Unos años más tarde, el neurólogo Jean-Martin Charcot (1883) y otros médicos europeos empiezan a mencionar síntomas que se volverán centrales en el diagnóstico de la anorexia mental: la fobia a subir de peso y la convicción de ser demasiado gorda.

¿Se debe concluir que esta patología nació al fin del siglo 19? ¿O sólo se trata de una etiqueta médica relacionada con prácticas más antiguas? Sin duda, las prácticas de ayuno prolongado no nacieron ayer. La hermana dominicana Catherine de Sienne (Catalina de Siena) (1347-1380), canonizada en el siglo XV, ya se privaba de comida hasta el agotamiento. Pero estas restricciones alimentarias tenían que ver con un razonamiento místico, lo que ya no era el caso a fines del siglo 19. El ayuno está entonces motivado por una búsqueda de distinción social: la silueta de la mujer burguesa debe ser delgada, el sobrepeso se convierte en el atributo de las clases populares a medida que las hambrunas retroceden. La psiquiatría, en pleno auge en la época, forja un nuevo vocabulario médico desde los casos más extremos.

Un siglo y medio después, la valorización de la delgadez en la sociedad francesa presenta huellas de este desarrollo histórico. Según un estudio de 2008 sobre 40.000 adolescentes de 17 años, las jóvenes aspiran a una corpulencia debajo de los umbrales médicos de flacura: una chica que mide 1,70 metros considera que su peso es bueno cuando pesa 52 ki-

los, mientras sería considerado como normal si pesara entre uno y veinte kilos más. El peso ideal se encuentra en un nivel aún más bajo entre las jóvenes de clases altas profundizando la diferencia con las de clases populares.

El contraste con los muchachos es doble: no solo encuentran que es mejor tener una corpulencia más alta (su peso promedio ideal por 1,70 metro es de 62 kilos, es decir 10 kilos más que para las muchachas), sino que su origen social no tiene casi ninguna influencia sobre esta apreciación. En otras palabras, las representaciones del cuerpo perfecto distinguen socialmente a las chicas, pero no a los chicos. También es el caso de las corpulencias reales, las cuales varían poco entre los chicos según su origen social, pero mucho entre las chicas. Estas diferencias ilustran cuánto, para las muchachas, la delgadez tiene un valor social, que las sitúa en una doble jerarquía. Para sintetizar, sobresale al mismo tiempo como una señal de inferioridad de las mujeres respecto de los hombres y de superioridad de las mujeres de clases acomodadas sobre las originarias de entornos populares.

Excelencia social

Las adolescentes se preocupan particularmente por tener un cuerpo (muy) delgado, a una edad en la cual no pueden sacar prestigio social de las características que clasifican habitualmente los adultos (sueldos, profesión, etc.). Esto podría explicar el desencadenamiento muy frecuente de la anorexia a una edad joven y el hecho de que esté asociada a menudo con otros comportamientos. Como lo demostraron los trabajos de la socióloga Muriel Darmon, delgadez y resultados escolares forman parte de una misma búsqueda de excelencia social, en la cual las chicas están más involucradas que los chicos, en particular dentro de las clases altas. No es sorprendente entonces que las clases preparatorias a las grandes escuelas y universidades cuenten con regularidad con alumnas padeciendo de anorexia.

Símbolo de éxito social, la delgadez es raramente percibida como un regalo de la genética, sino como un bien adquirido al controlar su alimentación y, más específicamente, sus impulsos hambrientos. Es más, la delgadez simboliza el control sobre sí mismo, descrito como típico de las prácticas anoréxicas, primero por las personas afectadas. “*Se en-*

contraba cada vez mejor, más ligera, más pura también”, escribe la novelista Delphine de Vigan en *Días sin hambre*, un relato autobiográfico en la tercera persona. “*Se hacía más fuerte que el hambre, más fuerte que la necesidad. Cuanto más adelgazaba, más buscaba esa sensación para dominarla mejor*”.

Lo que uno presenta como una voluntad patológica de control propio de un individuo podría en realidad echar raíces en una relación con el mundo socialmente modelada. En efecto, se les enseña a las chicas a “portarse bien”, a “hacerse responsable de su vida”, a “no dejarse llevar”, cuando a los hombres les tocaría el privilegio de controlar al prójimo. Tantos imperativos que se observan más específicamente entre las clases medias y altas, más propensas que las clases populares a creer en la posibilidad de dominar su destino social. Este requerimiento de control podría predisponer a los trastornos del comportamiento alimentario al constituir una reserva de prácticas a la cual recurrir para enfrentar situaciones de estrés o eventos dolorosos, de la misma forma que con el consumo de alcohol u otros productos psicoactivos.

A lo largo de sus vidas, las mujeres experimentan requerimientos difícilmente conciliables: tener “formas femeninas” pero sin celulitis, cuidar de su aspecto pero sin ser “superficial”, controlar su hambre mientras están preparando la cena familiar, liberar su cuerpo pero protegerlo para los embarazos, dar el pecho cuando sea necesario pero seguir trabajando, etc. Estas exigencias tiránicas, que varían según la edad y el entorno social, constituyen el telón de fondo sobre el cual prospera la anorexia mental. A medida que va ganando terreno la enfermedad, paradójicamente el control se vuelve incontrolable. La impresión de dominio del cual gozan las jóvenes al ver bajar la balanza se hace tan indispensable que ya no logran alcanzar un peso normal. Su riesgo de muerte prematura sube entonces muy encima del resto de la población, por culpa de los suicidios o de las complicaciones que pueden generar episodios de ayuno estricto. Y es así que se vuelven las normas sociales un asunto de salud pública. ■

*Profesora de Demografía en la Universidad París 1 Panthéon-Sorbonne, investigadora asociada al INED.

Traducción: Caroline Chambon

Dos por ciento de las mujeres afectadas

¿Cómo pueden los médicos diferenciar comportamientos normales y comportamientos patológicos cuando se trata de delgadez? Las publicaciones de medicina, como la *Guía diagnóstica y estadística de los trastornos mentales* (DSM) de la Asociación americana de psiquiatría, suman a las manifestaciones subjetivas de la anorexia mental un criterio de peso. Así, una mujer adulta que mide 1,64 metros y pesa 49 kilogramos está considerada en bajo peso, porque su índice de masa corporal (IMC), lo cual relaciona el peso con la estatura al cuadrado, es bajo 18,5 kg/m². Si esta mujer se percibe sin embargo como demasiado gorda, es posible que presente una anorexia mental subsindrómica. La anorexia será sin duda confirmada si ella pierde 4 kilogramos (es decir un IMC inferior a 17 kg/m²) y que se niega a subir de peso.

En Europa y en EEUU, alrededor de 2% de las mujeres están afectadas durante su vida, por menos de 0,1% de los hombres. En Francia, en 2008, 1,4% de las chicas con 17 años ya habían presentado síntomas de anorexia caracterizada, y el 3,3% síntomas más leves de anorexia subsindrómica. Las frecuencias eran respectivamente del 0% y del 0,1% entre los chicos de esta edad. Ningún estudio ha sido capaz de concluir formalmente sobre una multiplicación de los casos durante los últimos veinte años.

Cine con reminiscencias de la Guerra Fría

El mundo según James Bond

por Aliocha Wald Lasowski*

Ícono pop y glamour de la cultura moderna, el personaje de James Bond fue creado por Ian Fleming en 1953, en Goldeneye, su residencia jamaicana. Periodista de la agencia de prensa Reuters, luego cambista de un banco de inversiones, Fleming, nacido en 1908, fue reclutado por el servicio de inteligencia británico durante la Segunda Guerra Mundial. Inspirándose en su propia experiencia como agente de enlace se lanzaría luego a escribir novelas de espionaje. Escrita en dos meses y publicada por un editor londinense, *Casino Royale*, primer episodio literario de la saga, fue adaptada para la televisión estadounidense por el canal CBS en 1954, con el actor Barry Nelson, luego adaptada para el cine en 1967 en una parodia firmada por John Huston con el dúo David Niven/Peter Sellers, y finalmente en el vigesimo-primer film de la saga en 2006, que relanzó la serie con Daniel Craig, a la fecha el último actor en el papel protagónico.

La novela *Casino Royale* presenta al personaje de 007, agente secreto del MI6, el servicio de inteligencia británico -algunos años más tarde, John Le Carré también instalará allí a sus espías, pero en un estilo totalmente distinto...-. Para crear a su héroe, Fleming se inspira en dos géneros tradicionales. Por un lado, la investigación policial estadounidense del período de entreguerras, el relato *hard-boiled* de detective privado "duro de roer", del cual *El halcón maltés* (1930) de Dashiell Hammett es el primer modelo. Por otro lado, la novela de aventuras geopolíticas inglesa, que, como *Los treinta y nueve escalones* (1915) de John Buchan, disfruta evocando la amenaza que ejercen sobre el país los complots de peligrosas sociedades secretas. Con doce novelas y dos compilaciones de *nouvelles*, Fleming va a imponer a su (súper) héroe, aventurero sin miedo y seductor irresistible.

James Bond tiene todo para conformar el símbolo perfecto de la Gran Albión, desde el punto de vista de la *upper class* ("clase alta"). Ex alumno del colegio Eton, escuela de la elite fundada por el rey Enrique VI, tiene el grado de *Commander* de la Navy (Marina) y posee el título de Caballero de la Orden Militar de San Miguel y San Jorge. La película *Al servicio secreto de Su Majestad* revela su escudo de armas: descende del baronet de Peckham, sir Thomas Bond, muerto en 1734, y su divisa familiar en latín es *Orbis non sufficit*, "El mundo no alcanza". Su nombre es un collage entre Bond Street, calle de la alta costura y de las galerías de arte de Londres, y de St James's Street, en Piccadilly, que cuenta con el club de *gentlemen* más antiguo de la capital.

La primera escena en la que aparece en la pantalla en *El satánico Dr. No* transcurre en el Círculo de los Embajadores, un salón de juegos privado de Londres. Chic y desenvuelto, moviéndose entre los dispositivos tecnológicos y los efectos especiales, el esmoquin siempre impecable, Bond parece un cliché inalterable, mundano y jugador. Sin embargo, cada uno de sus intérpretes le aporta su toque personal, ligado a su propio recorri-

do: así, con el escocés Sean Connery, surgido de la clase obrera, primero marinero, luego repartidor o albañil, 007 representa el éxito y el triunfo. A la inversa, el inglés Roger Moore adopta el estilo aristocrático. Su humor excéntrico pone en ridículo el espíritu de los serios, se burla de sí mismo y de las convenciones. El galés Timothy Dalton americaniza el personaje. Su 007 corresponde a los códigos del liberalismo económico y a la globalización de los años 1980... En cuanto al último intérprete, Daniel Craig, conjuga proezas físicas y melancolía inédita, para un héroe sombrío y frágil... Pero en todas sus variantes, Bond es la personificación de la integridad del sujeto británico y de la lealtad hacia la Corona.

Pérdida de influencia

En sus misiones despliega a menudo la Union Jack (la bandera del Reino Unido): en un paracaídas en *La espía que me amó*, en un globo aerostático en *Octopussy*, o una escotilla de submarino en *Una vista para matar*. Lleva orgullosamente por todas partes del mundo los colores de Gran Bretaña, a lo largo de acciones inscritas en la situación geopolítica de la época. Al momento del estreno de la primera película, el 5 de octubre de 1962, el Kremlin pone en marcha la operación militar Kama, el envío de submarinos soviéticos en dirección a Cuba, a una distancia muy próxima de la Florida. El navío estadounidense *Yerkon* detecta esta actividad y enseguida le advierte al Pentágono. El film cuenta que el servicio secreto británico protege Cabo Cañaveral de una amenaza proveniente de la isla caribeña del Doctor No, y la realidad no está muy lejos: la crisis de los misiles ocurre entre Nikita Jrushchov y John Fitzgerald Kennedy. Con una diferencia, la ficción le concede el lugar del héroe a la diplomacia británica y compensa, en la pantalla, el declive de Londres en la escena internacional.

En efecto, el escenario en el que opera Bond es un universo en el que Gran Bretaña intenta conservar su prestigio, a pesar de su pérdida de poder, o incluso el fin de su Imperio, su relegación al segundo plano por parte de Estados Unidos, del cual se vuelve el auxiliar. Bond realza la imagen de la política británica, frente a un mundo que se transforma: en 1962, año del primer film, la Convención de las Bahamas y el Acuerdo de Nassau sellan la "atlantización" y la afiliación de Gran Bretaña con Estados Unidos. Un nuevo duro golpe, siete años después de la dimisión de Winston Churchill, la disolución de la joven Federación de las Indias Occidentales, que reagrupaba la mayor parte de las colonias británicas en las Antillas, Jamaica, las islas Caimán, Trinidad y Tobago. En las películas, las intervenciones de Bond al servicio de Inglaterra durante la Guerra Fría y sobre un fondo de independencia de sus colonias es una respuesta a la duda que gana el corazón de los británicos, cercana a la declaración del ex secretario de Estado estadounidense Dean Acheson: "Gran Bretaña perdió un Imperio y todavía no

encontró un rol". Bond, *gentleman* irónico, va a consolar al Reino Unido por su pérdida de influencia...

Si a lo largo de 60 años y 25 películas representa el modelo fantasmático del éxito de las normas occidentales, de 1960 a 2020, no por eso deja de evolucionar. Ciertamente, sigue siendo un emblema "british", lo cual señala sobre todo su sombrero, que lleva desde el comienzo, desde su entrada a Universal Exports Ltd, la empresa comercial que le sirve de fachada al MI6. Pero acompaña el espíritu de la época. A partir de 1967, entre Guerra de Vietnam y movimiento hippie, cambia un poco. Su identidad se abre a lo que más tarde se llamará la alteridad en *Solo se vive dos veces*, cuyo guion escribió Roald Dahl, el autor, entre otros libros, de *Charlie y la fábrica de chocolates*: llevado por el movimiento del mundo y el recibimiento de la multiplicidad de culturas, entra en una poética de la hibridación y de la transformación de sí. Lejos del Big Ben y del Támesis, se metamorfosea en ciudadano poscolonial, sensible a la cultura japonesa. Revelándose como portador de un título en lenguas orientales por la Universidad de Cambridge, James Bond parte hacia Tokio. Sutil conocedor de las artes asiáticas, impresiona al jefe del servicio secreto japonés Tigre Tanaka, por su conocimiento dominio del sake caliente *daiginjo*, su familiaridad con los proverbios nipones, su comodidad en su nuevo entorno. Su metamorfosis se opera en tres tiempos: en un palacio adornado con flores, su transformación es en principio física. Acostado en una camilla de operaciones, antes de vestir un kimono dorado, el cuerpo, el pelo y las cejas modificadas, abandona su ser británico y "deviene" japonés. La segunda etapa es atlética y mental: el héroe abandona la sofisticación occidental de los dispositivos *high tech* de Q -el responsable de la sección de investigación y desarrollo del MI6- y aprende el manejo de las armas tradicionales, *sansatukan shureido* y *shuriken*. Finalmente, la última etapa es cultural y amorosa. Bond se casa en un templo siguiendo estrictamente la costumbre: se enlaza a Kissy Suzuki, después de la lectura de la oración, el canto y el ritual de purificación. Vestido con ropa de pescador, se instala en la pequeña isla de Matsu con su esposa, en el centro de un archipiélago volcánico. En *La espía que me amó* (1977), se transforma en beduino y se lanza a una silenciosa travesía por el desierto. En *Su nombre es peligro* (1987), monta a caballo, tocado con el turbante de los mujaidines en las montañas afganas, e incluso su nombre se transforma. Mientras usa un documento falso, se sovieta y se vuelve Jerzy Bondoy.

Espía en la Guerra Fría

Fleming abrevó en la imagen de espías famosos, como el elegante Sidney Reilly, nacido en Ucrania, eficaz agente anticomunista, el aviador canadiense William Stephenson, el muy *smart* Wilfred Dunderdale, aficionado a las mujeres bonitas y miembro de la alta sociedad, o incluso del oficial naval Patrick Dalzel-Job,

conocido por un sonoro acto de desobediencia humanista durante la guerra, y a quien Fleming parece haber frecuentado. Pero es posible que quien le sirviera de verdadera inspiración no haya sido inglés sino serbio: el enigmático dandy Dusko Popov, nacido en 1912 en Voivodina, aficionado a las bebidas alcohólicas y a los casinos, a los hoteles de lujo y a los autos deportivos. El playboy Popov es un (doble) agente yugoslavo, cuyo seudónimo es Triciclo. Durante la guerra, les informa a los ingleses de las acciones de los alemanes. Incluso intenta advertirle a John Edgar Hoover acerca del ataque inminente a Pearl Harbor, pero el jefe del FBI no le cree. Fleming lo conoce en 1941, en Estoril (Portugal), y queda bastante impresionado por su sangre fría luego de un engaño durante una partida de bacará, como para volverlo el modelo de su Bond. Lo cual, en su autobiografía, Popov considerará como un "insulto a su inteligencia"...

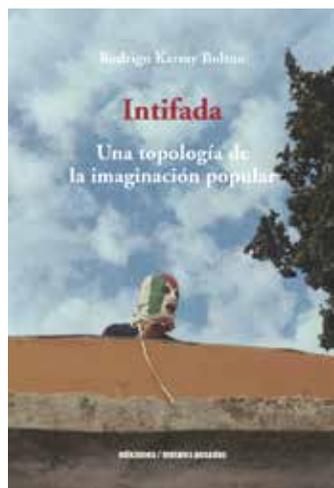
La geopolítica de Bond

Como destacaba Umberto Eco, es difícil negar que Fleming en sus novelas "profesa un anticomunismo visceral" (1). Sin embargo, las películas son desde ese punto de vista sorprendentes. En ocasiones, Bond termina acercándose más al servicio secreto soviético que al estadounidense. Con el paso del tiempo, la complicidad geopolítica entre Londres y Moscú se vuelve manifiesta, Bond prefiere trabajar con los agentes soviéticos, y superar el antagonismo clásico de la Guerra Fría: se asocia con la mayor Anya Amasova de la KGB en *La espía que me amó*, con la espía Pola Ivanova en *Una vista para matar* (1985), o con el general Gogol en *Octopussy* (1983). La KGB y el MI6 son aliados, mientras que al aliado natural, la CIA, a menudo queda ridiculizada, en los rasgos del torpe, indiscreto y algo ingenuo Felix Letier. El contraste entre realidad y ficción es a veces flagrante: en 1984, bajo pretexto de defender los intereses de su país, Ronald Reagan emprende una guerra sangrienta en Nicaragua contra el gobierno socialista sandinista. En el mismo momento, en las pantallas, en *Una vista para matar*, James Bond es condecorado con la orden de Lenin por el general Gogol, el jefe de la KGB. Esta nueva amistad anglo-soviética permite luchar contra el enemigo de todos los pueblos, la organización criminal internacional SPECTRE. Al dejar de lado los desafíos estratégicos de su facción para aliarse con el enemigo del mundo libre para enfrentar un peligro global y común, Bond implanta la eficacia de su *soft power*: la grandeza británica sabe superar la defensa de los intereses propios, para elevarse a la defensa de la humanidad... ■

1. Umberto Eco, "James Bond, une combinatoire narrative", *Communications*, N° 8, París, 1966.

*Autor de *Les cinq secrets de James Bond*, Max Milo, París, 2020.

Traducción: Aldo Giacometti



Intifada Una topología de la imaginación popular

Rodrigo Karmy Bolton
Ediciones Metales Pesados, 2020, 336 pp.

Rodrigo Karmy nos propone reflexionar sobre la lucha del pueblo palestino en las últimas décadas. El libro se inicia invitándonos a pensar, a la luz de las Intifadas, en “una teoría de la sublevación”, y se pregunta “¿Qué es la intifada?” y nos entrega su primera respuesta: es su misma consigna, “El pueblo quiere la caída del régimen”.

Este trabajo de filosofía de la política se ordena en cuatro capítulos que van profundizando en los argumentos filosóficos. En el primero nos presenta el imaginario colectivo de las insurrecciones en el mundo árabe, con un interesante trabajo de filosofía de la literatura y el cine, que inicia analizando una escena de “Intervención divina” del cineasta Elia Suleiman, que nos muestra el impacto cultural de la sublevación del pueblo en toda la región árabe. El segundo, avanza una reflexión respecto a los problemas teóricos que dejó el largo proceso insurreccional. Para abordarlo, discute ensayos de Walter Benjamín, Furio Jesi, Giorgio Agamben, Michel Foucault y Achille Mbembe, relacionando estas perspectivas, en un contrapunto, con el poder y la violencia en la filosofía oriental clásica. Este capítulo culmina con su reflexión acerca del “martirio” en la poesía de Mahmud Darwish: “Los mártires son salvos. Han sobrevivido a una muerte que jamás merecieron”.

El tercer capítulo aborda el proceso histórico mismo. “A pesar de la supuesta derrota, la Intifada fue una experiencia por la que los palestinos de los Territorios Ocupados movilizaron las fuerzas locales, coloniales e internacionales”, y lo culmina debatiendo con Alain Badiou acerca del significado de la sublevación palestina. Para, finalmente, en el cuarto, entregar su respuesta a las preguntas del texto, revisando la “idea cosmopolita” de Immanuel Kant y las posteriores críticas de Martin Heidegger y Hannah Arendt.

El autor afirma que “Nuestra época fue la de los tiranos, la Intifada inaugura la de la insurrección”. Para Karmy una revuelta trae consigo un comienzo en el que podemos volver a imaginar otra época histórica. Sin *Intifada*, no sólo nos podemos quedar sin futuro, y sin pasado, sino sobre todo seríamos despojados del fragor de un presente, pues “la Intifada es el momento en que la multitud se aferra al presente”.

Son poco frecuentes los trabajos de filosofía de la política en nuestro medio. Y aquí estamos frente a un libro que reflexiona acerca de una historia profundamente humana que, por cierto, debía ser contada. Es un conflicto que está vigente, no resuelto, y vale la pena analizar hechos políticos tan relevantes. Me quedo con su seria reflexión acerca de la insurrección árabe y su crítica filosófica a la mirada cosmopolita clásica. Un libro provocador y necesario. ♦

Gonzalo Rovira

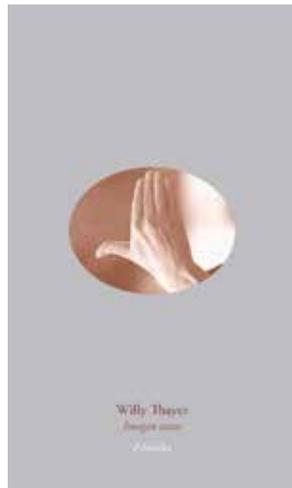


Imagen exote

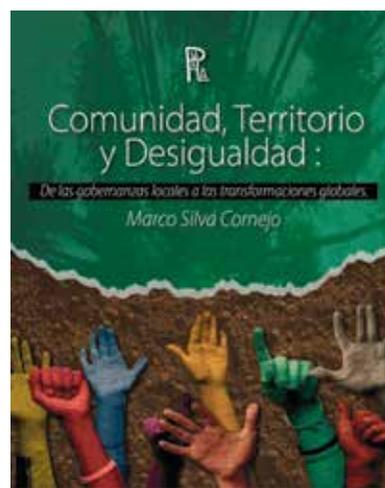
Willy Thayer
Palinodia, 2019, 102 páginas.

“Exote” es un término que Thayer recoge de la poética de Raúl Ruiz, y que éste ha tomado primero del etnólogo Víctor Segalén (*Essai sur l'exotisme*, 1978 [1914]). Aproximativamente se podría decir que por exote debemos entender “ningún lugar”, un “afuera de” que no implica estar en alguna otra parte, un fuera del mundo que no supone el arribo a –ni la fundación de– uno nuevo. “Temo que después de todos estos años me he convertido en un *exote*”, dice Ruiz. Pero no hablamos de algún tipo de marginalidad social, no es ese el sentido primero, sino de una forma de habitar lo real, de una disposición ante las cosas, un habitar afuerino que “se parece mucho al habitar del arte”, sostiene Thayer inaugurando el libro.

Pero tampoco se trata de un desarraigo doliente, no es el exilio y su nostalgia: “llega un momento en que estás fuera de todos los países, y... estás feliz”. Pero aquí el viaje y la figura de quien deviene un exote sirve más para graficar que para dar contenido, pues, según nuestra lectura, a lo que refiere el libro es al pensar, porque el arte en primer lugar piensa, y quien verdaderamente piensa participa de ese habitar. Quien piensa debe abandonar sus iniciales certezas (pero también gustos e inclinaciones) quedando suspendido/a (“en suspenso”) largos lapsos, o quizá por siempre (extraviando el tiempo). Quien piensa es también un exote: habita en ese ningún lugar, en ese afuera del sentido común, de los clichés, acuerdos y tomas de partido disponibles, y habla desde la distancia. No tiene ya un lugar, pero si una disposición (no un compromiso, porque no se obliga, pues es feliz).

Pero Thayer nos señala que el mismo Ruiz considera en su poética la existencia de un otro “ninguna parte”, uno que descubre en la “imagen utópica”, es decir en esas imágenes limpias, universales, sin costuras ni huellas que fabrica la industria (el cine, la publicidad, la televisión, el entertainment) gracias a unos medios técnicos que han creado sus propios fines: esas imágenes no fueron queridas “limpias”, sino que fueron posibles y luego deseadas. Particularmente el cine de Ruiz, pero también el trabajo de los otros dos artistas que aborda este libro (Eugenio Dittborn y Nury González), contraponen la imagen exote a esta imagen utópica y abstracta. De aquí la incomodidad o aburrimiento que puedan causar al espectador común: “el proyectil desestabilizante que Ruiz dispara sobre la percepción esquematizada del espectador hace que su cine raye en lo insoportable” (p. 63). El trabajo de Ruiz, en efecto, apostó por una suerte de contra-cine, en donde lo utópico-universal no era neutralizado por lo identitario local (otra utopía a escala), sino por la exposición de una especie de heterogeneidad constitutiva y por aquella nunca determinada imagen de nuestra particularidad. ♦

Pablo Aravena Núñez



Comunidad, Territorio y Desigualdad

Marco Silva Cornejo
Editorial La Pala, 2020, 107 páginas.

Comunidades, territorios y desigualdades es un relato vivo que al mismo tiempo es un diagnóstico narrativo de la situación que vive Chile en los últimos 30 años. Es con su ritmo y su prosa, un ejercicio reflexivo donde el malestar de una sociedad sumida en el desconcerto, se puede ver reflejada, sin pretensiones academicistas, ni excesivas alusiones a datos y conteos, es un texto profundo y de evidente espíritu crítico. Es, como su autor, una combinación de prosa poética con crónica política, pero contiene en sus matices y recovecos el deseo no sólo de evidenciar las razones del malestar estallado el 18 de octubre de 2019, sino además la esperanza de proponer una alternativa de organización social comunitaria sólida, que se sostenga en la participación de sus ciudadanos, donde la imposición de las lógicas del mesianismo, den paso a la consideración de los afanes, necesidades y exigencias de las personas vinculadas a los territorios específicos en que se busca plantear alternativas de gobernanza.

Este libro nos conduce hacia la deliberación como herramienta de transformación, nos lleva a comprender que la única alternativa ante los abusos, es la cooperación comunitaria, la participación en los territorios que se habitan, y la obligación de nuevas “autoridades” comprometidas con procesos de cambio horizontales, integrativos, y con firme y continua incidencia de quienes forman parte de las comunidades y territorios históricamente abandonados por la elite política y económica.

Marco Silva muestra una sensibilidad con estos cambios que no deriva de un oportunismo post estallido, sino que habla de una visión compartida, que con el tiempo, y aunque instalada a través de la radicalidad de lo que implicó este proceso, hoy parecen más sensatas que nunca. Marco, en sus columnas en *Le Monde Diplomatique* y *la Pala.org* y en sus anteriores publicaciones trae consigo esta reflexión crítica, y los acontecimientos derivados del 18O sólo vienen a confirmar una perspectiva que tanto como ciudadano, intelectual y activista, viene históricamente desarrollando.

Esperamos que se ponga atención a este trabajo, y se considere esta apuesta como un paso adelante en la forma de comprender éticamente el trabajo político con las personas, las que a su vez, debemos comprender la importancia de los procesos de impugnación ante quienes reproducen los abusos y las desigualdades. En este punto, entonces, los territorios locales, la participación efectiva, y la conformación de comunidades, no sólo tiene un importante lugar, sino que debe ser la base de la construcción del nuevo mundo del que somos testigos, y principales albañiles. ♦

Claudio Benavides Riquelme

38 cifras que definen Chile

Observatorio de Políticas Económicas (OPES)
Colaboración de FES
Santiago de Chile 2020, 91 páginas



“Cambiar el modelo” es el eje que atraviesa este útil libro que ofrece cifras actualizadas de la economía chilena. La publicación es una herramienta de trabajo para

quienes necesitan tener datos duros a mano, pero también es un instrumento educativo para comprender la dinámica del modelo neoliberal. En ese sentido, también es un libro -que se irá actualizando y ampliando según promete sus autores- a tener en cuenta a la hora de hacer propuestas transformadoras.

Historia social de la educación chilena

Tomo 5

Ediciones Universidad Tecnológica Metropolitana (UTEM), septiembre 2020.



El tomo 5 de esta colección se inserta en el período histórico calificado como Estado Docente con crecientes niveles de responsabilidad en sus aulas: Chile desde 1920 a 1973.

En este lapso el eje central de la política pública reconoció el derecho de los grupos más pobres y medios a educarse, el cual debía ser garantizado por un sistema preferentemente sostenido por el Estado.

El presente volumen centra su mirada en pensamientos, pensadores y demandas educativas elaboradas por un conjunto heterogéneo de actores y actrices del sistema, tanto de grupos medios como sujetos subalternos. Los escritos abordan pueblos originarios, mujeres, docentes, demandas regionales y propuestas culturales críticas, dando vida a las diversas voces que componen la historia social de la educación chilena.

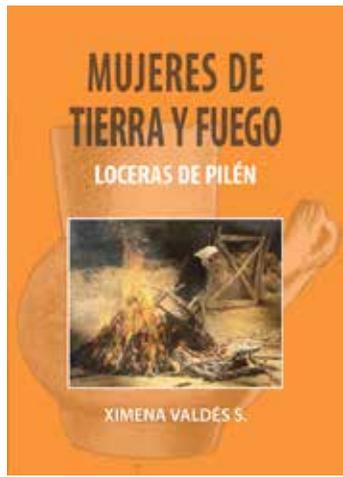
Vida y muerte del Chile Popular

Alain Touraine
Editorial Usach, 2020, 272 páginas.



Publicado en Francia en 1973, y en México en 1974, el libro aparece por primera vez en Chile en el marco de los 50 años de la llegada de la Unidad Popular al gobierno.

En este “diario sociológico”, el autor actúa como un testigo de la época constando y reflexionando sobre la profunda fractura de la sociedad chilena y su sistema político: el surgimiento de los cordones industriales, el paro de los transportistas, la debacle económica, las protestas en la calle, la resistencia del Congreso al gobierno de Allende, el ingreso de los militares al gabinete. Un sinfín de acontecimientos durante las semanas previas y posteriores al golpe de Estado.



Mujeres de tierra y fuego
Loceras de Pilén

Ximena Valdés Subercaseaux.
CEDEM, Santiago, 2020, 118 páginas

El oficio más antiguo del mundo de las mujeres: “locear” en el espacio doméstico abierto al vecindario y la red de parientes para fabricar distintos tipos de piezas, sino además acerca de la movilidad de las mujeres en el entorno local y fuera de la aldea para negociar e intercambiar su loza por alimentos, –el trueque, conchavo y el chaveleo de loza–. es la primera actividad productiva de las mujeres, y de intercambio en la humanidad. Como nos dice la autora de este libro: Jarros, ollas, callanas y vasijas han ido de la mano de la historia de la humanidad. La transformación del barro en recipiente –fuego mediante– constituye una de las expresiones materiales de la cultura que en muchas comunidades y sociedades ha estado en manos de mujeres. Objetos de nuestro vivir cotidiano, sin los cuales la alimentación, esencial a la vida no sería posible, producidos y usados mayoritariamente por mujeres, que históricamente fueron las inventoras primarias de los mismos. Y como tan enfáticamente lo expresa una de las loceras entrevistadas por la autora “¡los hombres

vinieron a quitarnos el trabajo a las mujeres!”. Estas loceras, a través de sus testimonios, y de la contextualización geopolítica espacial que la autora realiza, nos permiten conocer en propiedad y alcance el oficio más antiguo del mundo de las mujeres. Oficio que marca el enlace entre el pasado y presente de objetos, localidades y sujetos, mujeres creadoras y productoras, y hombres que usan y en algunos casos usurpan, los productos. Imagen y representación de una sociedad rural urbanizada donde las mujeres juegan un rol productivo y reproductivo determinante para el desarrollo local, regional e individual en sus familias y los lazos de interacción que a partir de ellas se establecen y desarrollan. Como lo recuerda la autora: *La mujer y la cocina aparecen en una relación inmutable en el tiempo... y la elaboración de alimentos, el sustrato sobre el cual descansa la reproducción del oficio.* Los símbolos y las formas en la elaboración de la greda, representan vidas y acciones de mujeres: el parto, la alimentación, el ornamento, la jardinería entre muchas otras actividades necesarias a la vida humana. Las loceras de este libro nacieron entre 1917 y 1949, viven en Pilén y sus alrededores, sus vidas recogidas a través del tiempo y relatadas por Ximena Valdés, nos permiten recorrer la historia de la región invitándonos a revisitar la historia con ojos, productividad y vida de mujeres desde la Conquista hasta nuestros días. *...las loceras, aparte de ser mis amigas, son como mi familia, porque estamos todas en lo mismo. Todas trabajamos la loza para sacar adelante a nuestras familias y a nosotras mismas. Lo aprendimos desde niñas por medio de nuestras madres, a quienes les enseñaron nuestras abuelas.* Historia de las mujeres que producen ollas de greda, antepasadas de nuestras cacerolas que hoy simbolizan las resistencias y luchas que denuncian las desigualdades e injusticias junto a los movimientos sociales en el Chile actual que apuesta por una Asamblea Constituyente y nueva Constitución democrática. ♦

Margarita Iglesias Saldaña

¡Súmate ya!, a la
COMUNIDAD DE LECTORXS LOM

Tenemos 4 modalidades de suscripción,
elige la tuya y recibe tu libro en casa.
Despacho gratuito.

Suscríbete en
www.lom.cl

f LOMediciones t @Lomediciones i @lom_ediciones



Nuevo libro

ABECEDARIO PARA CAMBIAR EL MUNDO

Las chilenas y chilenos vivimos, por primera vez en nuestra historia, un proceso constituyente. Aunque no se ha logrado recuperar completamente la soberanía popular, el pueblo en las calles conquistó la posibilidad de cambiar la constitución pinochetista.

En este libro el filósofo Daniel Ramírez y la artista Federica Matta interactúan con palabras e imágenes, avanzando en conceptos que nos invitan a debatir e inventar juntos nuevas maneras de convivir, participando activamente en este "momento constitucional". Necesitamos una constitución que contemple la justicia social, que resguarde esencialmente los derechos de la población y no los privilegios. Los derechos a la educación, a la salud, a la vivienda, al trabajo, a la vejez digna, al agua, a la igualdad de género, que contemple la autonomía de los pueblos originarios, etcétera.

La ecología, concebida como *el quehacer de todo hacer*, la defensa del medio ambiente, atraviesa todo este libro, un tema esencial en la teoría y práctica de ambos autores.

Se trata finalmente de *El Buen Vivir*, de soñar juntos una nueva manera de convivir, haciendo realidad el eslogan "Otro Chile es posible".

Víctor Hugo de la Fuente

Disponible por ahora solo en versión digital a \$2.950 en:
<https://editorialauncreemos.cl>



Libros digitales en venta a \$2.950



Libros digitales en venta en: <https://editorialauncreemos.cl/categoria-producto/sin-categoria/libros-digitales/>